La mentira de Garret



KAYLA LAURELS

La mentira de Garret

KAYLA LAURELS

Marzo 2025
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia. La autora reconoce la condición de marcas registradas de diversas marcas citadas en la obra sin permiso de los derechohabientes. El uso de dichas marcas no significa una esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Ilustración de portada: Ms. Muar.
Maquetación:Kayla Laurels.
Copyright © Kayla Laurels.
All right reserved.

INDICE

Gracias por leer mis novelas.
Prefacio.
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
EPÍLOGO
Agradecimientos

Gracias por leer mis novelas.

Kayla Laurels no existiría sin lectores como tú. Por eso quiero agradecértelo regalándote un **cuaderno de lecturas**. Fue un proyecto que hice de forma personal, al que le tengo mucho cariño y pensé que no hay mejor forma de compartirlo con vosotros.

EL CUADERNO DE te ayuda a llevar un registro de tus lecturas, mediante 96 fichas dónde podrás anotar el título del libro, el autor, editorial, género, resumen, opinión, valoración y cita para recordar. Además de un calendario de fechas, un registro de libros prestados, libros que quieres leer, un top 10 de las mejores lecturas.

Escaneando este código QR llegarás a una página de suscripción que, una vez inscrito, tienes que confirmar la suscripción y se te enviará automáticamente el cuaderno por correo electrónico. Te prometo que no te voy a molestar con Spam, me gusta tan poco a mí como a ti. Solo te mandaré un email de vez en cuando sobre alguna cosa que me muero de ganas de contarte y cada vez que saque una nueva novela.

Un abrazo fuerte y un millón de gracias.

ESCANÉA EL QR Y OBTÉN EL REGALO

A mi tío Manuel, que nos enseñó a vivir con bondad, siempre dispuesto a ayudar a los demás y servicial hasta el final. Tu ausencia duele, pero fuiste y seguirás siendo un ejemplo para todos nosotros.

Kayla Laurels.

Prefacio.

—Stone, tienes que volver al campo.

—No puedo entrenador, me duele demasiado. —Me quejo mientras un médico me está vendando la rodilla que comienza a inflamarse.

—Vamos chico, este puede ser tu año. —Me recuerda y aprieto la mandíbula para soportar una punzada de dolor como si un cuchillo me atravesara la piel.

—Y también mi tumba.

Me callo cuando oigo pasos apresurados que llegan al vestuario, miro hacia la puerta y veo a Cameron que me mira acojonado.

—¿Estás bien? —Me pregunta y niego. Mi amigo mira al entrenador Smith con el ceño fruncido—. No puede seguir.

El entrenador suspira, su mirada se desvía hacia la ventana como si buscase respuestas en el cielo. Sabe que no debo continuar, pero también es consciente del futuro que hay en juego.

—Garret, el ojeador de los Bulls está aquí. —Me recuerda en un intento de convencerme—. Sabes que te juegas un contrato.

Cierro los ojos al oír su declaración, ¡joder! Todo iba perfecto, íbamos ganando y solo tenía que aguantar el último cuarto del partido. Justo cuando voy a hablar, veo a mi padre entrar en el vestuario

—¿Qué diablos haces aquí? —Le pregunto sintiendo como crece mi enfado.

—El entrenador me informó de que los Bulls estaban interesados en ti, y quise venir a verte jugar. —Me responde soltando un suspiro al ver el aspecto de mi pierna.

¿Por qué le iba a importar mi futuro? Mi padre nunca había querido que me dedicara al deporte, nada más hay que recordar aquel último año de instituto, en el que me prohibió jugar. Le sostengo la mirada con tanta ira como siento. No soy débil como él piensa.

—Eh, tío, no tienes que impresionar a nadie —Me comenta Atlas que entra en el vestuario y mira con recelo a mi padre.

—¡No puedes jugar así! —exclama Travis—. Esto solo es un partido colega.

Mis amigos saben lo que el deporte significa para mí, el baloncesto es mi libertad. Fue mi pasaporte para salir de River Bend. Pensar en que todo se pueda acabar aquí, me acojona. Así que tomo una decisión.

—Solo queda el último cuarto. —Les informo con determinación —. Voy a jugar.

Sé que tengo la rodilla hinchada, que el dolor es insoportable y que es una mala idea, pero pienso darlo todo hasta al final.

—¿Estás seguro? —Me pregunta el entrenador colocando su mano en mi hombro.

—Sí señor Smith. —Le respondo sin apartar la mirada de mi padre, que permanece quieto como un maniquí.

Salgo al campo acompañado de mis tres amigos y los aplausos de las gradas me dan ánimos para pensar que es posible. Puedo demostrar que soy mucho más que un chico de diecinueve años con el sueño de jugar en la NBA.

El juego comienza, Cam se hace con el balón al arrebatárselo a un jugador de los Braves. Siento que su mirada me atraviesa como una señal, y sé exactamente lo que quiere que haga. Sin pensar en el dolor que arde en mi rodilla, aprieto los dientes y corro hacia una posición clara. El ruido de las zapatillas contra el parquet resuenan en mis oídos, estoy solo y la pista está despejada. Por un segundo, pienso en la posibilidad de acertar el tiro y que lo vea el ojeador de los Bulls. Este momento podría ser mi oportunidad de oro.

Cam me pasa el balón y lo atrapo con firmeza. Siento la adrenalina recorrer mi cuerpo. En este instante boto el balón una vez y salto, pero de repente siento que algo se rompe en mi interior. El dolor se vuelve más intenso e insoportable. Antes de que pueda procesar la gravedad del asunto, solo sé que alguien ha chocado contra mí con agresividad, pierdo el equilibrio y caigo al suelo. Entonces el ruido del estadio desaparece. Todo se queda en silencio y la oscuridad lo consume todo.

Me despierto de golpe, empapado en sudor y con el corazón acelerado. El dolor de la caída sigue siendo tan real que, por un momento, pienso que aún estoy en la cancha tirado en el suelo, pero no. Parpadeo y el techo del coche de mi padre me recibe.

—¿Otra vez has tenido una pesadilla? —Me pregunta mi padre con la mirada fija en la carretera.

—No. —Miento. —Me ha despertado el dolor de las grapas.

—Es normal, acabas de salir del hospital, hijo.

Guardo silencio y miro por el cristal del coche, aprieto la mandíbula y trago saliva para intentar diluir el nudo que me oprime la garganta. Habían pasado cuatro meses desde aquel día. Cuatro meses, desde que mi cuerpo se rompió en mil pedazos, dejándome fuera de la cancha y alejándome de todo lo que más amaba. Hoy acababa de recibir el alta médica tras la tercera operación del tendón rotuliano. El hospital dejaba de ser mi segunda casa, porque todo había salido bien. Pero a mi eso no me valía, porque tenía la pierna vendada hasta la ingle y me picaba a causa del calor sofocante de julio.

Cuando mi padre aparca enfrente de casa, como una bofetada de fuego, el aire caliente me recibe al abrir la puerta del coche. Suelto un bufido lleno de hastío. Empujo con la muleta la puerta para asegurarme que no se cierre y me coja la pierna buena, eso sería el colmo. Pongo una mano en la puerta para coger impulso para bajarme, levanto la vista y entonces la veo.

Dakota.

Hacía un año desde la última vez que la vi. Joder, sigue preciosa. Tal vez más de lo que recordaba. ¿Qué hacía aquí? ¿Por qué estaba saliendo de mi casa? Una sutil brisa juega con su cabello ondulado con algunos rizos y sus ojos azules se tropiezan con los míos y me miran igual de sorprendidos. Mi mirada se queda clavada en ella durante unos segundos de más.

« Joder. Un año sin verla y sigo sintiendo lo mismo » .

Aparto la vista con rapidez y vuelvo a centrar mi atención en conseguir bajarme del coche sin caerme delante de ella. Una vez

que lo consigo, veo que pedalea con su bici por el camino de piedras de casa.

—Hasta luego señor Stone —dice con prisa.

—Hasta pronto Dakota.

Se despide mi padre y ella hace como que no existo. Sé que es lo mejor, sobre todo después de lo que pasó. Ya no somos amigos. Tal vez nunca lo habíamos sido y mantener las distancias era justo lo que debía hacer. Aunque una parte de mí, la más irracional, quisiera lo contrario.

Me encantaría acercarme a ella, robarle una sonrisa, aunque fuera por un segundo. Porque maldita sea, Dakota siempre ha estado ahí y ahora solo queda el recuerdo del eco de lo que una vez fuimos. Un recuerdo, que cada vez es más lejano, pero que sigue doliendo igual.

11 años antes.

Capítulo 1
Garret

Estoy harto de estos calcetines ridículos que me llegan hasta las rodillas, me pica las piernas con ellos. Por no hablar de los tirantes que me sujetan el pantalón y no puedo agacharme a coger escarabajos porque se me mete la costura del pantalón por el culo. Suelto un bufido. Mi madre me acaricia la mejilla y descansa sus manos en mis hombros para que me tranquilice. Ella sabe que no quería venir vestido como un muñeco de la colección de mi abuela. Pero insistió en que esto es muy importante para papá porque necesita nuestro apoyo. No sé por qué es tan importante mostrar algo que no somos. Yo nunca me visto así, y tampoco me peino con la raya al lado. Con tanta gomina, parece que me ha dado un lametón una vaca.

¡Estoy ridículo!

Mis amigos me han visto y se han reído de mí, pero luego les pienso demostrar que a pesar de tener un disfraz como este, sigo siendo el mejor jugando a las canicas.

Mi padre sube al escenario y todo el pueblo le aplaude, algunos alzan sus banderas al aire y miro a mi madre.

—¿Me puedo ir ya? —Le pregunto esperanzado.

—No Garret, tienes que esperar a que termine el discurso. Cuando pasemos al catering, entonces podrás irte a jugar un rato con tus amigos. —Me advierte con una sonrisa radiante que me quita el mal humor y asiento.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo cariño. —Me susurra dándome un beso en la coronilla, mientras descansa sus manos en mis hombros.

A pesar de que me encanta que me dé besos y abrazos, me aparto rápido y miro en dirección de Nick y Matt, que están jugando cerca del puesto de buñuelos de su madre.

Menos mal, no lo han visto, de lo contrario estarían metiéndose conmigo hasta que cumpliera ochenta años.

Los aplausos de la multitud me sacan de mis pensamientos. Veo a mi madre aplaudir y hago lo mismo sin saber por qué toda esta gente aplaude a papá. Mi padre nos mira desde lo alto del escenario y nos sonríe como si fuéramos lo más valioso de su vida y eso me hace feliz. Sobre todo, porque me ha prometido que después de esta aburrida fiesta, nos iremos a pescar al río y comeremos salchichas hasta que nos salgan por las orejas. Eso sí que será una celebración. Será mucho mejor que la que tienen planeado aquí con tanta gente que ni siquiera nos conoce de verdad, pero por lo visto ser el alcalde del pueblo es un trabajo en el que te haces famoso y todo el mundo quiere ser tu amigo.

Suelto un bufido y doy una patada a una piedrecita pequeña que hay junto a mí. Mi mente grita: « Me aburro… » Mi madre como si tuviese el superpoder de adivinar lo que pienso, me sonríe y me hace un gesto de que al fin soy libre y puedo largarme.

—Me voy con los chicos. —La aviso y ella asiente.

—No te quiero perder de vista, ¿vale? Y de vez en cuando acércate a saludarme. —Me pide y asiento.

—Vale, hasta luego mamá.

—Adiós mi príncipe.

—¡Mamá! ¡Qué tengo ocho años! —Me quejo cuando veo a mis amigos señalarme a lo lejos y reírse de mí.

—A Matt su madre le sigue preparando el pescado sin espinas y Nick, detesta las verduras y su madre se las hace puré… No sois tan diferentes para nosotras. ¿Entendido? —Me aclara con dulzura.

—Sí mamá.

Me marcho de su lado y lo último que veo es su sonrisa. Cuando miro hacia el puesto de buñuelos, veo que mis amigos no están.

¿Dónde se han metido?

Corro por el camino de cemento hasta llegar al puesto de comida de la madre de mis amigos. La señora Wilson me sonríe cuando me acerco a ella y coge un par de buñuelos de chocolate y los pone en un cartón.

—Hola señora Wilson, ¿ha visto a Nick y Matt? —Le pregunto gritando un poco para que me oiga, pues la música comienza a sonar.

—Hola Garret, ten para ti. —Me ofrece el dulce.

—Gracias. —Le digo cogiendo el humeante pastel bañado en chocolate—. ¿Has visto a los chicos? —Repito.

Ella levanta la mirada y mira a nuestro alrededor.

—Estaban aquí hace un momento. No sé dónde se habrán metido.

—Vale, muchas gracias. ¡Adiós señora Wilson!

Camino con los buñuelos en la mano y miro detrás del escenario, pensando en que tal vez están ahí. Pero no hay rastro de ellos. Veo a mi madre distraída hablando con una señora mayor y mi padre, está con un grupo de hombres vestidos de traje como él. Así que me alejo del bullicio y camino hasta el paseo que hay cerca de donde estamos.

—¿Nick? ¿Matt? —Grito, pero no hay rastro de ellos.

Así que decido sentarme en un banco de piedra a comerme los buñuelos que me ha preparado la señora Wilson. Huelen muy bien y se me hace la boca agua del olor tan dulce que desprenden.

Luego los buscaré.

Cuando me siento, el pantalón me estruja los huevos y dejo la cajita de cartón con el dulce a un lado. Me quito las pinzas de los tirantes que sostenían el pantalón. Me desabrocho los primeros botones de la camisa que me estaba estrangulando el cuello y ahora siento que puedo respirar mejor. Me bajo los calcetines altos hasta los tobillos y suelto un eructo que llevaba un rato aguantando.

—¡Puag! ¡Eres un cerdo! —Oigo que alguien se queja a mis espaldas.

Me giro sorprendido y busco de dónde viene la voz que se ha metido conmigo. Entonces veo a una niña con el pelo castaño sentada a los pies de un árbol con un libro en su regazo, que me observa con los ojos más azules que nunca antes había visto. Entrecierro mis ojos un poco para estudiarla y ver que no es de mi escuela, de lo contrario recordaría ese ridículo lazo que lleva puesto en el pelo como si fuera un regalo de navidad.

—No sabía que estabas ahí, de lo contrario también me habría tirado un pedo. —Le digo solo para fastidiarla.

Veo como agranda sus ojos sorprendida ante mi respuesta.

—¡Eres asqueroso!

—¿Tú no te tiras pedos? —Le pregunto levantando las cejas y alzo la barbilla.

Veo como aprieta sus labios con fastidio y se ruboriza hasta que sus pecas se mezclan con el rojo de su rostro.

—Mira princesita, seguro que eres una pedorra de campeonato.

—¡No soy una pedorra! —Me dice con fastidio.

Sonrío victorioso, porque me gusta saber que he conseguido enfadarla.

—Lo que tu digas pecas, con ese moño pareces un…

—No te atrevas a meterte con mi ropa, porque podrías mirarte primero. —Me asegura.

Me callo porque sé que lleva razón, estoy ridículo vestido. Ella suelta una carcajada espontánea que me contagia y termino sonriendo como un imbécil.

—Mi madre me ha obligado a ponerme esto. —Le informo relajado—. Mi padre es el nuevo alcalde del pueblo y dice que debemos dar buena imagen. —Le comento y ella se toca pensativa el lazo que tiene en el pelo.

—Mi madre dice lo mismo —afirma—. Pero mi padre es el sheriff del pueblo y eso es más guay que el tuyo.

—¿Ah sí? —Le pregunto y ella asiente con efusividad—. ¿Y por qué es más guay?

—Porque mi padre tiene una pistola y unas esposas, para detener a los malos. —Me dice con retintín.

—¿Tú padre es el sheriff? El señor Thomas no tiene hijas. —Le aseguro sospechando que me está mintiendo.

—Mi padre se llama Jeremy y es el nuevo sheriff. —Me dice sin paciencia.

Me encojo de hombros al oírla, tampoco es que me interese mucho quién es el nuevo sheriff. Le doy un bocado al buñuelo y vuelvo a mirarla.

—Así que eres nueva aquí… —Le comento, meciendo mis piernas porque sentado en el banco no toco el suelo.

—Sí.

—¿Y a qué curso vas? —Le pregunto con curiosidad dando otro bocado al dulce.

—¡Dakota!

Una voz femenina grita cerca de nosotros y ambos nos sobresaltamos. Ella cierra el libro que tenía en su regazo y se pone en pie. Sonrío al ver que lleva unos calcetines blancos hasta las rodillas con un lazo rosa a cada lado. Me doy cuenta que es más o menos de mi edad y mira detrás de mí.

—¡Ya voy mamá! —Grita y antes de marcharse me mira llevándose el libro al pecho—. Adiós Peppa Pig. —Me dice llamándome como aquella cerdita famosa de los dibujos de la televisión y eso me molesta.

—Adiós pecas.

Capítulo 2
Dakota

River Bend, es mucho más tranquilo que Jacksonville, pero la sensación de ser la nueva siempre es igual de incómoda. En este pueblo no hay tantos coches y se puede ir andando a todos lados. Hay mucha vegetación y las casas tienen jardín en vez de terraza. Me gusta este nuevo lugar.

Lo único que no me gusta es ser la nueva de clase y que para colmo mi madre sea mi profesora. No he hecho ninguna amiga y estoy segura de que es por eso. Pero bueno, al fin han terminado las clases y estoy esperando a que mi madre termine la reunión de profesores para irnos a casa.

Creí que no sobreviviría al primer día.

Por suerte la biblioteca del colegio, tiene unos libros muy chulos y he cogido uno de naturaleza de la zona. Mi padre dice que es bueno conocer los animalitos que viven con nosotros. Me apoyo en la valla del colegio y abro el libro para hojearlo. Estoy distraída leyendo curiosidades de los anfibios que viven junto al río Trend, cuando el timbre de una bici me sobresalta. Pasa tan rápido que tengo que sostener con fuerza el libro para que no se me caiga al suelo. Tres chicos pasan por mi lado, como un cohete y reconozco al último que frena y se gira para detenerse frente a mí.

Me mira con una sonrisa maléfica y trago saliva al reconocerlo.

—Hola pecas, no sabía que venías a este colegio también.

—Es el único que hay. —Le aclaro con obviedad.

—Es cierto. —Sonríe divertido al sacarme de quicio.

—¡Eh Garret! ¡Vamos a llegar tarde y me muero de hambre! —Lo llama uno de los chicos que se han detenido más adelante para esperarlo.

—¡Voy! —Grita sin apartar los ojos de mi libro y sonríe—. Nos vemos pronto empollona.

Garret, que es como se llama, se aleja con su bicicleta con esa sonrisa de idiota que comienzo a odiar. Me quedo mirando cómo se

reúne con sus dos amigos al final de la calle y los tres se ríen de algo que no logro escuchar, pero que cuando Garret me mira sé que es sobre mí.

—Imbécil. —Murmuro.

Intento volver de nuevo al libro que tengo entre las manos, pero las palabras parecen volverse borrosas y no logro concentrarme. Vuelvo a mirar calle abajo por donde Garret ha desaparecido con sus amigos. Hay algo que no entiendo, es una sensación extraña que cuando me mira presiento que ya me conoce… Es como si todo lo que va a pasar ya estuviera escrito.

Escucho la puerta de la escuela abrirse y veo a mi madre salir con dos profesores más. Cierro el libro y lo guardo en la mochila. Sonrío cuando nuestras miradas se cruzan.

—Dakota cariño. ¿Qué tal si vamos esta tarde a merendar a una casa muy bonita? —Me pregunta abriendo la puerta trasera del coche.

—Prefiero ir a casa.

—Sí, pero hay una madre que ha invitado a todos los niños de quinto curso al cumpleaños de su hijo y eso te incluye a ti. ¿Qué te parece si vamos a comprar un regalo y nos pasamos?

—¿Puedo decirte que no me apetece? No me gusta ir a un sitio donde no conozco a nadie.

Mi madre sonríe y me acaricia un rizo rebelde que escapa de mi coleta.

—Solo será un ratito. —Insiste—. Así haces amigos.

—Vale. Sé que no tengo otra opción…

Me subo al coche y me pongo el cinturón. Mi madre suelta un suspiro como si estuviera agotada, pero en ningún momento desaparece su sonrisa de su rostro. Arranca el coche y me mira por el espejo retrovisor.

—Cariño, sé que te cuesta hacer amigos, pero está muy guay tenerlos.

—Ha sido el primer día de clase, mañana haré una amiga. —Le digo para que se quede contenta y veo la ilusión en su mirada.

—Eso es fantástico.

—¿Y cómo se llama el niño del cumpleaños al que vamos?

—Garret Stone.

Capítulo 3
Garret

4 AÑOS DESPUÉS

Mamá iba al médico más de lo habitual. La veía siempre cansada, estaba apagada. Algunas noches la escuchaba vomitar y su falta de energía me tenía inquieto. Así que busqué en Internet qué podía significar esos síntomas, y todo apuntaba a una cosa… Embarazo.

¿Mi madre embarazada?

Tenía doce años y lo último que quería era un hermano. No tenía sentido, pero Internet acertó. Su vientre comenzó a redondearse y a crecer, confirmando lo que ya sospechaba. Sin embargo, algo no me cuadraba. A medida que su barriga crecía, su sonrisa era más débil y sus ojos más tristes. Era como si ese bebé fuera una carga imposible de soportar.

Al principio, pensé que era culpa del embarazo, hasta que una noche lo escuché todo desde la escalera. Mamá tenía cáncer. Sabía lo que significaba esa palabra, pero aun así lo busqué. Tragué saliva y contuve la respiración. Ahí estaba, en letras negras sobre la pantalla y advertía que la gente se moría de eso.

Mi madre se iba a morir.

No podía ser.

Así que le he preguntado directamente y lo peor, es que ella no lo ha negado. Aunque con una sonrisa débil, me ha prometido de que todo estará bien. El miedo y la rabia se mezclan dentro de mí, por culpa de ese bebé mi madre se está muriendo.

¿Cómo puedo no odiarlo?

¿Cómo no desear que todo sea diferente?

—Él hará que me recuerdes cuando yo no esté —dice mi madre con una dulzura que debería reconfortarme, pero solo logra que mi pecho se hunda aún más en dolor.

Se recuesta en el sillón junto a la chimenea, acariciándose el vientre con una sonrisa serena, como si sus palabras no acabaran de partirme en dos.

—¿Cuando no estés? —pregunto, atragantándome con la tristeza.
Ella desvía la mirada hacia la puerta detrás de mí. Al girarme, veo a mi padre entrar, con el rostro demasiado serio. No necesito que diga nada para saber que todo anda muy mal.

—Hijo, tenemos que hablar. ¿Por qué no te sientas? —sugiere con un tono suave, casi frágil.
No lo hago. Me quedo de pie donde estoy, incapaz de moverme. Mi padre suspira y se sienta junto a mi madre, cogiéndole la mano con cuidado, como si temiera romperla.

—Tu madre está enferma… —Empieza, como si esas palabras pudieran justificar lo injustificable.

—¡Pues que vaya al médico! —Exclamo, sintiendo cómo la rabia y el miedo se enredan en mi voz.

—Ya he ido cariño —responde mi madre, tranquila, como si aquello no fuese una condena—. Pero no puedo hacer el tratamiento, porque podría hacerle daño al bebé.

—¡Pero morirás tú! —Balbuceo, con un hilo de voz.

—Cuando el bebé nazca, me pondré el tratamiento. Podría mejorar… puedo ponerme bien.

—¿Puede? —repito, mientras que las lágrimas resbalan por mis mejillas.

—No llores, mi amor. —Me dice, cogiéndome de la mano con fuerza—. Pase lo que pase, siempre serás mi príncipe y estaré cuidándote… —Me asegura mirándome con devoción.

—No digas eso. No te despidas de mí. —Le suplico, apretando su mano como si pudiera aferrarme a ella para siempre.

—Nunca, tesoro. Nunca me despediré de ti. —Me responde con una sonrisa que no debería de ser tan bonita para alguien que está hablando de morirse.
Miro a mi padre, su mandíbula está tensa y aunque intenta mantener la compostura, no puede evitar que las lágrimas se le escapen.

—Garret, hijo, debes de ser fuerte… —Me dice, como si tuviera derecho a pedírmelo.

—No me digas lo que tengo que hacer, sobre todo ahora. —Le culpo, sintiendo cómo la rabia me arde en el pecho—. Has elegido a ese idiota antes que salvarla a ella. ¡Eres un egoísta!

El silencio que sigue a mis palabras es ensordecedor. Mi madre me mira con tristeza, mi padre cierra los ojos como si cada palabra lo hubiera golpeado y yo solo quiero huir de esta casa, de esta conversación y de esta realidad.

Salgo corriendo de casa antes de que puedan detenerme. Mi madre grita mi nombre, pero no me detengo.

—¡Garret! ¿A dónde vas? —Alcanzo escuchar.

—Déjalo, volverá luego. —Le responde mi padre con ese tono calmado que siempre usa en sus discursos políticos y en el que parecía no importarle nada, pero a mí sí me importaba y mucho.

Mis pies parecen moverse solos. Corro sin rumbo, solo quiero alejarme de esta casa y de esas palabras que ahora me asfixian. Las piernas me arden, mis pulmones parecen que van a estallar de un momento a otro, pero no aflojo el ritmo. Sigo corriendo, alejándome de las casas del pueblo hasta adentrarme en el bosque. Asciendo colina arriba junto al río Trent, escucho el agua correr mientras todo lo demás se queda en silencio.

El sol empieza a caer y apenas puedo ver el camino que tengo frente a mí, pero no me importa. Trepo por las piedras resbaladizas que hay junto al agua, para cruzar al otro lado. Me resbalo por la humedad y me araño la rodilla, pero no me detengo. Mi mente solo quiere huir, como si al escapar, la enfermedad de mamá desapareciera. Pero no importa cuánto corra, la realidad siempre te atrapa con sus frías garras.

Cuando me detengo todo está oscuro. El bosque, que de día siempre me ha parecido un lugar tranquilo, ahora es hostil y tenebroso. Los árboles se alzan gigantes y sus sombras con la luz de la luna lo cubren todo. Me giro para mirar hacia atrás y entonces caigo en la cuenta de que me he perdido.

No sé volver a casa.

La humedad del ambiente se hace más pesada con cada minuto que pasa. El aire frío empieza a calar en mis huesos y no puedo evitar que mi cuerpo tiemble. Estoy agotado. Mis piernas ya no me sostienen, así que me dejo caer al pie de una secuoya enorme. El tronco es áspero y frío contra mi espalda, pero me da igual. Me quedo ahí, mirando la oscuridad entre los árboles, mientras el murmullo del río a lo lejos llena el silencio. Pienso en mamá, en lo que me había dicho. "Siempre serás mi príncipe." Pero, ¿cómo podía serlo, si no iba a estar ahí para decírmelo? ¿Cómo podía ser fuerte, cuándo todo lo que quería era que las cosas volvieran a ser como antes?

Me sentía inútil.

No quería perderla.

No quería que mamá muriera.

Las lágrimas empiezan a brotar, primero despacio y luego sin control. No puedo detenerlas y ni siquiera lo intento. Lloro hasta que los ojos me arden, hasta que todo dentro de mí se siente vacío, como si me hubieran arrancado algo que nunca voy a conseguir recuperar.

Capítulo 4
Garret

Siento un cosquilleo en mi mejilla que me sobresalta asustado. No sé si ha sido el viento o corro peligro, pero cuando abro los ojos me doy cuenta de que no estoy solo. Dakota está aquí sentada a mi lado y sus ojos turquesas me observan grandes y curiosos. La miro confundido, me incorporo del suelo, mientras que ella sigue apuntando con la linterna a mi cara.

—¿Estás bien? —Su voz es suave, pero su mirada está llena de preocupación y me hace sentir incómodo.

La miro un segundo buscando las palabras. Veo cómo suelta la linterna. Se sujeta las manos nerviosa y sé que no tiene sentido decirle que todo está bien. Porque no lo está. No digo nada. Solo me limito a seguir respirando, intentando que las emociones sigan explotando de golpe y me ponga a llorar delante de ella.

—¿Sabes que todo el pueblo te está buscando? —Me pregunta, y mi respuesta es solo un encogimiento de hombros.

No me importa lo que hagan, no ahora. El único lugar donde quiero estar es aquí, lejos de todo, sin tener que enfrentarme a lo que está pasando en casa.

—¿Ahora eres mudo? —Me lanza una sonrisa ligera, como si tratara de aliviar el aire pesado que nos rodea.

—No... —Es todo lo que puedo decir con voz áspera en un leve susurro. Entonces, sin pensarlo, le lanzo una pregunta yo también. —¿Y qué haces tú aquí?

Ella sonríe tranquila, se coloca un mechón de pelo detrás de su oreja y me mira divertida.

—¡Salvarte! —Me dice con obviedad—. Sé orientarme en el bosque.

Su respuesta no me sorprende. Es Dakota la chica que siempre parece tener una respuesta para todo y me hace recordar que, aunque no hablemos mucho, las cosas entre nosotros siempre han sido directas.

—Todos los domingos vengo al bosque con mi padre.

—Es peligroso que hayas caminado sola hasta aquí. —Le respondo, pero enseguida me siento como un idiota al darme cuenta de que yo mismo lo he hecho.
Ella alza las cejas, desafiándome con su mirada aguamarina.

—Es peligroso si no conoces la zona, como tú... ¡Que te has perdido! Podrías haber sido devorado por los osos. —Me lanza una sonrisa traviesa.
Me doy cuenta de que en su mano tiene un *walkie-talkie.*

—Papá, lo he encontrado. Garret está bien. —Lo dice con tanta calma que casi me parece que no le importa nada de lo que está pasando.

—Dakota, ¿dónde estáis? —Se oye la voz de su padre al otro lado, preocupado.
Ella no responde, porque sigue mirándome descarada.

—¿Por qué has huido? —Me pregunta.
Guardo silencio, veo que está esperando una respuesta con los brazos cruzados. No suele tener mucha paciencia, al menos no conmigo. Así que hablo.

—Mi madre se muere. —Le confieso en un susurro.
La verdad me quema la garganta, pero necesito decírselo a alguien. Ella se queda en silencio un segundo, sus ojos se agrandan como si no hubiera oído bien y frunce el ceño.

—Pero va a tener un bebé. La gente no se muere de eso. —Me sonríe como si yo fuera idiota.

—Y luego se morirá porque tiene cáncer y no se está tratando. Cada vez está más débil. La oí hablar con mi abuela, se lo he preguntado y no lo ha negado. ¡Me quedaré solo, pecas!
Ella se queda en silencio un momento. Contiene la respiración y me mira con una intensidad que nunca antes había visto en sus ojos azules.

—Me tendrás a mí, Stone. —Me promete.
Su voz es tan firme, tan segura, que por un segundo me siento un poco mejor. Pero no puedo dejar de pensar que nada de esto cambiará lo que está por venir. Dakota traga saliva, me sonríe con cariño y extiende su mano hacia mí y de alguna manera, sin

pensarlo, la tomo. Es un gesto pequeño, pero que para mí significa mucho más de lo que soy capaz de explicar.

—Júrame que será así. —Le pido casi en un susurro mientras me levanto y me detengo frente a ella.

—Te lo juro. —Me responde con una sonrisa cálida, y antes de que pueda reaccionar me da un beso en la mejilla.

Ese gesto me deja atónito. Siento un cosquilleo en el estómago, como si algo suave y ligero hubiera volado dentro de mí y estuviera revoloteando con libertad por mi cuerpo.

«Es una mariposa». Me digo sintiéndome ridículo, pero me encuentro deseando que esa sensación nunca se detenga. Ella parece no inmutarse tras ese gesto, me aprieta la mano que todavía me sostiene y suelta un suspiro.

—Vamos Stone, todo el pueblo está sin dormir buscándote. —Me dice tirando de mí, haciendo que mi mundo sea un poco más soportable en este momento.

Dakota toma el *walkie-talkie* y lo presiona.

—Papá, estamos cerca del río. Bajamos hasta el primer control que hay montado. —Le informa con determinación.

—Eres muy lista. —Le digo mirándola con admiración al ver que se orienta en la oscuridad de la noche.

—Soy lista porque leo, nunca olvides eso. —Me responde lanzándome un guiño que me hace reír.

Mientras caminamos río abajo, su mano sigue entrelazada con la mía. Es raro, pero no me molesta. De hecho, me gusta más de lo que debería. Llegamos a una charca y Dakota se agacha cerca del agua. Enfoca con la linterna y me señala un par de sapos que hay.

—¿Has leído en tus libros de princesitas, que si besas a un sapo se convierte en un príncipe? —Bromeo queriéndola molestar como de costumbre. Ella se ríe y asiente sin negarlo mientras observa a uno de ellos en particular. —Eres muy lista para creerte algo así —añado a la vez que me agacho junto a ella y cojo a uno de los

sapos. —Aunque no pierdes nada por intentarlo. —Le digo con una sonrisa traviesa poniendo al anfibio frente a ella.
Dakota arruga la nariz con asco y retrocede un poco.

—Eso es repugnante. ¡No voy a besar a un sapo! —Me asegura y sonrío divertido.
La observo maravillado, solo ella es capaz de hacerme olvidar lo horrible que es mi vida, además es guapísima y lista. Siempre lo ha sido, aunque me niego a reconocerlo en voz alta. Siempre hemos coincidido en clase, pero nunca hemos sido amigos, aunque tal vez eso puede cambiar.

—¿Y si me besas a mí? —Le propongo desafiante.
Dakota se sorprende por mi comentario y se queda callada un momento.

—¿Qué? —Me pregunta alzando las cejas como si no hubiese oído bien.

—Un beso. No tiene que significar nada. —Le digo encogiéndome de hombros, tratando de sonar casual, como si esto no fuera un gran desafío para mí.
Por un segundo, algo en sus ojos turquesa se ilumina, un brillo travieso que no consigo descifrar. Luego, como si mi propuesta no fuera más que un juego tonto, se encoge de hombros con una indiferencia que me desarma.

—Está bien, pero cierra los ojos Garret. —Su tono es tan inocente que me convence.
Asiento sin decir nada y le hago caso, sintiéndome un poco nervioso. Nunca he besado a una chica. Pero antes de que el momento pueda volverse más extraño, algo frío, húmedo y viscoso roza mis labios. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Doy un salto hacia atrás, abro los ojos de golpe y me encuentro cara a cara con un sapo. Dakota, todavía con la criatura entre sus manos, se dobla de la risa. Sus carcajadas son tan fuertes que podría jurar que se escuchan en todo River Bend.

—¡Dakota! —Me quejo mientras me limpio con el dorso de mi mano la boca, pero no es convincente cuando termino riéndome también.

El movimiento me hace perder el equilibrio y caigo de espaldas sobre la hierba. Ella suelta al anfibio y se lleva las manos al estómago, tratando de contener las carcajadas, sin mucho éxito.

—¡Te vas a enterar, pecas! —Gruño con una sonrisa mientras me levanto, sacudiendo la tierra de mi ropa.

—¿Ah, sí? —Me pregunta con aire desafiante mientras retrocede un par de pasos. —No me das miedo, Garret Stone, y por cierto… Gracias. Ya sé que besar a un sapo no funciona. —Sus ojos brillan con malicia.

No me da tiempo a responder, pues sale corriendo colina abajo, sus rizos castaños ondean el viento, como lo haría una bandera que representa la victoria.

—¡Eso ya lo veremos! —Grito y corro detrás de ella.

El aire fresco del bosque y la risa de Dakota llenan todo a nuestro paso. Mis piernas se mueven rápido, pero no lo suficiente para alcanzarla. Ella sabe esquivar las ramas y los arbustos mejor que yo, como si este bosque fuera su segundo hogar. Cuando finalmente llegamos al pie de la colina, veo las luces a lo lejos del control de voluntarios que me han estado buscando. Ambos nos detenemos todavía ocultos por las sombras, en un vago intento de recuperar el aliento. Dakota se apoya en un árbol, con las mejillas sonrojadas, sus rizos despeinados y una sonrisa que parece iluminar todo el bosque.

—Te lo dije, no me das miedo. —Su voz suena triunfal, pero hay algo en su tono que vuelve a desafiarme.

Sin pensarlo dos veces, acorto la distancia entre nosotros. Mis pasos son rápidos y decididos, pero mi corazón late como si fuera a salirse del pecho. Ella me mira desconfiada, pero no se aparta.

—¿Qué haces? —Me pregunta en un susurro, elevando su barbilla para encararme.

—Comprobar algo. —Le respondo, y sin darle tiempo a replicar, acorto la distancia que separa nuestros labios y la beso.

Su respiración entrecortada se mezcla con la mía. Mis labios rozan los suyos con una torpeza que debería hacerme sentir avergonzado, pero no lo estoy. No hay nada calculado, ni suave, ni experto en este

beso. Es un choque de curiosidad y nervios, como si ambos estuviéramos tratando de descifrar cómo hacerlo.

Su boca sabe a libertad, es como una bocanada de aire fresco. Sus labios son cálidos, tiernos, y el leve temblor que siento en ellos me hace pensar que está tan nerviosa como yo. No sé si debería moverme, si debería quedarme quieto o si esto es lo que un beso se supone que sea, pero en este momento no importa. Solo sé que estamos compartiendo juntos algo que nunca antes habíamos sentido.

Todo a nuestro alrededor se vuelve borroso y lo único que importa es este instante. Mis labios acarician los suyos, mientras su boca suelta un leve suspiro. Y aunque probablemente es el beso menos impresionante que alguien podría robarle a una chica con doce años, para mí es perfecto.

Cuando nos separamos, sus mejillas están rojas al igual que las mías. Ambos respiramos un poco más rápido de lo normal. Pero sus ojos... Sus ojos me miran como si acabara de regalarle algo que ni siquiera sabía que quería. Dakota me sonríe y le devuelvo la sonrisa mientras el cansancio se mezcla con una sensación inesperada. Por primera vez en mucho tiempo, me siento ligero, como si el peso de mi mundo se hubiera desvanecido, aunque solo sea por un momento.

—Eso fue... —comienza a decir, pero no termina.

—¡Dakota! —La voz grave de su padre, seguida por las luces de las linternas que cortan la penumbra, rompe la magia del momento.
Dakota se aparta de mí rápidamente, como si el espacio que ahora nos separa pudiera borrar lo que acaba de suceder.

—¡Estamos aquí, papá! —Grita, caminando hacia él.
Se gira hacia mí y por un segundo, creo que va a decir algo más, pero en lugar de eso, me coge de la mano. Su agarre es suave, pero decidido, y tira de mí, obligándome a caminar junto a ella hacia las luces que se acercan.

Cuando su padre llega hasta nosotros, me mira con una mezcla de alivio y severidad. Sus ojos se clavan en mí, evaluándome, pero no dice nada. Dakota habla con él rápidamente, explicándole en el

lugar que me encontró. Mientras que yo apenas consigo articular palabra alguna.

El sheriff suelta un suspiro, chasquea la lengua y nos hace una señal para que lo sigamos. Dakota me suelta de la mano, se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja mientras camina al lado de su padre, evitando mirarme. Pero aunque no cruza la mirada conmigo, sé que su corazón está tan alterado como el mío.

Veo a mis padres junto a uno de los coches patrullas, sus rostros son una mezcla de preocupación y enfado. Sé que me espera un castigo asegurado, pero si de algo estoy seguro, es que no voy a olvidar este día, ni ese primer beso en mi vida.

Capítulo 5
DAKOTA
NUEVE MESES DESPUÉS.

Acabo de cumplir trece años, pero no me siento mayor. No, cuando mi madre insiste en atarme un lazo negro en el pelo. Dice que es por respeto, pero lo único que siento es que este lazo hace que todo se sienta más real, más doloroso.

La puerta de la casa de los Stone está abierta y desde afuera ya se escucha el murmullo de las conversaciones en voz baja. Todos visten de negro. Observo a una mujer mayor que sostiene un bebé en brazos mientras llora en silencio desconsolada. Es la abuela de Garret. No puedo apartar la vista del pequeño que sostiene. Ajeno a que con su simple existencia ha cambiado la vida de esta familia.

El alcalde, el señor Davis, está cerca del piano, recibiendo las condolencias de todos los que se acercan a él. Mis padres también se acercan a darle la mano, pero yo me quedo quieta, observando la foto que hay sobre el piano. Es la señora Annie, la madre de Garret. Está tan guapa, con esa sonrisa que siempre parecía iluminar cualquier habitación. Pensar que nunca más la veremos es muy triste.

Necesito buscar a Garret, oigo voces en el jardín trasero, así que camino hacia allí, pero solo encuentro a Nick y a Matt pasándose una pelota de béisbol aburridos. Bajo los escalones hasta llegar a ellos y comprobar que no hay rastro de Garret.

—¿Dónde está Garret? —Les pregunto.

Matt atrapa la pelota y la lanza de nuevo antes de responder.

—En su cuarto, se ha encerrado cuando ha empezado a llegar más gente. No quiere que lo molestemos. —Me dice con una mezcla de incomodidad y resignación.

Miro hacia la casa, me fijo en las ventanas del segundo piso y lo encuentro asomado a una de ellas. Por un breve instante, nuestras miradas se cruzan, pero enseguida Garret desaparece detrás de las

cortinas. No había vuelto a hablar mucho con él desde aquella noche en el bosque y aquel inesperado beso. Creo que ambos lo habíamos evitado y tal vez lo mejor era fingir como si eso nunca hubiese sucedido.

Mi corazón da un vuelco cuando decido ir en su busca. Entro en la casa de nuevo. Camino en dirección hacia las escaleras que conducen a la planta superior, pero antes de subir me detengo frente a la abuela de Garret. Ella sigue sosteniendo al bebé.

—¿Cómo se llama? —Le pregunto, mirando con curiosidad al pequeño.

La mujer levanta la vista, sus ojos aún brillan con lágrimas, pero me sonríe.

—Josh.

—Tiene los mismos ojos que Annie. —Le comento con suavidad.

—Así es, preciosa. —Me responde emocionada.

—Siento mucho lo de su hija. —Le digo con tristeza.

Su sonrisa se quiebra un poco, pero asiente agradecida. Me marcho y subo las escaleras. Cuando llego, arriba, veo que solo hay una sola puerta cerrada en el pasillo. Intento abrirla, pero el pomo está bloqueado.

—Garret, soy yo... —Le digo.

Pego la oreja a la puerta, pero solo oigo silencio.

—¡Vamos! Abre. Sé que estás ahí. —Insisto.

Nada. Respiro hondo y lanzo mi última carta.

—¿Recuerdas lo que te prometí hace unos meses en el bosque...?

No lo iba a dejar solo. Espero unos segundos y justo cuando creo que no va a abrir, oigo como cruje el pestillo y la puerta se abre lentamente. Encuentro a Garret con los ojos rojos e hinchados de llorar, tiene el cabello despeinado y una expresión de tristeza enorme que me rompe el corazón. Trago saliva y sin pensarlo, me lanzo a sus brazos. Entierro mi rostro en su cuello y siento cómo él me rodea por la cintura.

—Pecas... Prefiero estar solo —murmura, pero no hace esfuerzo alguno por apartarme.

—Pues mala suerte para ti, porque no pienso irme a ningún sitio. —Le aseguro separándome de él para mirarlo.

—Se ha ido... Ha muerto. —Su voz se quiebra cuando lo dice.
Lo miro sintiendo un nudo que me oprime en la garganta, pero trato de mantenerme firme. No puedo llorar y hundirlo más.

—Yo creo que no. Ahora vive en tu hermano.
Garret aprieta los labios y durante un momento pienso que va a negarlo.

—Ella estaría viva si él no hubiese nacido. —Me susurra. Sus palabras son un puñal, porque no puedo permitir que piense así de ese inocente bebé.

—Eso es muy cruel, Garret. —Le riño—. Tu madre podría haber tenido un accidente cruzando la calle o cualquier otra cosa, y haberse muerto. Mi madre siempre dice que nadie se muere antes de que llegue su día.
Él me mira con una mezcla de desesperación y enfado.

—¿Y por qué le llegó a ella?
Me encojo de hombros, deseando tener una respuesta mejor.

—Tal vez, porque sabía que tú cuidarás de tu hermano.
Garret guarda silencio, y entonces dice algo que me deja helada.

—Es sordo, ¿sabes? —Me pregunta y al ver que no reacciono vuelve a hablar—. Josh es sordo.

—¿Qué? —Le pregunto sin poder ocultar mi sorpresa.

—No puede oír nada.
Lo pienso por un momento y sonrío.

—Eso lo hace ser especial y más extraordinario.
Garret me mira como si estuviera loca, pero se distrae cuando se fija en el lazo negro que sostiene mi pelo.

—No digas nada. Sé que parece que tengo una tarántula en la cabeza. —Me quejo.
Garret suelta una risa inesperada, un sonido que me alegra más de lo que debería.

—Te lo juro, pecas, es justo lo que estaba pensando. —Me explica sin poder ocultar su sonrisa.

—¿Te estás riendo de mí, Stone? —Le pregunto, fingiendo indignación.

—Así es. —Su sonrisa es pequeña, pero real.

Intento que no se note cuánto me afecta verlo reír. Niego para mí, al sentir mi corazón que late más rápido, pero me obligo a disimular diciéndome a mí misma que no es para tanto. Camino hacia su librería y finjo prestar atención a sus libros.

—Siempre tienes un libro entre manos... ¿Cómo es que hoy no has traído ninguno?

—Mi madre no me dejaba. —Le confieso cruzando mi mirada con sus grandes ojos verdes.

Me humedezco los labios, respiro y vuelvo a mirar los libros, llamándome la atención uno de ellos. Acaricio el lomo fascinada y lo saco de la estantería. Lo abro para ojearlo y dudo un segundo en proponerle lo que estoy a punto de hacer.

—Mi abuelo era sordomudo. Sé hablar en lenguaje de signos. Te puedo enseñar… Si quieres. —Le digo, casi sin pensar y él niega lentamente.

—No hace falta. A mí me gusta oírte hablar.

Me río suavemente, intentando ocultar lo que esas palabras me hacen sentir.

—Hablaré también, pero podemos empezar con lo básico. Como: *hola, ¿cómo estás?.*

Garret me observa sorprendido, pero se sienta en la cama expectante. Hago lo mismo, y empiezo a mostrarle los primeros signos. Pasamos así lo que parecen minutos, pero terminan siendo horas. Garret se tumba relajado, hasta que se queda dormido.

Lo miro, pensativa. Su cabello castaño está revuelto y su rostro tiene una calma que no había visto en meses. Mi amistad con Garret es extraña, ni siquiera sé si podemos llamarnos amigos. En el instituto no solemos cruzar palabras, más allá de un simple saludo. Pero a veces cuando coincidimos a solas, como ahora, es como si fuésemos los mejores amigos. Al menos eso quiero pensar. Porque no quiero pensar en lo mucho que me gusta. Sé que es una mala idea. No debe de gustarme Garret Stone, pero reconozco que soy incapaz de alejarme de él ahora que me necesita. Así que mirando como duerme, me prometo a mí misma que, pase lo que pase, siempre estaré ahí para él. Siempre.

Capítulo 6
GARRET

—Hola. ¿Está Garret? —Oigo que pregunta Dakota cuando le abren la puerta de casa.

—Sí bonita, está arriba. —Le dice con simpatía mi abuela.

—Gracias, ¿cómo está hoy? —Le pregunta y durante unos segundos el silencio se hace en la planta inferior.

—Tiene ratos, como todos.

—Lo siento mucho, me da mucha pena veros así. —Oigo que se le quiebra la voz.

—Eres una chica maravillosa. Créeme que se pone nervioso cuando llega la hora de que vengas a traerle los deberes. —Se chiva mi abuela.

—Gracias señora. Lo hago porque así cuando vuelva a clase no estará perdido.

—Así es, es una suerte que hable contigo. Se pasa el día encerrado en su dormitorio y ni siquiera quiere ver a sus amigos. —Vuelve a haber silencio—. Sube, seguro que ya sabe que estás aquí.

—Gracias, hasta luego.

Oigo sus pasos subiendo por la escalera y corro de nuevo a mi habitación para tumbarme en la cama boca abajo, cierro los ojos y finjo estar dormido.

—Garret. —Me susurra. —¡Garreeet! —Insiste tocándome el pelo haciéndome cosquillas.

—Mmm… —Finjo despertarme y cuando abro los ojos tropezándome con los de ella, sonríe de la forma más increíble que pueda existir.

—Pareces un oso todo el día metido en esta cueva, ¿acaso estás hibernando? —Bromea divertida, mientras abre la ventana para ventilar el dormitorio.

—No estaría mal, si con eso consigo que duela menos. —Confieso y ella aprieta los labios y asiente sin hacer comentario al respecto.

—Hoy han explicado las raíces cuadradas en mates, te las explico y así las repaso. Además, podemos practicar un poco la lengua de signos. —Me dice sentándose a los pies de la cama, cruzando las piernas y abriendo un cuaderno.

Me quedo perezoso observándola con ese chándal del instituto que se ciñe a su cintura y me detengo en la camiseta básica blanca que resalta sus pechos. Trago saliva cuando se me seca la garganta y me doy cuenta de que me observa con el ceño fruncido.

—Venga Stone, no tengo todo el día. —Se queja.

—Vooooy… —Le digo mientras me incorporo y me siento junto a ella rozando su brazo adrede.

Entre deberes y clases particulares de lengua de signos, la tarde pasa más rápida de lo que debería. Cuando me doy cuenta, el atardecer ha caído sobre el cielo de River Bend y Dakota está guardando el cuaderno en su mochila preparándose para marcharse.

Durante las horas que ha estado conmigo, toda mi tristeza se ha camuflado y ha sido remplazada por un sentimiento que no sé muy bien cómo describir, pero estar con ella es anestésico porque el corazón deja de dolerme. Mientras que Dakota recoge sus cosas, yo cojo la bandeja con el plato vacío de galletas que nos subió mi abuela y los dos vasos de leche. Salgo detrás de ella escaleras abajo y joder, me gustaría decirle que se quedara un poco más, pero eso sería demasiado egoísta. Me detengo junto a la puerta de entrada y abre la puerta para marcharse.

—Mañana nos vemos. —Me sugiere y asiento feliz.

—Hasta mañana pecas.

Me quedo como un pasmarote bajo el umbral de la puerta y veo cómo se sube en su bici y se marcha. Le doy un empujón con el pie a la puerta no muy fuerte, pero lo suficiente para que se cierre. Me dirijo a la cocina para dejar la bandeja y oigo a Josh, que comienza a llorar. Voy al salón donde está mi abuela y lo acuna con cariño, mientras le tararea una nana, como si acaso él pudiera oírla. Miro a mi padre sentado en el sofá con la mirada perdida en una foto de mamá mientras bebe whisky. Cuando nuestras miradas se cruzan siento el enfado crecer en mí.

—¿Dónde está ese hombre que siempre prometió protegerla? —Le recrimino furioso.

—Garret, es mejor que cenes algo y te acuestes, mañana irás a clase.

—No voy a ir.

—Sí, ha pasado una semana y es mejor que vuelvas a la normalidad. —Me avisa.

—¿Normalidad? Nada es igual desde que ella no está. —Me quejo.

—Garret cielo, tu padre tiene razón. —Lo apoya mi abuela y eso hace que me enfade más.

—Pues el primero que debe dejar de beber es él. —Le digo mirándolo decepcionado.

—Creo que todos estamos cansados, es mejor que cenemos y mañana será otro día. —Me intenta calmar mi abuela.

—No tengo hambre. —Aseguro marchándome del salón y dirigiéndome a mi habitación.

Doy un portazo a mis espaldas y me tumbo de nuevo en la cama, meto mi mano debajo de mi almohada y saco una foto de mi madre. La miro queriendo grabarla en mi mente, porque había pasado una semana desde que había fallecido y tenía miedo de que se me olvidase su olor, tenía la sensación que cada día que pasaba lo recordaba más sutil, por no hablar de su risa, que me parecía cada vez más lejana.

El sonido del móvil interrumpe mis pensamientos y al ver que es un mensaje de Nick, me levanto de la cama rápidamente. Cuando leo que está en el jardín de atrás de casa, con Matt, no pierdo tiempo y me asomo a la ventana.

—¡Psss! —Los llamo en voz baja. —¿Qué hacéis ahí?

—¡Tío, al fin te dignas a dar la cara! —Se queja Nick, con un tono lleno de falsa indignación.

—Vamos a una fiesta en New Bern, ¿te vienes? —Me pregunta Matt, con una sonrisa traviesa en su rostro.

Muerdo mi labio indeciso, aunque la idea me atrae porque solo quiero escapar de esta horrible realidad. Después me acuerdo de que mañana mi padre me obligará a volver al instituto.

—Pero, mañana hay clase. —Les recuerdo, aunque la duda sigue rondando en mi cabeza.

—Sí, ya lo sabemos, pero nos hemos escapado de casa. —Nick me lanza una mirada cómplice y le da una colleja a su hermano Matt —. Shhh… Si se entera su padre nos la cargamos.

—¿Y tu madre? —Les pregunto con una sonrisa pícara. —Si os pilla, os manda a un internado. ¡Esperad, que bajo!

Los tres nos reímos y en ese momento, una chispa de aventura recorre mi cuerpo. Salgo por la ventana de mi habitación y me asomo al tejado, donde no me cuesta nada sujetarme a la canaleta del desagüe. Con una facilidad sorprendente bajo hasta el suelo y saludo a los chicos con un breve abrazo.

—¿Cómo os habéis escapado? —Les pregunto, intrigado. —Tu madre siempre está al tanto de todo.

Nick sonríe de oreja a oreja y Matt, hace una mueca de fastidio.

—Se ha ido con mi padre después de cenar. —Nick se pasa la mano por el cabello, mirando a su alrededor. —Han recibido una llamada urgente, pero la cosa es que van a...

—A adoptar a una niña. —Termina de decir Matt, con un tono que mezcla sorpresa y desdén.

Levanto las cejas, incrédulo al oír tal afirmación.

—¿En serio? —Me río sin poder evitarlo, viendo la cara de desagrado de ambos. —Vais a tener una hermana. Qué suerte. —Ironizo.

—¡Qué gilipollas eres! —Nick suelta una carcajada y me empuja levemente. —No sé ni para qué venimos a buscarte si no haces más que meterte con nosotros.

—Porque soy vuestro amigo y sabéis que no podéis vivir sin mí. —Bromeo, levantando la barbilla con orgullo. —Creo que todos necesitamos esa fiesta para olvidarnos de nuestras mierdas, ¿no?

—Creí que nunca lo ibas a decir. —Matt se ríe, dándome una palmada en el hombro.

—Vamos, que si no nos damos prisa, nos quedamos sin fiesta. —Les digo.

Nos dirigimos al jardín y caminamos hacia la esquina donde están escondidas sus bicicletas. Nick y Matt se apresuran a coger las

suyas, mientras yo voy al trastero y saco la mía.

—¿A qué estamos esperando? —Les pregunto, mientras empujo la bicicleta hacia el camino que lleva a las afueras del pueblo.

Ellos se suben rápidamente a sus bicis y los tres empezamos a pedalear, dejando atrás la tranquilidad de River Bend. Las ruedas de nuestras bicis crujen sobre el asfalto y el aire fresco de la noche me despeja la mente. Sé que quizás sea una mala idea escaparme de casa para ir a una fiesta, pero en este momento, lo único que quiero es escapar un rato de la realidad y dejar de echar de menos a mi madre.

Capítulo 7
DAKOTA

Llevo más de una semana sin saber nada de Garret. He ido a su casa varias veces, pero siempre me dice su abuela que él no está. No sé si realmente no está allí o si es que Garret, no quiere verme. Tampoco ha vuelto al instituto y es raro, sobre todo porque lo echo de menos y ni siquiera sé si a él le ocurre igual. La última vez que fui a su casa, me quedé con su abuela y su hermano Josh. El bebé es tan bonito, tan dulce e inocente, que pierdo la noción del tiempo observándolo. Me encanta cómo me mira con sus ojitos azules y cómo se fija en mí con atención. No entiendo cómo no puede oír, si se ríe y sonríe cuando le digo lo bonito que es.

Hoy, al llegar al instituto, noto que la gente susurra, se miran entre ellos con ojos curiosos y no entiendo a qué se debe tanta expectación. Me detengo en mi taquilla, intentando ignorar el bullicio a mi alrededor, cuando una figura se acerca a mí y veo que es April, la chica nueva.

—Oye, ¿dónde estabas ayer? —Me pregunta sonriente e ignora a los que nos miran.

April es nueva en River Bend. No se sabe mucho de ella, solo sé que es la nueva hermana de Nick y Matt. Al parecer, ha estado en varias casas de acogida antes de que los Wilson la adoptaran. Vamos juntas a todas las clases y desde que me presenté, nos hemos hecho buenas amigas.

—La señora Wilson, quiero decir mi madre —se corrige, todavía le cuesta llamarla por ese apelativo cariñoso—. Me dijo que ayer también fuiste a casa de los Stone, pero Garret no estaba allí, ¿cierto? —Me comenta April mientras se apoya en la taquilla.

—¿Cómo sabes que no estaba? —Le pregunto, frunciendo el ceño, algo confundida.

—¿No has mirado *TikTok*? —Me responde, como si fuera lo más obvio del mundo.

Yo niego, nunca he sido mucho de redes sociales. Prefiero pasar mi tiempo libre leyendo un buen libro. April sonríe y desbloquea su

móvil para enseñarme la pantalla. No sé qué esperaba ver, pero no esto.

—Mira… —Me dice, mientras me muestra el vídeo.

Garret aparece borracho, caminando tambaleante sobre el filo de una mesa de billar, con una botella de whisky en la mano, bebiendo a morro. Al verlo, algo se revuelve en mi estómago. Ese no es el Garret que yo conozco. Sé que la muerte de su madre ha sacudido su vida desde los cimientos, pero no entiendo por qué está destruyéndose a sí mismo. April habla, como si mis pensamientos no existieran.

—Imagínate el drama del alcalde cuando se enteró esta mañana de que su hijo, no va a clase y hace escapatoria. ¡Lo han visto hablando con el director! —Me susurra como si fuera un gran secreto.

—Garret es un idiota… —Murmuro sintiendo el enfado crecer en mi interior.

—Un idiota del que te preocupas porque estás coladita por él. —April sonríe y levanta las cejas de forma juguetona.

Mi rostro se ruboriza al instante. Me esfuerzo por fingir que no es cierto, pero fracaso en el intento. Aun así, no me atrevo a admitirlo y me encojo de hombros, mientras me concentro en coger el libro de matemáticas de la taquilla.

—No es así… —Le aseguro, queriendo convencerme más a mí misma que a ella. —Es solo que me da pena…

Justo en ese momento, escucho un ruido seco y metálico. Una taquilla se cierra con fuerza a mis espaldas. Me sobresalto y me giro rápidamente para encontrarme con él. Garret, lleva puesta la capucha de su sudadera, tiene los ojos rojos y ojerosos. Nuestras miradas se cruzan de forma fugaz, sé que me ha oído. Sin embargo, no dice nada. Solo se da la vuelta y camina sin prisa.

—Garret. —Lo llamo, pero me ignora.

—Garret, ¡espera! —Camino detrás de él.

El se detiene. Se gira hacia mí con una expresión de enfado y una sonrisa amarga se asoma en su rostro.

—¿Qué quieres, pecas?

—¿Acaso estás sordo? —Le reprocho molesta.

—El sordo es mi hermano Josh. —Me responde con una ironía que me congela.

—Eso es cruel, Stone. —Me atrevo a decir, irritada por la forma en que habla de su propio hermano.

—¿Cruel? —Se encoge de hombros, como si nada le importara lo suficiente. —Es la verdad y me da igual lo que pienses tú o cualquiera de aquí.

—He ido a verte varias veces a tu casa, pero no estabas. —Mi voz es suave y veo que algo en su mirada se quiebra.

Lo sabe, pero prefiere esconderse tras esa coraza de indiferencia. Garret desvía la mirada hacia mi mano, que sigue agarrando su sudadera del equipo de baloncesto. La observa un momento y en su rostro aparece algo que reconozco demasiado bien, desdén.

—Pecas, no soy tu acto de caridad. —Su tono se vuelve aún más frío y distante.

Me quedo un segundo en silencio, sin saber qué hacer con lo que acaba de decirme. ¿Cómo puede pensar eso de mí? Solo me preocupo por él, pero las palabras se me atascan en la garganta. Mi respiración se corta y en lugar de contestar, niego lentamente intentando mantener la compostura.

—¿Qué dices? —Logro murmurar confundida y con el corazón hecho un lío.

—Te doy pena. —Su tono es cortante, sin rastro de emoción. —Es eso, ¿verdad? Por eso viniste a verme.

Mis labios tiemblan, pero no soy capaz de responder. La verdad es que no sé cómo explicarle lo que siento. Solo sé que me importa, y ver cómo se destruye me duele más de lo que debería. Niego, tratando de callar ese nudo que se forma en mi garganta. Garret suspira, como si se hubiera cansado de jugar a algo que no entiendo y se pasa la mano por el pelo.

—Entonces, ¿por qué vienes a mi casa? —Me pregunta, retorciendo la situación, dándole un giro inesperado. —¿Te gusto?

Me quedo completamente quieta al oír tal pregunta. Sus ojos verdes me atraviesan, con una intensidad que me hace pensar que puede ver todo lo que siento e intento ocultar. No quiero decirle que sí, porque eso complicaría nuestra amistad. Simplemente me quedo

callada, mirando cómo su rostro se endurece al ver que no respondo. Garret suspira y mi corazón late con fuerza al ver la resignación en sus ojos.

—Es mejor que olvides que podríamos ser amigos, porque tú y yo nunca lo seremos. No lo olvides, pecas. —Su voz es fría y dura, como si estuviera sentenciando algo que ni siquiera yo comprendo del todo.

Garret se aparta de mi lado con brusquedad y sigue su camino. Yo me quedo inmóvil, con el peso de sus palabras aplastándome el pecho. Las puertas del edificio central se cierran tras él, mientras desaparece de mi vista y tal vez, de mi vida. El pasillo se llena de ruido y voces, pero yo sigo paralizada sin saber qué hacer con mi corazón.

¿Por qué actúa así?

¿Dónde está el Garret que encontré asustado en el bosque?

Había vuelto a ser el mismo niño arrogante e imbécil que conocí cuando llegué a River Bend.

Capítulo 8
DAKOTA
(Tres años después).

El reflejo en el espejo me devuelve la imagen de una chica distinta. No sé si es la luz tenue del atardecer filtrándose por la ventana o el hecho de que esta noche es especial. Me giro un poco hacia el espejo de detrás de la puerta de mi dormitorio para comprobar el vestido azul marino que llevo, es sencillo, pero bonito. Me humedezco los labios que tienen *gloss*, mientras que mi cabello cae en ondas suaves sobre mis hombros y por primera vez en mucho tiempo, me siento... diferente.

—Estás preciosa. —La voz de April me saca de mis pensamientos. Mi amiga está tumbada en mi cama con una sonrisa divertida cuando me ve maquillada—. Y Jamie es valiente por salir con la hija del sheriff.

—Solo es una cita, bueno… La tercera para ser exactas.

April me mira con escepticismo, jugando con un mechón de su cabello castaño.

—Ajá… ¿Y te gusta ese chico?

Asiento, pero me encojo de hombros casi al instante.

—Sí, pero no quiero hacerme ilusiones.

Recojo el libro que había estado leyendo antes de que April llegara y lo dejo en la librería. Intento sonar despreocupada, pero la verdad es que me siento nerviosa. Jamie es guapo, carismático, el chico que todas las chicas en River Bend adoran y esta noche saldrá conmigo.

—Te va a ir genial. —April se incorpora, apoyando los codos en sus rodillas—. Tu primera vez, va a ser con el base estrella del equipo de baloncesto del insti.

Suelto una carcajada.

—No digas eso. No tiene por qué pasar nada, al menos todavía no.

—Oh, vamos. Jamie es encantador, el chico perfecto. Después de Garret, claro…

Mi sonrisa se borra de un plumazo y le lanzo una mirada de advertencia.

—Ni lo menciones. —Le advierto.

April suspira y ladea la cabeza, analizándome con curiosidad y diversión.

—No sé por qué lo odias.

—No lo odio. Solo que es imbécil.

—No sé, parece amable con casi todas las chicas.

Me giro hacia ella y arqueo una ceja.

—¡Exacto! Con casi todas.

April me mira con picardía.

—Yo creo que le gustas, pero no soporta aceptarlo.

—¿Qué? —Me río, incrédula—. ¡Estás loca! Lo conozco desde que tenía ocho años y siempre ha sido un imbécil. No olvides que intentamos ser amigos cuando su madre murió… y fue un desastre.

—Sí, desde luego que es un imbécil… —April sonríe con diversión —. Pero un imbécil que está como un queso.

Antes de que pueda replicar, el timbre de la casa suena. Mi corazón da un vuelco. Debe ser Jamie. April me lanza una mirada cómplice y se levanta de la cama.

—Vamos, cumpleañera, no hagas esperar a tu príncipe azul.

Respiro hondo, tratando de calmar mis nervios. Esta es mi noche, es mi cita y tengo mi oportunidad de dejar el pasado atrás, con Garret en él.

Sonrío y salgo de la habitación.

April baja las escaleras conmigo, con esa sonrisa traviesa que siempre lleva cuando sabe que estoy nerviosa. Intento actuar con naturalidad, pero mi estómago es un nudo de incertidumbre. Al llegar al recibidor, lo veo.

Jamie está allí, apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos de su pantalón beige. Lleva una camisa blanca bien planchada y su pelo rubio está peinado con gomina hacia el lado. Parece sacado de una película de los años cincuenta. Está hablando con mi padre.

—Gracias por llevar a las chicas al cine. —Le dice mi padre con su habitual tono serio.

—Es un gusto, señor Callender. —Jamie le sonríe con educación.
Papá lo observa con el ceño levemente fruncido y sé que no le agrada que salga con un chico, pero es el primero en mis dieciséis años que se presenta en la puerta de casa y sé que mi padre no iba a negarse.

—¿Tienes carné, verdad? —Le pregunta con recelo.

—Sí, aprobé el otoño pasado. ¿Quiere verlo señor?
Papá niega con la cabeza y su expresión se relaja un poco cuando me ve.

—No es necesario. Pasadlo bien.
Mamá se acerca a mí con una sonrisa cálida y me coge la mano.

—Estás preciosa, cariño. Feliz cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, Dakota —añade mi padre, con un gesto más suave que el que le dedicó a Jamie.
Sonrío, sintiéndome de repente menos nerviosa.

—Gracias. —Les digo a ambos, dándoles un beso en la mejilla a cada uno.

—A las once os quiero aquí a las dos. —Nos advierte mi padre con tono firme.

—Sí, señor. —Le responde April, divertida, mientras cierra la puerta tras nosotras.
El aire fresco de la noche nos envuelve en cuanto salimos. Jamie abre la puerta del coche para mí y por primera vez en mucho tiempo, siento que esta noche podría ser el comienzo de algo bueno.

Nos subimos al coche. Jamie al volante, yo a su lado y April en el asiento trasero. El ambiente está cargado de emoción, pero también de un extraño nerviosismo que no logro identificar. Arranca el coche y antes de ponerse en marcha me mira.

—Cambio de planes, chicas. —Nos dice con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo que cambio de planes? —Frunzo el ceño, confundida—. Pensé que íbamos al cine y April iba a quedar allí con Oliver.

—Vamos a una fiesta a casa de Oliver. —Me interrumpe rápidamente, mirando por el retrovisor a mi amiga—. Van todos los de último curso. —Nos informa y vuelve a mirarme con ilusión—. Me muero de ganas de presentarte como mi novia.

No puedo evitar sonreír al oír esas palabras. Nunca había tenido novio. Jamie se inclina hacia mí, su rostro se acerca al mío y estoy segura de que va a besarme, pero antes de que ocurra… April se cuela entre ambos para encender la radio de golpe.

—¡Perfecto! ¿Nos vamos? —Pregunta mi amiga rompiendo el momento.

La música llena el coche y Jamie se vuelve para su asiento, niega para sí mientras se ríe y finge que no le ha jodido tanto como a mí lo que acaba de hacer April.

—Bueno, parece que alguien tiene prisa —dice risueño, mientras nos incorporamos a la carretera.

Pongo los ojos en blanco y miro a mi amiga que se encoge de hombros con una sonrisa maliciosa. Cuando llegamos a las afueras de River Bend, la casa de Oliver aparece ante nosotros. Es enorme, casi como una mansión, con luces brillando desde cada ventana y música que se escucha desde el jardín. Al bajar del coche, me acerco a April.

—¿Por qué hiciste eso antes? —Le pregunto en un susurro, antes de que Jamie se acerque a nosotras.

—¿Evitar que te besara? —Me pregunta con un tono burlón.

Asiento, esperando una explicación.

—Tu padre estaba mirando por la ventana, idiota. —Me informa y no puedo evitar soltar una carcajada nerviosa.

—Gracias —confieso y ella sonríe con suficiencia.

—Hoy va a ser una noche fabulosa. —Sus ojos brillan cuando mira hacia la casa—. Oliver está en la puerta. —Me advierte.

Mi mirada sigue la dirección de la suya y efectivamente, Oliver está en la entrada con un grupo de chicos.

—Venga, ve a saludar a tu Romeo. —La empujo un poco y ella me guiña un ojo antes de dirigirse hacia él.

Niego para mí, pensando que es única. Es una suerte tenerla de amiga. Jamie me saca de mis pensamientos, cuando toma mi mano, tira de mí hacia él y me planta un beso fugaz en los labios.

—¿Preparada? —Me pregunta, mientras sonrío.

—Preparada.

Entramos en la casa, y el ruido de la fiesta nos envuelve como una ola. El salón principal ha sido transformado en una pista de baile improvisada. Hay luces de colores parpadeando al ritmo de la música y el aire está cargado con una mezcla de olor entre tabaco y alcohol. La gente ríe, grita y se mueve al compás de una canción que apenas reconozco por el volumen ensordecedor.

Jamie me guía hacia la cocina, donde hay una barra improvisada llena de botellas y vasos. Me ofrece un refresco y antes de que yo lo termine, él se ha bebido cuatro chupitos seguidos y se acaba de servir un cubata. A veces me gustaría no ser tan transparente, pero cuando da un sorbo a la bebida y me mira con soberbia, no me gusta.

—Relájate, nena. Yo controlo. —Su sonrisa es lobuna, pero algo en su mirada me incomoda.

—Jamie, le dijiste a mi padre que íbamos al cine. Y me tienes que llevar luego a casa, ¿recuerdas? —Le reprocho, tratando de mantener la calma.

—Vamos a saludar a los chicos, están en el jardín. —Me propone ignorando mi comentario.

—Voy a… Buscar a April para ir al baño. —Me excuso.

Él simplemente se encoge de hombros y me da un beso rápido antes de desaparecer entre la multitud. Molesta y cada vez más incómoda con la actitud de Jamie, decido buscar a mi amiga. La encuentro en un rincón del porche trasero, besándose apasionadamente con Oliver y decido no interrumpir. Regreso al salón, atravesando la multitud. Veo a Nick y Matt jugando al *beer pong* y pienso que, si supieran lo que está haciendo su hermanita ahora, dejarían de parecerle tan divertida la fiesta. Ambos me saludan con un gesto de cabeza antes de volver a concentrarse en el juego. Entonces, mi mirada se detiene en Garret. Está apoyado contra una pared, hablando con una chica de tercero. Ella se inclina demasiado cerca de él, y él ríe por algo que ella le dice. Mi estómago se revuelve solo de verlo y decido salir a tomar el aire fresco. No he salido del salón, cuando siento una mano en mi muñeca que me frena y al girarme veo que es Jamie.

—Nena, perdona. Sé que tienes razón y no debería de haberme pasado con los chupitos. —Su tono parece arrepentido—. Para compensarte, voy a enseñarte algo. Ven conmigo.

Me coge de la mano y me guía por un pasillo hasta una enorme puerta de dos hojas correderas de roble. La abre y lo que veo me deja alucinada.

Es una biblioteca. ¿Quién tiene una tan enorme en su casa? Me quedo maravillada al ver las estanterías repletas de libros antiguos, y el olor a papel envejecido llena el aire. Es como si hubiera entrado en mi pequeño paraíso.

—Sabía que te gustaría. —Me susurra James detrás de mí, mientras recorro las estanterías con la yema de los dedos.

De repente, siento sus brazos rodeando mi cintura. Me atrae hacia él, mientras me besa en el cuello y pasa su lengua por mi piel, en ese instante mi cuerpo se pone en alerta.

—Si supieras todo lo que quiero hacerte en ese sofá… —Susurra con voz ronca, pero antes de que pueda reaccionar, Jamie me levanta como si fuera una pluma y me tumba en un sofá negro que hay en medio de la estancia.

—Jamie, no. —Me quejo.

Intento apartarlo, pero él es más fuerte y se coloca encima de mí con facilidad.

—Vamos, nena. Te va a gustar, quiero demostrártelo. Va a ser el mejor regalo de cumpleaños que te hagan… —Insiste.

Su aliento apesta a alcohol, está borracho, pero aún así tiene fuerza para retenerme. Con una mano me sujeta mis muñecas y con la otra me acaricia lentamente por debajo de mi vestido. Un escalofrío me recorre la columna cuando sus dedos rozan la liguilla de mis bragas.

—No quiero, Jamie. —Le aseguro, pero mi voz tiembla y él no se detiene.

Forcejeo con todas mis fuerzas, intento darle un rodillazo en la entrepierna, pero es más rápido y logra detenerme. Sonríe y me sujeta con más fuerza. Me hace daño su agarre. Su risa está cargada de malicia y me estremezco. Cuando mis ojos se cruzan con los suyos, lo único que encuentro es un reflejo oscuro, como si el chico que conocía hubiera desaparecido, reemplazado por alguien

completamente distinto y cruel. El pánico se enrosca en mi pecho y un sabor amargo sube a mi garganta cuando él aplasta su boca contra la mía con brusquedad. Siento las náuseas crecer, cierro los ojos con fuerza incapaz de pensar, hasta que una voz fría y cortante como el filo de un cuchillo, irrumpe en el aire y quiebra el momento.

—Si supieras la de huesos que quiero romperte ahora mismo, Jamie... Ni te imaginas.

Una voz amenazante, me hace abrir los ojos de golpe. Giro la cabeza y lo veo. Es Garret. Está en la puerta de la biblioteca, con la mandíbula tensa y los puños apretados como si fueran martillos a punto de golpear a Jamie. Su mirada está fija en él y estoy segura de que es más letal que cualquier golpe que yo pueda darle. Jamie palidece encima de mí y se levanta de inmediato con las manos en alto, tratando de aparentar tranquilidad.

—Tranquilo, capitán. No ha pasado nada, solo estoy aquí con mi novia… —Intenta aparentar serenidad, aunque su voz tiembla.

Garret da un paso adelante, su postura está llena de rabia contenida. La tensión en la habitación es sofocante, como si en cualquier momento fuera a estallar algo en mil pedazos.

—Creo que estás sordo, porque ella no paraba de decirte que no quería que siguieras. —Le advierte mirándome fugazmente para volver a centrar toda su ira en él—. Tienes tres segundos para largarte antes de que te deje inconsciente.

Jamie me lanza una última mirada, quizás buscando una excusa para quedarse o una forma de salvar su orgullo. Pero al ver que no pienso decir nada a su favor, se da la vuelta y sale de la biblioteca.

Me quedo quieta viendo cómo se aleja, hasta desparecer por completo de mi vista. Garret me vuelve a mirar y esta vez su expresión cambia. La furia se desvanece en sus ojos verdes, dejando paso a algo mucho más profundo. Preocupación.

—¿Estás bien? —Me pregunta en voz baja, pero yo no puedo responder.

Asiento temblando, incapaz de articular palabra. Las lágrimas calientes y traicioneras, ruedan por mis mejillas mientras lucho por recuperar el aliento que no sabía que había perdido. Me levanto, aliso la falda del vestido con manos temblorosas e intento juntar los

pedazos de mi dignidad al notar su mirada esmeralda fija en mí. Trago saliva, alzo la barbilla con esfuerzo y empiezo a caminar hacia la puerta, decidida a marcharme.

—Gracias… —Murmuro, apenas con voz audible.

Garret no responde enseguida, pero cuando lo hace su tono me congela como una jarra de agua fría.

—Pecas, pensé que al leer tantos libros serías más lista. —Su voz es seria, casi desaprobadora y me detengo en seco y me giro para enfrentarlo.

—Y yo pensé que habías madurado en estos años, pero sigues siendo el mismo gilipollas de siempre. —Le aseguro, dejando salir toda mi frustración.

Para mi sorpresa, Garret sonríe, como si le hubiera contado un chiste.

—No querías que te manoseara como a un trozo de carne, ¿verdad? Tranquila, yo tampoco. —Lo dice con una calma exasperante, como si todo esto fuera un juego para él.

—¿Desde cuándo sabes tú lo que quiero? —Le reto enfadada y él da un paso al frente, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Desde que eras una cría y te negaste a besar a un sapo en el bosque. Pero hace cinco minutos, parecías que ibas a hacer algo mucho peor con uno de ellos.

Lo miro incrédula, buscando una respuesta cortante, pero su comentario me deja sin palabras.

—Eres un imbécil y que sepas, que hay que besar a muchos sapos antes de encontrar al chico correcto. —Le suelto, intentando recuperar terreno.

Él sonríe, esa sonrisa descarada y desafiante que siempre ha conseguido llevarme al límite de mi paciencia.

—En ese caso, no pierdes nada por volver a probar conmigo.

—¡Estás loco! —Le aseguro, dejando escapar una risa incrédula, porque no puedo creer lo que acaba de decir.

Garret se encoge de hombros y da otro paso relajado, está tan cerca que sus deportivas rozan mis sandalias.

—Sé que te da miedo besarme y pensar que yo podría ser el chico correcto. —Me reta en voz baja.

—Siempre serás el sapo equivocado, Garret. No olvides que fuiste el primero que besé. —Le comento, su sonrisa se hace un poco más grande.

—Así que lo recuerdas… —Su sonrisa me desarma, como si acabara de ganar una guerra silenciosa.

Traga saliva y antes de que pueda reaccionar, sus labios están sobre los míos. No es un beso apresurado, ni uno tímido. Es un beso intenso, profundo, como si quisiera robarme cada pensamiento, cada aliento. Me besa como si estuviera bebiéndose mi vida sorbo a sorbo y me deja aturdida. Cuando finalmente se aparta, su frente está apoyada contra la mía.

—Joder, pecas… Sabes más dulce de lo que recordaba. —Susurra.

Este beso no se parece en nada a aquel primero que nos dimos y tampoco puedo compararlo con los de Jaimie. Garret ha conseguido hacer que mi piel sienta anhelo cuando se ha apartado. Estoy convencida de que Garret Stone es adictivo, pero no soy capaz de decir nada. Tampoco tengo tiempo para responder, porque el sonido lejano de las sirenas de la policía hace que mi cuerpo se tense al instante.

—Es mi padre —murmuro aterrada, al saber que esta noche estaba de guardia.

Garret se asoma por la ventana y asiente con calma.

—Es tu padre. —Me confirma divertido, como si la situación no fuera tan grave.

—No puede verme aquí. —Le digo con el corazón todavía golpeando salvajemente mi pecho tras ese increíble beso.

Él se ríe, de esa forma tan auténtica que recordaba, como si se burlarse del mundo.

—¿Y eso por qué? ¿La hija perfecta del sheriff tiene algo que ocultar? —Me pregunta divertido.

—Se supone que Jamie iba a llevarme al cine…

Garret niega para sí, todavía riéndose entre dientes y me coge de la mano con determinación.

—Vamos pecas.

Me guía por la biblioteca, le sigo nerviosa y él abre una puerta que hay en el pasillo. Pero en lugar de encontrar una salida rápida, nos

topamos con Jamie, que está enredado con otra chica. La besa con la misma intensidad con la que minutos antes había intentado besarme a mí, pero con la diferencia de que esta le corresponde con el mismo deseo. Garret cierra la puerta de golpe para apartarme del espectáculo, pero yo me quedo con la mirada clavada en la madera, procesando lo que acabo de ver.

—Jamie es un sapo baboso y asqueroso… —Me comenta Garret con desprecio y por primera vez, siento que estamos de acuerdo en algo.

Garret tira de mí obligándome a seguirlo. Su agarre es firme y decidido. Llegamos a la puerta de entrada donde encuentro a April, con las mejillas encendidas y ligeramente despeinada.

—Es el sheriff —dice mi amiga, con los ojos como platos.

—No pasa nada —responde Oliver, como si realmente creyera que todo está bajo control.

April lo fulmina con la mirada.

—¡Es el padre de Dakota, imbécil! —Le espeta.

—En ese caso, estamos en un lío… —Murmura Oliver.

Antes de que pueda reaccionar, Garret entrelaza sus dedos con los míos, tirando de mí hacia la puerta trasera. Oliver hace lo mismo con April. Todo el mundo sale despavorido de la casa y sé que mi padre no va a poder coger a todos. Corremos por el jardín trasero, atravesando arbustos y tropezando con raíces bajo la tenue luz de la luna. Los gritos piden que nos detengamos, pero con cada paso que damos más lejos quedan.

Una vez que estamos a varias calles de la casa, nos dividimos. Oliver y April giran por una esquina, mientras que Garret y yo seguimos corriendo hasta que estamos lo suficientemente lejos. Cuando sé que estamos fuera de peligro de ser pillados, me detengo jadeando con el corazón desbocado. La noche nos envuelve con su calma, pero la tensión entre nosotros es palpable. Garret me mira de una forma que me confunde un poco más si cabe. Así que me suelto de su mano con brusquedad y me humedezco los labios antes de hablar.

—Me voy. —Le digo al fin, intentando controlar mi respiración. Miro hacia otro lado, evitando su mirada—. Esta noche ha sido un

error salir. Ir a esa fiesta, salir con Jamie, todo.
Garret se cruza de brazos mientras me escucha con atención, como si estudiara cada uno de mis gestos. Su mandíbula se tensa antes de hablar.

—Yo creo que ha sido una de mis mejores noches.
Su voz es grave, tranquila, como si no acabáramos de escapar de mi padre ni de enfrentarnos al caos en la biblioteca. Lo miro incrédula, mientras la rabia comienza a encenderse en mi pecho, creciendo con cada segundo al ver su indiferencia.

—¿Me estás tomando el pelo? —Le pregunto, dando un paso hacia él—. ¡No me hablas en tres años! Y de repente apareces, me besas y actúas como si nada hubiera pasado. ¿Quién diablos crees que eres, Stone?
Garret permanece tranquilo, pero hay un destello en sus ojos que me hace sentir como si estuviera jugando a un juego en el que siempre me lleva ventaja.

—Pecas… —Susurra con esa maldita voz que pone mi mundo del revés—. Me has besado tú.
Me quedo helada, al oír su acusación.

—¿Qué? —Balbuceo, incapaz de procesar lo que acaba de decir.
Garret sonríe, esa sonrisa lenta y confiada que consigue sacar lo peor de mí.

—Piensa un poco. —Me pide, dando un paso hacia mí. Su proximidad es aplastante, pero me niego a retroceder—. ¿Quién acortó la distancia en ese beso? Porque no fui yo.
Abro la boca para responder, pero no sé qué decir. La cierro pareciendo un pececillo fuera del agua. ¿Fue él? ¿Fui yo? Mi mente reproduce el momento, intentando encontrar alguna grieta en sus palabras.

—Nunca te besaría. —Termino diciéndole con la voz cargada de enfado—. ¿Sabes por qué? Porque eres un gilipollas.
Garret se ríe. Suelta una carcajada divertida y burlona, que me pone los nervios de punta.

—Un gilipollas olímpico. No lo olvides la próxima vez que quieras besarme pecas.

Me lanza un guiño. Un maldito guiño que me hace hervir la sangre. Sin pensarlo, le saco el dedo corazón y su risa se hace aún más fuerte.

—¡Qué más quisieras tú! —Gruño, dándome la vuelta y camino en dirección hacia mi calle.

Lo escucho reírse detrás de mí, pero no se mueve. Sé que sigue mirándome, puedo sentir su mirada clavada en mi espalda, como si estuviera esperando algo más. Pero no pienso darle el gusto.

—¡Feliz cumpleaños Dakota! —Oigo que grita divertido.

Cuando llego a la esquina de la calle, veo a April esperándome bajo una farola. Se cruza de brazos al verme y algo en su sonrisa me dice que tenemos mucho de lo que hablar esta noche. Respiro hondo y por puro impulso, miro hacia atrás.

Garret sigue allí, en el mismo lugar donde lo dejé, con las manos en los bolsillos y una expresión indescifrable en su rostro. Cuando nuestras miradas se cruzan, sonríe y siento que mi corazón da un salto de alegría. Me doy la vuelta rápidamente, intentando ignorar lo que solo él es capaz de hacerme sentir.

—¿Todo bien? —Me pregunta April mientras caminamos juntas hacia mi casa.

—Sí… Ha sido una noche intensa. —Le respondo, aunque mi voz suena más débil de lo que esperaba.

Mientras me acerco a la puerta de mi casa, siento que algo dentro de mí se remueve. Ese beso. Ese maldito beso que por un instante, había empañado todo lo malo de la noche. Había sido como un rayo de luz en medio de la oscuridad.

Me niego a ilusionarme con Garret Stone. Recuerdo que hubo una vez que fuimos amigos, pero hace mucho tiempo de eso y ninguno de los dos ahora somos los mismos.

Cuando cierro la puerta de mi habitación, observo a April tecleando en su móvil con una sonrisa distraída, seguramente está hablando con Oliver. Me dejo caer contra la puerta, intentando recuperar el aliento que parece haberse quedado atrapado entre mis costillas, pero es inútil. Mis labios aún tiemblan al recordar ese beso y siento un hormigueo eléctrico en mis labios, que se niega a desaparecer.

No puedo engañarme más. Garret Stone, ha vuelto a encender algo dentro de mí, algo que durante años había estado enterrado bajo capas de indiferencia y orgullo. Pero esta noche mis sentimientos han salido a flote y me resulta aterrador. Porque, de todas las cosas que he enfrentado esta noche, nada me asusta más que lo que Garret puede hacerme sentir.

Capítulo 9
GARRET

El silbato del entrenador sigue sonando mientras que da órdenes, pero yo apenas lo escucho. Estoy sentado en un banco del vestuario, con los codos apoyados en las rodillas y me sujeto la cabeza con las manos como si eso pudiera evitar que explote. El entrenamiento ha sido un desastre y todo gracias a mí. No puedo concentrarme. No puedo dejar de pensar en Dakota. En ese maldito beso. En cómo me miró hoy en el pasillo como si no existiera.

Jamie, ni siquiera se atreve a mirarme y mejor así. Después de lo que hizo, presumió de la otra chica como si fuera un trofeo, estoy a nada de partirle la cara. Podría haber sido Dakota. Todo lo que hizo y dijo de esa chica, podría haber sido con ella. Por eso hoy he entrenado como un perro rabioso, intentando liberar toda esta mierda antes del partido del sábado. Es el último del curso y después se acabará todo.

—Tío, céntrate. —Me dice Matt, mi mejor amigo se pone delante de mí con los brazos cruzados. Me mira como si estuviera a punto de perder la paciencia—. ¿Qué diablos te pasa?

No le respondo. Me limito a apretar más las manos y bajar la cabeza. No quiero hablar de esto.

—¿Esto es por Dakota? —Me pregunta, pero su tono no es de burla. Matt sabe cuándo no tocarme las narices.

Alzo la mirada y veo cómo estrecha los ojos, estudiándome como si fuera un bicho raro y entonces decido que es mejor cambiar de tema.

—¿No tienes que ir a vigilar a Oliver? —Le pregunto con sarcasmo, intentando desviar la atención—. Seguro que está rondando a tu hermana otra vez.

Matt gruñe y aprieta la mandíbula. He dado en la diana. Si hay algo que odia más que verme así, es pensar en Oliver acercándose a su hermana.

—Nick, vámonos. —Le dice con urgencia, dirigiéndose a su hermano, que también está en el equipo. Sigo a los mellizos con la mirada mientras se alejan, dejando claro que no están para bromas.
Vuelvo a mirar al suelo, pero antes de que pueda pensar mucho más, el silbato del entrenador suena esta vez con más insistencia.

—¡Stone, a mi oficina! —Me grita el entrenador.
Con un suspiro pesado, me levanto y lo sigo hasta dirigirnos al edificio. No me sorprende encontrarme a mi padre de pie junto al escritorio del entrenador. Lleva ese traje caro que siempre luce como si intentara convencer al mundo de que tiene su vida bajo control. Pero yo sé la verdad. No la tiene.

—Hijo, ¿por qué me lo pones tan difícil? —Me pregunta, cruzándose de brazos. Su tono tiene ese matiz de desaprobación que siempre me saca de quicio.

—¿Difícil? —Le reto con una sonrisa vacía—. No le dijiste eso a Ariel cuando la metiste en casa después de que la abuela muriera, ¿verdad?
Le reprocho y el golpe llega rápido. Mi mejilla arde, pero no me muevo. Aprieto la mandíbula, conteniendo el impulso de devolverle el golpe y aguanto el dolor.

—¡Eh! —Interviene el entrenador, poniéndose entre los dos—. No permitiré que le pegue a un alumno y menos al mejor jugador de mi equipo. Le he llamado porque su hijo tiene una beca para la universidad. Una beca deportiva.

—No irá. —Ataja mi padre. Su tono es firme, como si él tuviera la última palabra.

—Sí iré. —Le respondo con desafío—. Me largaré de aquí y de este estúpido pueblo.
El comentario parece encenderlo más. Me agarra de la camiseta con fuerza y me acerca a su cara.

—Madura de una vez, imbécil. Tu madre no volverá. No querría verte así. —Masculla con ira, pero no me dejo intimidar.

—¿Y querría ver en lo que te has convertido tú? —Le replico, manteniéndole la mirada—. Eres un cuadro de un museo. Muy bonito por afuera, pero por dentro estás apolillado. Y esa mujer con la que quieres casarte es una arpía y lo sabes.

—Tu hermano, Josh, necesita una madre —escupe mi padre.

—Josh necesita a *mi* madre. —Le respondo y noto cómo las palabras lo golpean más que cualquier puñetazo—. Esa mujer no es lo que crees, pero claro, tú nunca escuchas, ¿verdad?

—Solo dices eso porque eres un hijo egoísta. —Me dice con desprecio—. Ariel es mi prometida y te guste o no, tendrás que aceptarlo.

Antes de que pueda responder, el entrenador interviene de nuevo.

—Señor Stone, aquí en mi oficina usted no es el alcalde. Es un padre perdiendo los papeles con su hijo y no voy a tolerar esto.

—Señor, me voy. —Le digo, dirigiéndome al entrenador y agarrando mi mochila de entrenar. —No jugaré el sábado.

Mi padre grita mi nombre mientras salgo dando un portazo, pero no me detengo. No pienso quedarme a escuchar más mierda. Salgo con ferocidad y cruzo el campo de rugby para llegar antes al aparcamiento, pero me tropiezo con ella y no sé si estoy preparado para enfrentarla ahora. Dakota está quieta como una estatua, con sus ojos azules clavados en mí. Verla me cabrea más. Intento pasar de largo, pero escucho su voz.

—Garret. —Me llama, pero no me detengo.

Su voz es una tortura, me duele que nuestra relación siempre haya sido tan complicada. Pero estoy demasiado cabreado para sentir otra cosa que no sea la ira bullendo dentro de mí. Cada paso retumba en mi cabeza, como si mi cuerpo intentara expulsar toda la rabia que no puedo gritar. Mi padre… El entrenador… Dakota… Todo. Todo parece empujarme al borde del maldito abismo hoy.

—¡Garret! —Escucho de nuevo su voz detrás de mí, pero no me detengo.

No ahora.

No puedo.

Sigo caminando, con las manos cerradas en puños, el aire entrando y saliendo de mis pulmones como si acabara de correr un maratón.

—¡Garret, para, joder! —Me grita Dakota otra vez, más cerca ahora. Escucharla solo me cabrea más.

¿Por qué me sigue?

¿Por qué no puede dejarme en paz como ha estado haciendo los últimos años?

¿Por qué no me ignora como hizo en el pasillo esta mañana?

Después de que anoche fuese un puto caos, entre quitarle al baboso de Jamie de encima y besarla. Es como si ese beso no hubiera significado nada. Pero claro, ¿qué iba a significar para ella? Dakota Callender, siempre ha sido demasiado buena para alguien como yo.

Cuando siento su mano agarrándome del brazo, me detengo de golpe. Me giro y ahí está, con las mejillas encendidas y el ceño fruncido, mirándome como si fuera una fuerza de la naturaleza que no puede controlar.

—¿Qué quieres, Dakota? —Mascullo con voz áspera.

Ella suelta mi brazo, pero no retrocede. Tiene los ojos fijos en mí, desafiándome, como siempre lo hace.

—Quiero saber qué diablos te pasa. —Me dice, cruzándose de brazos con la misma mezcla de enfado y preocupación que siempre consigue atravesarme—. He oído los gritos que procedían de la oficina del entrenador.

—Nada que puedas arreglar, Dakota —respondo, aunque mi voz sale más suave de lo que pretendía.

Siempre me pasa con ella. Puedo estar a punto de explotar, pero su presencia tiene una forma de calmarme y alterarme al mismo tiempo.

—Mi vida siempre ha sido una mierda, Dakota. No sé por qué te importa ahora.

—No tienes que cargar con todo tú solo. —Me dice, con un deje de tristeza en la voz.

—¿Y qué quieres que haga? —Le pregunto, dando un paso hacia ella, notando cómo mi propia frustración se mezcla con la atracción que siento por ella. Es como si todo lo malo desapareciera cuando estamos así de cerca—. ¿Qué finja que todo está bien? ¿Qué finja que no quiero largarme de este lugar de mierda cuanto antes?

Ella parpadea sorprendida por mi sinceridad, pero no retrocede.

—Garret, este lugar no es tan malo como crees. —Me aclara, con una sonrisa triste—. Hay cosas buenas aquí. Se respira paz, la gente

es familiar y hace que sea un hogar.

—Tal vez es así para ti. —Le respondo, con una amargura que no logro ocultar—. Pero para mí, este lugar es una cárcel.

Su rostro se tensa, pero sigue mirándome como si intentara entenderme.

—Entonces vete. —Me dice en voz baja—. Si tanto lo odias, vete.

No respondo. No sé qué decir. Lo único que quiero en este momento es besarla, callar esa boca que siempre tiene algo que decirme y me hace pensar demasiado. Antes de que mi lado más racional pueda detenerme, lo hago. Me inclino hacia Dakota y la beso con fuerza, con desesperación y como si ella fuera la única persona que pudiera mantenerme cuerdo en este instante.

Ella no se aparta. Sus manos se aferran a mi camiseta y su boca responde a la mía con la misma intensidad. Sus labios son tan dulces como el azúcar y yo solo quiero más. Por un momento todo desaparece… El pueblo, mi padre, mis problemas… Todo. Solo estamos nosotros dos, pero algo en mi interior me dice que es un beso con sabor a despedida.

Dakota es la primera en romperlo. Se aparta de mí con la respiración acelerada y me mira con los ojos brillantes, como si intentara entender qué acaba de pasar.

—Garret... —Empieza a decir, pero la interrumpo.

—Ven conmigo. —Le pido, antes de pensar en las palabras—. Cuando me vaya con la beca deportiva, vente conmigo. Sal de este lugar.

Ella me mira como si no pudiera creer lo que estoy pidiéndole.

—No puedo. —Me responde, casi de inmediato.

—¿Por qué no? —Insisto desesperado, dando un paso más hacia ella. Mis manos buscan las suyas y siento cómo sus dedos tiemblan ligeramente en los míos—. No tienes nada que te ate aquí.

—Eso no es cierto. —Me dice, apartando la mirada—. Están mis padres, está April y soy feliz aquí… Este es mi hogar. Todo lo que soy y lo que quiero ser, está aquí con mi familia, con la gente que conozco desde siempre. Aquí me siento segura. Me siento bien.

No puedo poner los ojos en blanco. Lo hace sonar tan perfecto, tan jodidamente ideal, como si no viera que yo detesto este pueblo

desde que mi madre se murió.

—Claro que sí, un lugar de cuento. ¡Es perfecto para ti princesa! —Ironizo.

Dakota me fulmina con la mirada, pero hay algo en su expresión, una pizca de tristeza, como si supiera que esta conversación es un callejón sin salida.

—No es perfecto, pero es mío —dice finalmente, con un hilo de voz—. Y tú… Tú siempre has odiado este lugar, ¿verdad?

—No es odio. —Le respondo, pero me callo antes de seguir.

Porque sí, lo odio. Odio todo lo que me recuerda que he perdido en este pueblo. A mi madre, a mi abuela… Las perdí a las dos. Me recuerda a mi padre, a su nueva novia perfecta, a las expectativas que nunca cumplo para él.

—Voy a ir a la Estatal. —Me dice de repente—. Está a menos de dos horas de casa y podré venir todos los fines de semana.

Su declaración me golpea como un puñetazo. Dos horas. Los fines de semana. Mi mandíbula se tensa. Esa es la diferencia entre nosotros. Ella está planeando su vida en torno a este lugar, mientras yo solo quiero escapar de él.

—Yo no pienso volver aquí cada fin de semana, Dakota. —Le confieso, soltando sus manos.

Ella sonríe triste, es una sonrisa cargada de decepción.

—Supongo que queremos cosas diferentes —susurra con la mirada empañada.

El silencio que nos abraza es insoportable. Quiero confesarle que lo único que me importa de este maldito pueblo es ella y mi hermano Josh. Que si me voy, será con la esperanza de que ella me siga. Pero entonces, la verdad me golpea como un puñetazo en el estómago. Dakota nunca dejará este lugar. Nunca será feliz si la arrastro lejos de todo lo que ama, de todo lo que la hace ser quien es.

No puedo ser egoísta.

No con ella.

Así que hago lo que debo hacer con ella. Le miento. De la manera más rastrera que jamás imaginé, aunque cada palabra que estoy a punto de decirle me quema como ácido en la garganta. Porque, aunque me destroce, quiero que sea feliz. Se merece todo lo

que la vida pueda darle, incluso si eso significa vivirla sin mí. Por primera vez en mi vida, comprendo que amar a alguien a veces no es suficiente. Porque amar también significa dejar ir.

—Sabes una cosa… —Comienzo a decirle con una voz tan distante que ni siquiera reconozco como mía—. Creo que tienes razón. Queremos cosas diferentes. Tal vez siempre ha sido así y por eso lo nuestro… Nunca ha funcionado, ni va a funcionar. Somos demasiado diferentes. Porque yo no quiero las mismas cosas que tú.

Sus ojos buscan los míos con desesperación, pero desvío la mirada antes de que pueda ver la verdad en ellos.

—Stone, ¿de verdad piensas eso? —Me pregunta con un hilo de voz.

Su tono está cargado de algo que parece esperanza, como si todavía quedara algo por salvar. Quiero decirle que no lo pienso, pero eso sería cruel. Así que doy el golpe final.

—Claro que lo pienso —afirmo cruzándome de brazos para parecer indiferente—. Mira pecas, lo de ayer por la noche fue un error. Después de quitarte al baboso de Jamie de encima, no debería de haberte besado y hace cinco minutos tampoco. Creo que ambos solo estábamos confundidos, pero nada más.

Sus labios se separan ligeramente, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar. Puedo ver cómo su fortaleza empieza a desmoronarse, pero no puedo detenerme ahora. No, si quiero que ella siga adelante.

—Lo siento, Dakota. No sé que ha habido entre nosotros todos estos años, pero es obvio que cada uno tiene planes diferentes y no sé, es lo mejor. ¿No lo ves tú así?

Ella asiente lentamente, con una expresión que me rompe el alma, pero no dice nada. Y eso es lo peor, porque el silencio significa que me cree. Que mis palabras han hecho su trabajo.

Se da la vuelta, alejándose de mí y aunque todo dentro de mí grita por detenerla, por decirle que todo ha sido una mentira, me quedo quieto. Porque sé que lo que acabo de hacer es lo correcto, o al menos eso creo. Mientras la veo desaparecer, siento que con ella se va la última parte de mí que aún tenía algo de vida.

Esa fue la última vez que vi a Dakota.

Al día siguiente, acepté la beca que me ofrecía el entrenador.

No jugué ese último partido, porque me largué del pueblo antes de la fiesta de fin de curso y me fui a la Universidad del Norte de Iowa.

Dejé todo atrás. Mi equipo, mi hermano, mis amigos y a Dakota. Pero ese último beso, esa última mirada, me siguieron a todas partes y aunque intenté olvidarla… Nunca lo conseguí.

En la actualidad.

Capítulo 10
GARRET
El regreso.

El taxi se detiene frente a mi casa y un nudo se forma en mi garganta. No puedo caminar bien, pero aún así me las arreglo para bajar con lentitud, utilizando las muletas que se han convertido en mis compañeras desde la lesión. El dolor en la rodilla es insoportable, como si cada paso me clavara un cuchillo.

¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Ya no soy el mismo de antes. Mi futuro parece tan incierto y lo peor de todo, es que ni siquiera tengo a nadie a quién recurrir. No quiero ver a mi padre. Ni a mis amigos y no me apetece escuchar las reprimendas de Ariel, la prometida de mi padre.

Mi pierna me recuerda que ya no soy el mismo, pero es que mi mente también lo grita. Cada vez que respiro, me siento más perdido.

En el cementerio, al lado de la tumba de mi madre sentí que podía hablarle, pero no sabía qué decirle. Ella siempre supo qué hacer cuando las cosas se ponían feas. ¿Y yo? ¿Qué hago ahora? Tal vez nunca fui tan fuerte como ella pensaba. Ahora, con la rodilla trillada y la vida desmoronándose, no soy el chico que soñaba con llegar lejos. Ojalá estuviera aquí.

Al entrar en casa todo está en silencio, lo cual es un alivio. Me imagino que habrán salido a cenar. Subo las escaleras con dificultad. Cada peldaño es un desafío, cada movimiento es un martillo golpeando mi rodilla lesionada. El ardor en mi pierna me recuerda que mi vida ya no será la misma. El baloncesto, mis sueños, todo lo que había estado construyendo durante años se ha ido al traste en un segundo. Si no logro volver a jugar al baloncesto, ¿quién soy? Solo un tipo con una pierna rota y un futuro incierto. No soy nadie.

Llego al final del pasillo y antes de entrar en mi cuarto, escucho algo. Una risa. Es suave, casi una broma susurrada en el aire. Se

repite, más fuerte esta vez y me detengo. En un primer instante, pienso que es mi cabeza jugando conmigo, pero no. La risa es real y suena como si viniera de la habitación de Josh. La curiosidad me empuja a caminar hacia el otro extremo del pasillo. Abro la puerta de su habitación con cuidado, sin hacer ruido y lo que veo me deja sin aliento.

Una caseta campaña improvisada en el centro de la habitación formada por dos sillas, una escoba y una sábana colgando sobre ellas. Mi hermano está feliz jugando y junto a él, está Dakota. Josh se ríe a carcajadas por una morisqueta que ella le hace. De alguna forma todo esto es tan irreal y tan real al mismo tiempo. No sé si debería irme, o si debería decir algo o solo quedarme en silencio.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunto sorprendido, con una sonrisa involuntaria.

Dakota da un respingo al escucharme y como si lo hubiera planeado, la escoba que estaba sosteniendo el techo de la caseta, se cae y le da un golpe en la cabeza. Josh se ríe a carcajadas, disfrutando de la escena.

—Eres un imbécil. —Se queja Dakota mientras se toca la cabeza donde se ha dado el golpe. Luego le hace señas con las manos a Josh para que también entienda lo que está pasando.

—¿Por qué estás aquí? —Le repito con curiosidad.

—Soy su canguro. —Me responde y le hace una señal a Josh, quien sigue riendo sin parar, como si entendiera bien el lenguaje de signos.

—¿Su canguro? ¿Desde cuándo? —Le pregunto frunciendo el ceño.

—Desde que tú te fuiste a Iowa —Me responde y trago saliva incómodo.

La miro fijamente, no sé qué pensar. Ni siquiera sé qué hacer. Algo dentro de mí se rompe un poco más al verla a ella aquí, en mi casa, jugando con mi hermano y yo, sin embargo, no tengo ni idea de cómo volver a ser parte de esta vida.

—¿Por qué lo haces? —Le pregunto sintiéndome un entrometido.

—Alguien tenía que cuidar a este príncipe. —Comenta dándole un beso en la mejilla a Josh, que sonríe feliz—. He estado todo el curso

sin venir a River Bend, este año no nos hemos visto… Se complicaron las cosas en la universidad. —Me confiesa y frunzo el ceño.

—¿Estás bien? —Le pregunto y veo la sorpresa en sus ojos azules al ver que ha hablado más de la cuenta.

Dakota guarda silencio, le hace algunas señales a Josh, diciéndole que soy idiota, eso le saca una nueva sonrisa a mi hermano y a mí también. Dakota se levanta y se acerca a mí.

—April me dijo que habías vuelto y luego te vi llegar con tu padre... —Me dice, mientras mira mi pierna vendada—. ¿Qué tal la lesión? ¿Es grave?

Tampoco le respondo, porque lo cierto es que no sé si tengo una respuesta. No sé si la gravedad de mi situación me importa tanto como lo que veo frente a mí. Dakota está aquí, en mi vida, en la vida de Josh y no sé cómo encajar todo esto.

Me acerco a Josh, mi hermano se levanta y me abraza con fuerza la cintura haciendo que me tambalee y me recuerda que Dakota lleva razón, soy un imbécil por haberme perdido tan buenos momentos con mi hermano.

—Buenas noches, peque. —Le digo en un susurro. Marchándome sin poder evitar la emoción que se me acumula en la garganta—. Nos vemos pecas.

Ella no dice nada más y mejor así. Hacía más de un año que no nos veíamos y la última vez que nos vimos fue un desastre. Salgo de la habitación y cierro la puerta con cuidado.

Mi corazón late fuerte y cuando finalmente llego a mi cama, me tumbo sobre ella. Las risas de Josh y Dakota vuelven a sonar. No puedo evitar sonreír también, mientras cierro los ojos, pienso en todo lo que ha cambiado. Y sin embargo aquí estoy de vuelta con la pierna destrozada, mi vida en pausa y un montón de sentimientos que nunca supe cómo gestionar. Me quedo pensando en Dakota y en su sonrisa infinita, mientras el cansancio me vence.



A la mañana siguiente me despierta un dolor punzante en la rodilla, que me recuerda de inmediato que todo sigue igual. Con dificultad, me arrastro afuera de la cama y con la ayuda de las dos muletas bajo las escaleras y llego hasta la cocina. Al entrar, me encuentro con Dakota. Está en pijama, con el pelo recogido en un moño, moviéndose descalza con naturalidad, como si todo fuera familiar para ella. Está preparando el desayuno. En la encimera, hay una jarra con café, junto a una pequeña jarra de leche. También hay una bandeja preparada con una taza de café humeante y otra con leche y junto a esta, hay una pila de tortitas recién hechas.

—¿Has dormido aquí? —Le pregunto con voz áspera.

Ella no parece sorprendida por mi pregunta. Se vuelve hacia mí con una expresión tranquila, casi despreocupada. Su mirada se fija en mi pecho desnudo, veo que traga saliva y vuelve a clavar su mirada en mí.

—Tu padre no ha llegado aún. —Me responde, mientras vuelve a centrar su atención en la torre de tortitas.

Mi mandíbula se tensa involuntariamente.

—Pecas… Gracias por quedarte con Josh.

Ella me dedica una sonrisa que me sacude por dentro. Es como si algo en mi pecho se removiera, algo que llevaba años enterrado.

—No es nada —susurra y su sonrisa se suaviza aún más—. Te he dejado tortitas y hay café recién hecho.

—Gracias. —Le respondo, agradecido aunque no sepa cómo expresarlo.

Dakota asiente, como si esto fuera normal, como si no hubiera un pasado lleno de complicaciones entre nosotros. Se da la vuelta con la bandeja en las mano para marcharse, pero antes de salir me lanza una última mirada.

—Adiós, Stone

La escucho alejarse, y me quedo allí, parado, viendo cómo su figura desaparece al otro lado de la puerta. Está más delgada de lo que la recuerdo, pero sigue igual de bonita. Tenerla aquí en mi casa, me golpea con fuerza. Dakota siempre fue la chispa en mi vida y tal vez, nunca supe valorarla lo suficiente.

Capítulo 11
Dakota

Una vez más, mi corazón hace lo que le da la gana solo con verlo. Ahí estaba Garret Stone, había intentado odiarlo durante años y hasta pensé que lo había conseguido. Pero cuando lo he visto, me he tropezado con esa maldita mirada esmeralda que parece ver más allá de lo que yo quería permitirle, he comprendido que he fracasado en el intento.

Me obligo a dejar de pensar en él y me tomo mi segundo café del día junto con mi padre que acaba de regresar de su turno de noche.

—¿Qué tal ha ido la noche? —Le pregunto mientras sirvo un poco más de café en su taza.

—Muy bien. —Me responde—. Esta noche hemos pillado a un par de cazadores furtivos y tranquila, antes de que preguntes no habían cazado nada todavía.

Su explicación me hace sonreír. Sabe que no soporto que cometan injusticias con los animales. Mi padre se mira la mano de forma fugaz y me doy cuenta de que tiene una herida.

—¿Qué te ha pasado? —Le pregunto, acercándome para examinarla.

—No es nada —responde, sacudiendo la mano como si eso lo hiciera desaparecer—. Me enganché en un alambre, un accidente tonto.

—Bueno, la próxima vez, ten más cuidado. —Le digo mientras me dirijo al armario de encima del fregadero.

Con los años he aprendido a preparar remedios naturales y cojo una de mis cremas de miel para las heridas superficiales.

—Hice una crema de miel que repara las heridas. Es un bálsamo natural. —Le explico mientras le doy el tarro.

—Gracias, hija. —Me sonríe.

Me observa pensativo. Su mirada se endurece un poco, como si ya estuviera pensando en lo que va a decir a continuación.

—Está muy bien que cuides al hijo del alcalde y que hagas remedios naturales en tu tiempo libre. Pero sabes que debes volver a la universidad, ¿verdad? Termina esa carrera de enfermería. Tienes un gran futuro por delante hija.

Mi estómago da un vuelco y no es por tomar demasiado café. He pasado tantas veces por esta conversación en los últimos meses que ya debería estar acostumbrada, pero no lo estoy.

—Papá… —Empiezo a decir, pero mi voz se quiebra ligeramente y respiro antes de continuar—. No quiero volver a la Estatal.

Las palabras me salen con dificultad, mi padre sigue observándome en silencio, esperando que le dé más explicaciones, y yo… No estoy lista para eso.

—No ha sido un año fácil —confieso—. Ahora estoy bien papá, ya os lo ha dicho mi psicóloga.

Mi padre asiente y guarda silencio, intentando buscar respuestas que no les he dado todavía. Va a decir algo, pero justo en ese momento la puerta de casa se abre y mi madre entra en la cocina, con una sonrisa en el rostro.

—Ya estoy en casa. Vengo de pilates. —Nos comenta a la vez que se acerca a mí y me da un beso en la frente. Luego mira el reloj y frunce el ceño—. Tesoro, ¿a qué hora tenías que estar en la clínica?

Miro el reloj de mi móvil y me levanto de la silla con prisa.

—¡Llego tarde!

No tengo tiempo para más palabras. Salgo corriendo hacia afuera, cojo mi bici que está apoyada en la verja y pedaleo con fuerza calle abajo. Mi mente sigue pensando en la universidad, en Harry y en todo lo que pasó, mientras llego al centro de salud. Sé que desde que he regresado, mi día a día es agitado, pero es todo lo que puedo manejar por ahora.

River Bend es pequeño, siempre lo ha sido. La gente se conoce y el centro de salud está en el corazón del pueblo. Entro en la sala de curas, donde el médico ya está esperándome y me pongo mi bata.

—¡Hola, doctor! Buenos días. —Lo saludo con una sonrisa.

Anoche no descansé bien, Josh se mueve tanto mientras duerme que casi no pude cerrar los ojos en toda la noche. La mañana transcurre trabajando en la sala de curas. Todo va bien, aunque el

sueño me está empezando a pasar factura. Me tomo un tercer café mientras me siento en la silla y escribo en el ordenador. Mi mente me recuerda la conversación con mi padre. Pienso en el regreso inesperado de Garret, y entonces veo un nuevo aviso de un paciente que requiere una cura y leo su nombre en la pantalla del ordenador.

Garret Stone.

Una sensación extraña me recorre el cuerpo y se agolpa como un pellizco en el estómago. Abro la puerta de la sala de espera y ahí está sentado y me mira tan sorprendido como yo a él. Es como si el destino hubiera decidido que no pudiéramos evitar volver a encontrarnos, otra vez.

—Garret, adelante.

Garret se levanta y mi estómago se tensa al verlo caminando hacia la consulta. Siento un nudo que se forma en mi garganta y me cuesta respirar, porque es como si el aire se volviera denso a nuestro alrededor.

Garret entra en la consulta. Ambos nos miramos por un momento, sin decir nada y por un segundo me parece que el tiempo se detiene. Sus ojos buscan los míos y todo lo que puedo escuchar es el ritmo acelerado de mi propio corazón. Trago saliva cuando él aparta la mirada de mí y mira la consulta con curiosidad. Es una habitación sencilla, pequeña pero con un gran ventanal que le da calidez. Le hago un gesto para que se siente sobre la camilla de exploración que está a un lado, cubierta con las típicas sábanas blancas de papel, que crujen cuando Garret se sienta sobre ella.

—Hola, Dakota. —Me saluda con voz grave rompiendo el silencio incómodo que nos envuelve.

Mi respiración se entrecorta, pero logro sonreír y responder con profesionalidad.

—Hola, Garret. ¿Qué tal va esa pierna? —Le pregunto, intentando mantener la compostura, aunque mi mente está abrumada con su presencia.

—Compruébalo tú misma. —Me responde mirándome con atención.

—Vamos a verlo.

Respiro, trago saliva y me centro en mi trabajo. Mis manos tiemblan ligeramente al acercarme a él, pero trato de disimularlo mientras me acerco a la pierna vendada. Sus ojos siguen fijos en los míos, no se apartan. Me siento frente a él, respirando hondo para calmar mis nervios, aunque no me resulta fácil. Mi mano va a la venda y al retirarla le veo la herida de la operación. Hay una herida de unos diez centímetros, rodeada de grapas que muerden la piel. Toda la zona está tensa, roja e inflamada aún.

—Esto te va a doler. —Le aviso en voz baja.

Con suavidad, cojo el spray desinfectante y lo aplico sobre la herida. El sonido del aerosol llena el silencio de la habitación, pero yo apenas lo noto. Dejo que el líquido corra sobre su piel y con una gasa, empiezo a secarlo cuidadosamente para no lastimarlo. Cada movimiento tiene que ser preciso, rápido, pero sin causar más dolor.

Garret cierra los ojos con fuerza y aunque no lo dice, noto cómo su cuerpo se tensa bajo el roce de la nueva venda. Mi respiración se sincroniza con la suya y por un momento siento que este espacio está cargado de un roce de intimidad no deseado.

—Ya ha pasado, Garret. —Le digo, mientras termino de curar la herida.

Veo que sigue con los ojos cerrados y su rostro está contraído. De forma involuntaria le acaricio su mejilla y ante mi roce, Garret abre los ojos confundido. Cuando me doy cuenta de lo que he hecho, aparto mi mano de inmediato. Siento como la vergüenza y el rubor me sube a las mejillas.

—Lo siento —susurro avergonzada, sin poder mirarlo directamente a los ojos.

Garret se queda en silencio por un segundo y me mira con una ligera sonrisa tan cálida que sería capaz de derretir un iceberg.

—Gracias, pecas. —Me dice con cariño.

—Mañana tienes que volver para curarte. —Le digo mientras me aparto para dejar el spray y la venda en la mesa de metal para así evitar su mirada.

—No sabía que eras enfermera. Siempre pensé que serías profesora como tu madre. —Me confiesa con una mirada cargada de sorpresa y admiración.

—Sí, estoy haciendo mis prácticas y la verdad que cambié de opinión el día antes de matricularme en la Estatal. —Le cuento y no sé porque lo confieso. Me aclaro la garganta y me humedezco los labios antes de hablar—. Tiene que pasar el siguiente paciente, así que nos vemos mañana.

—Claro. Hasta mañana, entonces —responde y con una última mirada, se baja de la camilla, tomando la muleta con una mano.

Pero antes de que salga cojeando de la consulta me acerco a él.

—¿Vienes solo? —Le pregunto y sé que no debería de importarme.

—No. Matt me está esperando en el coche afuera. —Me responde con una sonrisa ladeada.

—Vale —respondo, incapaz de encontrar más palabras—. No te conviene andar mucho y debes de mantener la pierna en alto para evitar sangrados e hinchazón.

Él sonríe con algo de sarcasmo, pero asiente.

—Tomo nota. Gracias pecas.

Lo observo alejarse con la muleta. Al verlo de espaldas, algo en mi pecho se aprieta. Garret ha cambiado y no solo físicamente. Ya no es el chico capullo que conocí cuando éramos niños. Ahora, actúa diferente… Más maduro tal vez. Y su cuerpo es imponente, más grande, con músculos firmes que reflejan las incontables horas de entrenamiento que pasa en el equipo de la universidad. Su espalda ancha, sus hombros tensos, su cuerpo erguido…

Trago saliva.

No quiero admitirlo, pero la verdad es innegable y es que Garret Stone está... más guapo. Está buenísimo. Algo en su mirada parece desafiarme. Cada vez que lo tengo frente a mí veo a un desconocido, pero a la vez a alguien que siempre estuvo presente en mi vida. El chico que me robó el primer beso, del que me enamoré y que luego me rompió el corazón.

Capítulo 12
Garret

El coche de Matt avanza por las calles de River Bend, mientras la radio suena de fondo. Voy sentado en el asiento del copiloto y la pierna me duele más de lo que pensaba. Cierro los ojos, como si así fuera a encontrar alivio y a mi mente viene la imagen de Dakota curándome con calma y precisión. Puedo imaginarme su mirada tensa mientras me curaba con cuidado. Pienso en cuando me acarició la mejilla, como si mi dolor le importara de verdad. Es una sensación extraña, porque Dakota siempre ha sido una parte de mi vida que no he comprendido del todo. Abro los ojos y miro a Matt que me está observando.

—Oye, ¿te has quedado dormido o qué? —Me pregunta rompiendo el silencio.

—No. —Le contesto de forma monótona.

—¿Te ha hecho bien la cura? ¿Te trató con cariño? —Me pregunta con una sonrisa divertida y pícara.

—No seas capullo —murmuro, girando la cabeza hacia la ventana para evitar pagar mi mal humor con él.

Matt suelta una risa y oigo que chasquea la lengua.

—Venga, tío. Admítelo. Ver a Dakota con esa bata blanca… La hace... Digamos que más irresistible y más sexy.

Mi estómago da un pequeño vuelco al oír las palabras de mi amigo y la imagen de ella se filtra en mis pensamientos de nuevo. Sus manos, su delicadeza al curarme... ¿Por qué diablos estoy pensando tanto en ella?

—¿Desde cuándo te gusta Dakota? —Le pregunto volviéndolo a mirar con atención.

—Desde nunca. —Me aclara con el ceño fruncido—. Es el código de hermanos, esa chica es tuya. —Matt me responde, con una sonrisa burlona.

—No es de mi propiedad, ella es una mujer libre. —Le contesto de inmediato.

—Sí, pero su corazón te pertenece desde que te hizo besar a un sapo en el bosque. —Está claro que disfruta de esta conversación y suelta una carcajada.

—Maldita sea la noche que os lo conté.

—¡Maldito alcohol! —Canturrea Matt, claramente satisfecho de haber tocado una fibra sensible.

Guardo silencio, porque sé que es lo mejor. Matt gira hacia mi calle y su coche se detiene enfrente de mi puerta. Matt pone el freno de mano y me lanza una última mirada.

—Esta noche hay fiesta en New Bern, ¿te recojo?

Lo miro y niego en respuesta. Lo único que quiero ahora es acostarme y dejar que el dolor se apague.

—Paso de ir. No puedo hacer otra cosa que estar sentado. —Le respondo mirando mi rodilla vendada.

—¿Y qué importa eso? —Me pregunta burlón.

—Ya hablamos luego. —Le respondo dándole largas, mientras empujo la puerta del coche y me bajo, intentando caminar con la pierna maltrecha.

—Está bien. Adiós capullo.

—Gracias por llevarme y traerme.

Matt se ríe desde el coche, pero no le hago caso. Camino lentamente hacia la puerta de casa y el dolor en mi rodilla es cada vez más punzante. Al entrar en casa escucho el llanto de Josh y todo cambia.

¿Qué demonios está pasando ahora?

Ariel, la novia de mi padre, está en la cocina y cuando me ve entrar me lanza una mirada de que le fastidia lo inoportuno que soy.

—Oh, Garret. ¿Qué tal la primera cura? —Me pregunta con una sonrisa vacía.

—¿Qué le pasa a Josh? —Le pregunto mirando a mi hermano que se toca la oreja.

—Oh, nada, no pasa nada. —Me responde restándole importancia.

—Sí qué pasa. —Me acerco a mi hermano y le pongo una mano en el hombro. —¿Estás bien? —Le pregunto.

Veo como me lee los labios y Josh niega con la cabeza. Mi hermano se seca las lágrimas con la manga de la camiseta y se pone frente a mí.

—*Me ha pegado porque tengo hambre y sin querer he derramado el zumo.* —Me dice moviendo las manos y sus palabras se me clavan en el pecho.

Ariel, suelta una risa tensa.

—¿Con él sí hablas? Sordo y mentiroso —masculla con desdén.

—No lo llames así. —Me acerco a Josh, dejo mi peso caer en el lado de la muleta y con la mano que tengo libre lo abrazo.

—No importa, no puede oírme. —Ella no se inmuta, pero yo estoy harto.

—Pero yo sí y él sabe leer los labios. —Le lanzo una mirada que la hace callar.

—Solo le he dicho que vamos tarde, he quedado y el torpe se ha tirado el zumo encima. Me hace perder tiempo adrede. —Me explica exasperada y siento cómo la ira comienza a arder en mi interior.

—Pues lárgate, es lo mejor que puedes hacer. —Le suelto con un tono que no deja lugar a dudas lo mucho que la detesto.

En ese momento, mi padre entra por la puerta de la cocina y estoy seguro por la mirada que me lanza de que solo ha oído la última frase.

—Garret, no permito que le hables así a mi prometida. —Su advertencia solo me enfada más.

—Siempre tan oportuno, papá. —Le contesto con sarcasmo. —Le ha pegado sin razón a Josh, porque no tiene paciencia con él.

—No es cierto, cariño. Ya sabes que solo doy toques de atención… —Ariel se hace la inocente delante de mi padre y él se lo traga como el buen idiota que es.

—¿Vas a estar siempre así, queriendo poner todo del revés, Garret? —Me pregunta mi padre furioso.

—¿Por qué no le preguntas mejor a Josh que ha ocurrido?

—Tiene siete años. —Me dice mi padre como si eso lo justificase todo.

—¿Y eso qué importa? ¡Joder! Papá, ¿quieres abrir los ojos? —Mi paciencia se está agotando y le termino gritando.

—Los tengo bien abiertos, créeme.

—Pues ve al oculista. —Le contesto irritado.

—No consiento que me hables así. —Mi padre da un paso al frente como si fuera a golpearme, yo lo miro sin miedo para recibir el primer golpe, pero al final se agacha y coge a Josh en brazos. —¿Dónde está tu aparato?

—Aquí lo tengo cariño, es que Josh no se lo quería poner. —Miente Ariel.

—Tienes que ponértelo campeón. —Mi padre le habla con suavidad, pero con una autoridad que no puede evitar.

Josh asiente y mi madrastra mira al niño como si ya le estuviera dando vueltas al siguiente problema.

—Cariño, vamos tarde. ¿Por qué no llamas a esa chica para que se quede con Josh?

—Sí, va a ser lo mejor. —Mi padre solo es una marioneta de la señorita *Transbull*.

—Puedo quedarme yo con él. —Le sugiero mirando a mi hermano que sonríe ante mi idea.

—No sabes cuidarte ni de ti mismo, solo hay que verte. Dudo que lo hagas de tu hermano. —Sentencia mi padre y que me vea como un lisiado me cabrea aún más.

Este siempre había sido el mismo problema que había entre nosotros. Él nunca había creído en mí, ni en mis sueños. Cuando me ofrecieron la beca deportiva para la universidad de Cedar Falls en Iowa, se opuso rotundamente. No quería que me fuera, que persiguiera lo que siempre había soñado. Pero al final, le demostré que se equivocaba. Todo iba bien hasta que me lesioné. Ahora no sé lo que me depara el futuro, pero desde luego no pienso seguir discutiendo con él. Es inútil y frustrante.

Me marcho a mi habitación, subo las escaleras con una punzada de dolor que casi me hace perder la poca paciencia que me queda y cuando finalmente llego a mi cama, me dejo caer sobre ella. Saco mi móvil del bolsillo de mi pantalón y marco el número de Matt.

—Sabía qué cambiarías de opinión. —Es lo primero que dice cuando contesta a la llamada.

—Recógeme para esa fiesta.

—Está bien, a las ocho estoy en tu puerta.

—Vale, gracias Matt.

Me quedo en silencio con la respiración acelerada y un dolor que es como si cada tres segundos me clavaran una aguja en la piel. El dolor es tan agudo, que es como si los latidos de mi corazón estuvieran justo ahí martilleando mi rodilla.

Vaya mierda de verano me espera.

Capítulo 13
Dakota

Salgo de las prácticas de enfermería en el centro de salud y paso la tarde con mi madre. Vamos juntas a hacer la compra y cuando regresamos a casa, mi móvil vibra en mi bolso. Es el alcalde, me pide que pase a recoger a Josh en el ayuntamiento porque van tarde para una reunión en el club de golf y al final han decidido dejar al pequeño conmigo.

Al llegar al ayuntamiento me encuentro a Josh sentado en los escalones de la entrada abrazado a su mochila, junto al conserje del edificio. El pequeño cuando me ve, se lanza sobre mí con una sonrisa que me derrite el corazón.

—*¿Cómo te has manchado?* —Le pregunto señalando su camiseta.

—*Se me derramó el zumo.* —Me dice preocupado y sonrío cogiéndole su mochila.

—No pasa nada campeón, en cuanto lleguemos a casa te cambio. Le cojo de la mano y caminamos calle abajo, iba a preguntarle qué le apetecía hacer cuando mi móvil comienza a sonar.

—¿Dónde estás? —Me pregunta curiosa mi amiga.

—Estoy con Josh. —Le respondo y el pequeño me mira y me sonríe feliz.

—¡Vaya! Es que no te he visto desde que llegaste. —Su tono suena a reproche y sé que tiene razón, soy un desastre de amiga.

—April, ya sabes que necesito el dinero. Este año si vuelvo a la universidad no me darán la beca porque no aprobé todas las asignaturas del último semestre. —Le confieso sintiéndome poco orgullosa de ello.

—Lo sé, pero es verano. ¡Hay que disfrutarlo! ¡Estamos de vacaciones! —Intenta convencerme.

—Lo sé, pero hoy no puedo.

—¡Pues mira qué casualidad! Estoy justo aquí. —Me dice mientras veo que se detiene un coche a nuestro lado.

Sonrío al verla y la abrazo cuando llega a nosotros. Mi amiga me da un beso en la mejilla y acto seguido, se agacha para abrazar a Josh.

—¡Hola, Jhosi! Estás más mayor que desde la última vez que te vi. —Le dice con su contagiosa energía.

Josh asiente feliz e hincha el pecho habiendo comprendido lo que le ha dicho April. Ella se fija en el aparato que tiene en la oreja y me mira. Sé lo que me va a preguntar, así que contesto antes.

—Josh tiene sordera congénita, pero sus cuerdas vocales están perfectamente. Es un campeón que sabe leer los labios, tiene un tres por ciento de audición, pero con el aparato puede captar hasta un veinticinco, dicen que es como un susurro lejano.

—Mi madre me dijo que sigue sin hablar.

Eso es lo que tenían los pueblos pequeños, las noticias siempre corrían como la pólvora. Sonrío y lo miro con cariño. Sé que Josh está pendiente de nosotras y quiero que confíe en sí mismo.

—No, pero estoy segura de que lo hará pronto. —Le comento mirándolo a los ojos, tratando de transmitirle confianza.

—De eso no me cabe la menor duda —afirma con cariño April—. Bueno, ¿y qué plan tenéis?

—¿Te vas a quedar con nosotros? —Le pregunto sorprendida.

—No pienso perder la oportunidad de pasar un rato con mi amiga. —Me responde lanzándome un guiño.

Entonces me giro hacia Josh y le pregunto con cariño.

—¿Qué te apetece hacer?

Él hace algunos gestos con las manos y yo sonrío al reconocerlo.

—Quiere hacer galletas —afirmo en voz alta y él asiente.

—¡Pues galletas entonces! —Exclama April entusiasmada—. Venga subid al coche y os llevo a su casa.

Al llegar a la casa de Josh, escuchamos la sirena del coche patrulla y tras el cristal veo a mi padre sonreírnos y vamos a saludarlo.

—¡Hola, papá!

—Cariño, me dijo tu madre que te has ido antes de merendar y hoy tampoco estabas para la hora de comer. —Me comenta y sé que mi madre lo habrá llamado preocupada.

—Es verdad, pero ya he merendado y comí en el bar de enfrente del centro de salud. —Le miento rápidamente, la verdad es que

había comido en el bar, pero no había merendado todavía.

—Está bien, pero es que no estás descansando desde que has llegado a casa, siempre tienes cosas que hacer. —Se queja.

—Papá, el alcalde paga bien las horas extras —bromeo, mientras él suelta un suspiro y me mira sin querer discutir.

—No es necesario que trabajes. Sabes que tenemos algunos ahorros y que si quieres puedes irte a acabar los estudios donde quieras… —Lo interrumpo y no lo dejo que siga.

—*Josh, ¿quieres subirte en el coche del sheriff?*

Mi padre bufa sabiendo que he desviado la conversación, pero solo le respondo con una sonrisa. Josh niega y me aprieta la mano con fuerza. Le acaricio la mejilla y le digo que no pasa nada.

—Ya lo hablamos en casa. —Le prometo y le doy un beso en la mejilla a mi padre.

Siento una sensación extraña, me giro sobre mis talones y miro hacia la casa. Veo en la ventana de la planta superior a Garret que nos observa serio. Le sonrío y le hago un gesto con la mano para saludarlo, pero rápidamente se gira y desaparece. Mi padre y April me miran.

—¿A quién saludabas? —Me pregunta mi padre mirando hacia la casa.

—A nadie, solo que me pareció ver a Garret —respondo algo confundida.

—Está jodido ese chico —comenta mi padre.

—Así es, mis hermanos dicen lo mismo. —Asegura mi amiga.

—¿Qué dicen? —Le pregunto, sintiendo una incomodidad creciente en mi interior.

—Es obvio, su vida era el baloncesto. Era una gran promesa, pero ahora tal vez no pueda volver a jugar nunca más. Matt dice que va a dejar la universidad. —Me confiesa April.

—Vaya... —respondo incómoda. No quería seguir hablando de Garret y de su futuro incierto, así que vuelvo a cambiar el rumbo de la conversación—. Bueno papá, nos vamos a hacer galletas.

Al entrar en la cocina, saco la harina, la mantequilla y el azúcar. Comenzamos a hacer la masa. En menos de media hora, las galletas están horneándose y la sonrisa de Josh, no tiene precio. Escucho el

sonido inconfundible de las muletas de Garret bajando la escalera y sin pensarlo, me acerco al pasillo.

—April, quédate con Josh —Le pido mientras avanzo hacia el pasillo, aunque no me atrevo a mirarla.

—Vas a ver al cachas de Garret, ¿eh? —Me dice mi amiga en tono burlón.

—Calla —respondo temiendo que la escuche.

Cuando llego, lo encuentro junto a la puerta listo para salir.

—Hola, ¿qué tal está tu pierna? —Le pregunto tratando de sonar casual, pero no puedo evitar preocuparme un poco al verlo y recordar lo que han hablado April y mi padre hace un rato.

—¿Qué haces aquí otra vez? —Me pregunta con hostilidad.

—Tú padre me llamó… Hemos hecho galletas de mantequilla. ¿Quieres quedarte? —Le pregunto con ilusión.

—No, tengo planes. —Me responde con voz áspera, junto a una sonrisa forzada, pero noto en su rostro un leve gesto de dolor que hace inconsciente al intentar apoyarse más sobre su pierna sana.

—No olvides tomarte las pastillas. —Le recuerdo, ignorando su comentario de capullo.

—No eres mi madre. —Me responde como si yo fuese la culpa de todos sus males y por un segundo, me quedo callada sin saber qué decir. Entonces, como si no pudiera evitarlo, siento ese enfado crecer que hacía años que no brotaba en mi interior, solo él me hacía sentir así.

—Joder, ¿hasta qué edad vas a estar creciendo? Porque eres gilipollas. —Mascullo cabreada. Él sonríe divertido, da un paso hacia mí hasta que está cerca, muy cerca. Tanto que podría besarlo.

—No lo olvides, pecas… Cagarla es mi especialidad.

Trago saliva, le sostengo la mirada porque no va a intimidarme si es lo que pretende. Está cabreado con el mundo por su lesión, pero nadie tiene culpa de su desgracia. Me fijo en su mirada furiosa y justo cuando parece que va a decir algo más, suena el claxon de un coche en la calle. Él hace un gesto como si fuera justo lo que estaba esperando y se marcha con una leve cojera sin mirar atrás. Me quedo en el mismo sitio, mirando la puerta cerrada, intentando que

mi respiración se relaje y los latidos de mi corazón vuelvan a la normalidad.

—Vaya idiota —rompe el silencio April, que sé que ha oído todo desde la cocina.

—Pensé que había cambiado, pero sigue siendo el mismo imbécil de hace tres años. —Le digo volviendo con Josh, sin ganas de continuar hablando de Garret.

Al final de la tarde, llega el señor Davis acompañado de Ariel. Cuando ven a April, noto la sorpresa y confusión en la mirada del señor Stone, que parece no entender del todo la situación.

—Solo contraté a una canguro —dice mirando a mi amiga, como si esperara una justificación.

—Tranquilo señor Davis, no tiene que pagarme nada —responde April con una sonrisa antes de que yo pueda explicar nada. Luego se vuelve hacia mí con una expresión traviesa. —Pero tú me debes una pizza.

Su tono bromista me hace sonreír, April siempre encuentra la manera de hacer que las cosas se relajen un poco.

—Te espero afuera, Dakota. —Me dice con un gesto de complicidad antes de girarse hacia Josh. —*Adiós, guapetón.* —Le dice moviendo sus manos con una sonrisa cálida.

El sonido de la puerta de la calle cerrándose me da una pequeña sensación de alivio, aunque la mirada curiosa de Ariel me hace sentir un poco incómoda, pero lo ignoro.

—*Josh ha estado muy contento. Hemos hecho galletas para vosotros. ¿Verdad campeón?* —Les digo mientras muevo las manos para incluir en la conversación a Josh que asiente feliz.

El señor Stone sonríe al ver al pequeño tan receptivo. Se acerca a nosotros, coge una galleta y después de mirarla le da un bocado. Tanto Josh como yo, lo miramos expectantes y finalmente sonríe. Se mete la mano en el bolsillo y saca la cartera.

—Gracias por cuidar tan bien de Josh. —Me dice con una sonrisa llena de alivio.

—Es un niño maravilloso. —Le aseguro y él asiente.

—Toma, te mereces estos cincuenta dólares.

—Es más de lo que... —Comienzo a decir.

—Shh... Lo haces realmente bien, chica. —Me asegura y sonrío orgullosa de oír eso.

—Gracias.

Me despido de Josh, con un suave beso en la frente y le prometo que el próximo día iremos al río. Él asiente con una gran sonrisa y me da un abrazo antes de que me marche. Ariel me observa en silencio, con una mirada seria y me hace un leve gesto de despedida cuando salgo de la casa. Al llegar al porche delantero veo a April apoyada en su coche mirando su móvil mientras me espera.

—Ya estoy. El señor Stone me ha pagado cincuenta dólares. Así que ¿a dónde te apetece ir a cenar? —Le pregunto y veo la sonrisa que ilumina el rostro de mi amiga.

—Me apetece cenar italiano. ¿Qué te parece si vamos a una pizzería y luego a una fiesta en New Bern?

—¿Una fiesta? Nadie nos ha invitado. No podemos ir. —Le aseguro.

—Claro que podemos.

Capítulo 14
Garret

El dolor es constante, como si algo me mordiera la pierna sin descanso y no puedo ignorarlo ni siquiera con el ruido de la fiesta. Música alta, risas exageradas y el olor a hamburguesas quemadas llenando el aire. Estoy sentado en una silla en el patio trasero y ahora mismo estoy deseando no haber venido. Ha sido un error venir, lo supe desde el momento en que me senté y quise cruzar la pierna por encima de la otra.

Intento acomodarme y cambiar de postura, pero cada movimiento hace que los puntos en la rodilla se claven un poco más. Aprieto los dientes para no gemir de dolor y miro a mi alrededor, buscando algo que me distraiga. Un tipo pasa demasiado cerca y casi tropieza con mi pierna. Se detiene de golpe, me mira y levanta las manos como si estuviera enfrentándose a un perro rabioso.

—Lo siento, tío.

Aprieto la mandíbula y respiro hondo, tratando de no perder los estribos y asiento. No es su culpa. No es culpa de nadie, excepto mía.

Saco el móvil y veo que tengo varias notificaciones del grupo de WhatsApp de la universidad. Los chicos están activos, hay *memes*, vídeos, mensajes que no tengo intención de abrir y audios. Cam me ha llamado un par de veces, incluso usó el móvil de su novia Sam como último recurso para contactarme. Pero la verdad es que desde que me marché de Cedar Falls no he sido capaz de hablar con ellos.

¿Qué les voy a decir?

¿Que existe una gran posibilidad de que mi sueño se acabe?

¿Que el gran Garret Stone, ya no es más que un tipo cojo que no puede ni caminar sin parecer un desastre?

Cojo un chupito de la mesa y me lo llevo a la boca. El líquido baja como si fuera lava quemando mi garganta, pero no me importa. Llevo meses ardiendo por dentro. Bebo otro chupito y otro más. El mareo llega rápido, hace tiempo que no bebo y mi cuerpo parece

haberse vuelto débil hasta para eso. Matt que no me quita la mirada de encima se acerca riéndose.

—Como llegues borracho a casa y tu padre te pille, te manda a un internado —bromea.

—Ya lo intentó una vez, ¿recuerdas? —Le respondo esbozando una sonrisa amarga.

—Es cierto. —Interviene su hermano Nick desde el otro lado de la mesa—. Y te largaste a Cedar Falls.

Nick me ofrece una calada de su porro y lo cojo casi por instinto. Voy a darle una calada cuando mi mirada se clava en las dos chicas que están caminando por el jardín. Dejo el porro en el cenicero y me incorporo con interés.

—¿Esa no es vuestra hermana? —Les pregunto señalando a las dos chicas que caminan ajenas a nosotros. Nick ríe y asiente.

—Y la otra es Dakota —afirma Matt.

Tal como mi amigo pronuncia su nombre, ella mira en nuestra dirección como si hubiera oído su nombre, cosa que es imposible. A pesar de la distancia que nos separa, siento la intensidad en sus ojos aguamarina. April tira de ella cuando se queda un poco atrás y ambas entran en la casa. No es hasta que las pierdo de vista que me muevo incómodo en la silla. Me levanto con esfuerzo y durante unos segundos todo se mueve.

—Joder… —Mascullo.

—¿Estás bien colega? —Me pregunta Matt.

—Sí, ahora vuelvo.

—Estupendo, de aquí no nos vamos a mover —añade Nick colocado.

Camino por un pasillo, paso por el salón y no hay rastro de las dos. Sigo caminando por la casa y la gente al verme con las muletas se echan a un lado y me facilitan avanzar. Cuando llego a la cocina, las veo junto a la encimera y sonrío sin saber muy bien por qué lo hago.

—Venga, ¿no te mueres de hambre? —Le pregunta April, ofreciéndole algo de comida.

—No me apetece, ya hemos cenado. —Le responde Dakota.

—Has comido tres trozos de pizza, no sé cómo comes tan poco. —April rueda los ojos y Dakota se encoge de hombros.

—Estoy llena.

—Bueno al menos no has ido al baño a vomitar. Vamos mejorando —comenta.

Ese comentario es como un puñetazo y no puedo evitar fruncir el ceño al oirla. Dakota abre la boca para responder, pero entonces me ve. Se queda en silencio rígida y sabe que lo he oído.

¿Qué diablos acabo de oír? Mi cerebro se llena de preguntas, pero no es el momento ni el lugar para hacerlas.

—Hay hamburguesas gratis —intervengo, apoyándome en la encimera como si no pasara nada.

April suelta una risita nerviosa y agarra una hamburguesa para darle un mordisco.

—La verdad es que hemos cenado mucho, pero yo no me tomé el postre como Dakota. —Me dice con aire casual y sonrío ante lo buena amiga que es. Dakota, sin embargo no dice nada, pero una pequeña sonrisa cruza su rostro.

—Claro, pues es una pena. Porque están deliciosas. —Le digo, mirándola directamente a los ojos.

—Ahora vuelvo. Creo que he visto a un viejo amigo… Garret, ¿te quedas acompañando a Dakota?

—Claro, sin problemas —respondo dando un paso hacia ella.

—¡April! No me dejes sola.

Pero su amiga ya se ha ido, fingiendo no oírla. Dakota me lanza una mirada llena de reproche mientras me apoyo más en la encimera. El dolor en mi pierna es más intenso ahora, pero lo ignoro.

—¿Por qué estás aquí? —Me pregunta, mirándome con ese ceño fruncido que parece tener siempre reservado solo para mí. Vaya chica con más mal genio.

—Es una fiesta —respondo con obviedad y le sonrío.

—¿Ahora me hablas? —Me pregunta molesta—. Pensé que yo no era tu madre.

Repite las palabras que le dije antes de salir de casa, estaba cabreado con mi padre, con mi vida y pagué mi frustración con ella. Suspiro.

—Lo siento, soy un idiota. —Le confieso acercándome a ella.

—¿Has bebido? Hueles a alcohol.

—Puede que un poco.

—¡Stone! —Me riñe, cruzándose de brazos—. No puedes beber con la medicación que estás tomando. Te lo digo como tu enfermera.

—Creo que el alcohol cura más el dolor que esas pastillas que me recetó el médico.

Ella niega exasperada, como si fuera imposible tratar conmigo. Mi móvil vibra en el bolsillo de mi vaquero, lo saco y veo que de nuevo es Cam. Su nombre aparece en la pantalla y Dakota lo lee.

—¿No lo coges?

Niego y me guardo de nuevo el móvil en el bolsillo.

—¿Es de la uni? —Insiste.

—Sí, ya lo llamo luego. —Ella asiente sin decir nada más y aprovecho para llenar este silencio incómodo—. Solo quería disculparme por cómo te hablé antes en mi casa. La verdad es que me gusta que estés cuidando de Josh —confieso.

Dakota parpadea sorprendida por mi disculpa y por un segundo creo que va a decir algo, pero sigue enfadada conmigo. No me contesta.

—Bueno, diviértete y ten cuidado con quién te lías, pecas. Esta vez no estoy al cien por cien para quitarte a ningún baboso de encima si te hace sentir incómoda.

El cambio en su rostro es instantáneo. Su mirada arde con enfado y me doy cuenta de que he tocado una fibra sensible. Sonrío sabiendo que soy un capullo que no se merece su atención, pero no soy capaz de soportar su indiferencia.

—No debería de importarte.

Me quedo quieto, y asiento lentamente, tragándome todo lo que le quiero decir.

—Llevas razón, pecas, sé que sabes cuidarte sola. Así que bueno, nos vemos mañana en la consulta.

Doy media vuelta, cojeando hacia la salida. Cada paso duele más que el anterior, pero no me detengo. Ni siquiera miro atrás. El dolor en mi pierna no es nada, comparado con el que siento en el pecho mientras me alejo de ella.

Capítulo 15
Dakota

Han pasado dos semanas desde que mis vacaciones comenzaron a tomar cierta rutina. Todas las mañanas espero a Garret en la consulta. Él llega puntual, a veces incluso antes de tiempo y se sienta en silencio mientras yo reviso su pierna. Ya le he quitado los puntos y aunque la herida ha sanado bien, todavía necesita muletas para moverse. No hablamos mucho. Él no parece tener ganas de tener una conversación.

Por las tardes, Josh llena mis horas. Nos hemos hecho inseparables, Garret nos observa, pero su malestar y su amargamiento no le permite disfrutar de lo más básico de la vida.

Este fin de semana, incluso me quedé en su casa. Jugué con Josh en el jardín, nos bañamos en la piscina y después vimos la televisión hasta que ambos nos quedamos dormidos en el sofá. Garret, no apareció. No puedo negar que una parte de mí quería volver a verlo, aunque sabía que era imposible porque April me contó que él y sus hermanos se habían ido a pasar el fin de semana a una cabaña en el bosque. Tal vez es mejor así.

Ahora estoy en mi habitación, intentando leer un rato en el *kindle*, pero las letras parecen bailar frente a mis ojos. Estoy a punto de bloquear el libro electrónico y rendirme al sueño cuando escucho un golpe suave en la puerta. Mi madre entra con un plato en la mano, sobre el que hay un sándwich recién hecho.

—Te he traído algo de merendar. —Me dice con una sonrisa llena de amor.

—Gracias, mamá.

Mi madre se sienta en el borde de mi cama y me incorporo para darle un mordisco al sándwich. Ella me observa con atención como si estuviera evaluando cada movimiento que hago.

—Me alegra verte comer. Siempre que no vomites luego, claro. —Me advierte y sé que sigue preocupada, pero de verdad que estoy bien.

—Mamá, te he dicho que ya no lo vomito —respondo, intentando parecer segura. Ella arquea una ceja, sin dejarse convencer del todo.

—Estás divina. —Ruedo los ojos ante su comentario.

—Tengo demasiadas curvas —murmuro casi sin darme cuenta.

—Es tu fisiología. —Me asegura ella, como si no fuera nada importante—. Ese chico solo quería hacerte sentir insegura para tenerte a su antojo.

La mención de Harry hace que todo mi cuerpo se tense.

—Mamá, no quiero hablar de él ahora.

—Está bien, pero debes saber que tu psicóloga me llamó. Me dijo que no habías ido a la última sesión. —Me comenta y sé que eso le preocupa, pero la verdad es que ni me había acordado de la cita.

—Estaba con Josh y se me olvidó —confieso y mi madre suspira.

—Está bien, dice que te volverá a llamar. Estate pendiente a tu móvil y respecto a la universidad, puedes elegir otra.

—No quiero hablar de eso ahora, mamá.

—Lo sé, pero el verano va pasando y tú estás en este pueblo escondida del mundo.

—No me escondo del mundo, tan solo me sano antes de dar el siguiente paso. —Le explico y ella parece comprenderlo. Aunque no es la primera vez que se da esta conversación en los últimos meses.

—Está bien, cariño. Pero sabes que tu padre y yo estamos orgullosos de ti. Eres una chica valiente.

—Gracias, mamá. —Le digo con cariño, cuando siento que un sentimiento cálido se instala en mi pecho ante sus palabras.

Mi madre me da un beso en la sien antes de levantarse.

—Me voy, he quedado a tomar un café con tu tía Caroline.

—¿Viene la tía Caroline? —Le pregunto, sintiendo un pequeño destello de alegría.

—Sí, esta noche cenamos todos juntos. No vengas tarde.

—No lo haré.

Cuando se marcha, dejo el *kindle* en mi mesita de noche y dejo escapar un largo suspiro. Me suelto el pelo y miro la pared pensativa. No tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida cuando acabe el verano, posiblemente me quede en el pueblo.

Capítulo 16
Garret

La herida ha sanado, al menos por fuera. Los puntos ya no están y ahora solo queda una venda limpia alrededor de mi pierna. Sin embargo, el dolor persiste. No tan punzante como antes, pero es constante. Camino con muletas, no porque realmente las necesite tanto, sino porque me hacen sentir seguro. Es como si aferrarme a ellas fuera la única manera de evitar que todo lo demás también se desmorone.

Travis me envió un email esta tarde y no pude negar que sonreí cuando me preguntó si estaba vivo. No pude resistirme a responderle y por primera vez en semanas, escribí algo en el grupo de la universidad. Les conté a los chicos que este verano estaba siendo más complicado de lo que había imaginado y les prometí que los llamaría pronto.

Mentí, por supuesto. Porque siendo sincero, soy un amigo de mierda.

Matt y Nick, volvieron a insistir hoy en que fuera a una fiesta con ellos. Al principio me negué, pero cuando mi padre me dijo que esta noche cenaría en casa, preferí marcharme y aquí estoy otra vez en una fiesta. Porque es más fácil huir de la realidad que enfrentarla.

Matt todavía no ha llegado, porque está en el taller terminando de arreglar un coche. Son las doce de la noche y seguramente ya no aparezca por aquí. Habrá cambiado de opinión cuando ha acabado de reparar el coche. Veo a Nick, hablar con una chica y bailar mientras lo hace pareciendo un pato mareado. Me río, mientras le doy un sorbo a mi vaso. Un chico se acerca a mí, me ofrece un porro y sonríe como si me estuviera haciendo un favor.

—Son cinco pavos. —Me dice.

Él se ríe cuando ve que saco el dinero y me lo da. Me llevo el porro a los labios y él me lo enciende. Le doy una calada y dejo que el humo me queme el pecho. El mareo llega rápido y siento una sensación

extraña, como si mi cuerpo estuviera flotando y hundiéndose al mismo tiempo.

—Joder, qué puta sensación más extraña —murmuro.

Pero mi subidón se corta cuando mis ojos se tropiezan con los de Dakota que está al otro lado de la habitación, con los brazos cruzados, y me lanza una mirada que corta como una cuchilla. Es obvio que me ha estado observando y lo ha visto todo. Me acerco hacia ella, que sigue mirándome seria.

—No vas a volver a la universidad, ¿verdad? —Me pregunta de repente

—¿Cómo lo sabes? —Le pregunto desconcertado.

—Solo vas de fiesta en fiesta, bebes y ahora fumas… Además, April, me lo ha contado.

Asiento y es obvio que los bocazas de mis amigos no saben guardar un secreto, ni aunque sus vidas dependan de ello.

—Tu padre no lo sabe, ¿verdad? —Insiste.

—No lo sabe nadie. Excepto Matt y Nick.

Dakota suelta un suspiro y me mira con una mezcla de frustración y algo que no puedo identificar.

—¿Y qué piensas hacer cuando te cures? Porque no vas a estar así toda la vida. —Me mira con tanta intensidad que termino apartando la mirada por unos segundos.

Como respuesta me encojo de hombros como si no me importara, aunque la verdad es que no quiero admitir la realidad.

—El padre de Nick necesita un mecánico. —Le digo sin pensar.

—¿Y el baloncesto? —Me interroga dándome su pregunta como una flecha directa a mi corazón.

—Se acabó. Los médicos me han dicho que es mejor que me olvide de jugar.

Ella me mira como si hubiera dicho la cosa más estúpida del mundo, alza las cejas como si no diera crédito y suelta una carcajada vacía.

—No te creí tan débil Stone.

La miro con el ceño fruncido, pero antes de que pueda decir algo más doy un paso adelante.

—No lo soy —respondo con dureza—. Solo soy realista.

—Yo creo que eres un idiota por rendirte tan pronto. —Me asegura alzando la barbilla retándome como solo ella sabe hacerlo—. El Garret que yo conozco…

—Ese Garret ya no existe, pecas. —Sentencio con dureza.

Ella no se inmuta. En cambio, da un paso hacia mí y se queda tan cerca que estira su brazo y me toca el pecho. Dejando su mano justo donde mi corazón late con fuerza.

—Sí que existe. Está ahí, pero te niegas a dejarlo salir.

Mi garganta se seca, trago saliva e intento diluir el nudo mudo que me oprime la garganta. Dakota sigue mirándome de una forma tan íntima, que estoy seguro que puede verme el alma. Un alma que está reducida a cenizas.

Sonrío como el villano de la película y juego mi última carta para ganar está batalla.

—La buena de Dakota, siempre preocupándose por el bienestar de todos. —Sonrío con amargura—. Siempre pensé que serías profesora como tu madre. Te gusta mandar y sin embargo eres enfermera.

—No vas a herirme con tus palabras, Garret. No intentes nada.

—¿Y tú qué intentas? —Le pregunto al ver su mirada ardiendo de determinación.

—Salvarte de ti mismo.

Antes de que pueda reaccionar, Dakota elimina la distancia que nos separa y me besa. Es un beso intenso, firme, lleno de algo que no había sentido en mucho tiempo. Justo en ese instante, mi mente colapsa y mi corazón galopa como lo haría un caballo salvaje. Su perfume frutal me envuelve y me reconforta. Sus manos se ciñen a mi camiseta y su lengua acaricia mis labios antes de perderse con la mía y llenarme de sensaciones que me acojonan, pero se sienten realmente bien. Me apoyo en la pared para mantener la estabilidad.

Cuando su lengua acaricia la mía siento que me excito, mi cuerpo se tensa y reclama más de ella. Todo deja de importar en cuanto siento que sonríe en mi boca, un gruñido se escapa desde lo más profundo de mi garganta. Cuando nuestros labios se separan, apoyo mi frente en la suya. Dakota sigue con los ojos cerrados y su respiración es desacompasada. Todavía siento un hormigueo en los

labios y cuando nuestras miradas se entrelazan, Dakota deja su mano sobre mi pecho, donde se siente el martilleo de mi corazón.

—¿Lo sientes? —Me susurra de nuevo contra mis labios.

Trago saliva y asiento, incapaz de hablar.

—Vamos, Stone. Te consideraba más valiente. —Me reta.

Una sonrisa se forma en mis labios y la beso de nuevo, esta vez con más desesperación. Pero entonces ella se aparta y antes de que pueda ser consciente de lo que está haciendo, me quita las muletas de las manos.

—¿Qué haces? —Le pregunto confundido y me tambaleo cuando intento dar un paso al frente sin ayuda.

Ella sonríe traviesa y comprendo que ese beso solo era parte de su plan.

—Necesitaba crearte una distracción para liberarte de ellas. Ya es hora de que comiences a andar poco a poco.

—No puedo, estoy borracho y le he dado una calada a un porro —confieso poco orgulloso de ello. Ella asiente seria y da un paso atrás.

—Lo sé y sé que puedes llegar hasta mí sin ayuda, solo son dos pasos. ¡Vamos Garret!

—Me duele la rodilla al plantar el pie por completo y siento…

—Venga, sé que necesitas recuperar músculo y movilidad en la pierna. —Me dice con confianza —. Pero estás bien para andar dos pasos. Vamos, atrévete.

—¿Y qué gano si lo hago? —Le pregunto divertido al ver la ilusión en su mirada. Ella sonríe aún más.

—Pues vas a comprometerte en no volver a fumar y beber. Además de que vas a empezar a hacer rehabilitación. Mañana te derivaré al rehabilitador. —Me dice como si estuviera haciendo nota mental de ello.

—Eso no me motiva.

—Bueno… Si llegas hasta aquí, te doy un beso. —Me propone. La miro arqueando una ceja dudando de su palabra. Ella asiente como si me leyera el pensamiento y sonrío satisfecho.

—Que sean dos.

—Trato hecho. —Me promete soltando una risa feliz.

Respiro hondo, miro al suelo y me fijo en las deportivas que llevo. « Vamos Garret, da un par de pasos y vuelves a besarla » . Me animo mentalmente. El dolor se clava en mi pierna al dar el primer paso y caer el peso sobre la pierna, pero lo ignoro. Luego, doy el otro paso y llego hasta ella. La sonrisa de Dakota vale más que todo el oro del mundo.

—¿Lo ves? ¡Puedes con todo Garret Stone! —Me dice con confianza. No respondo, porque joder no encuentro palabras para describir lo increíblemente bien que me siento ahora mismo. Así que me inclino hacia ella que sonríe sabiendo mi intención y mis labios se funden con los suyos. La sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí. Esta vez, el beso es diferente, un beso intenso y sensual, noto que poco a poco voy cayendo en una espiral de emociones que no puedo controlar. Dakota sonríe contra mis labios y por primera vez en mucho tiempo, siento que algo dentro de mí empieza a sanar.

Capítulo 17
Dakota

El aire parece detenerse cuando lo veo acercarse lento y con determinación, como lo haría un lobo antes de saltar sobre su presa. Mis ojos no pueden dejar de mirarlo y siento los latidos de mi corazón retumbar en mi interior como si fuera un tambor africano, ese ritmo acelerado que solo él consigue arrancarme sin ni siquiera intentarlo. Garret Stone. Con esos ojos verdes, los mismos con los que he soñado más veces de las que me atrevería a confesar. Esos ojos que siempre me miran de una manera distinta, como si en mí viera algo que nadie más ve.

Garret, tiene dibujado en sus labios esa media sonrisa torcida que siempre ha sido su sello, pero cuando da el primer paso esa sonrisa se desvanece. Su ceño se frunce y sé que le duele. Lo veo en la forma en que no planta del todo el pie y la mayor parte del peso de su cuerpo recae en la otra pierna. Mi pecho se aprieta, porque quiero acercarme, pero me quedo quieta mientras lo observo luchar con cada paso. Sé que todavía hay esperanza para él, solo que le faltaba tener a alguien que se lo recuerde.

Cuando por fin se detiene frente a mí, no sé si estoy respirando o si el mundo entero ha dejado de girar. Su mirada se clava en la mía como si fuese capaz de leer todo lo que intento esconder y entonces lo hace. Con una delicadeza que me desarma, levanta una mano y roza mi mejilla con su pulgar trazando un círculo lento, capaz de derrumbar cualquier muralla que alguna vez intenté construir entre nosotros. Su otra mano se desliza hasta mi barbilla y la alza con suavidad, obligándome a mirarlo directamente.

Mis labios se separan ligeramente y justo cuando creo que no podría estar más perdida en él, se inclina y me besa. No hay titubeos. Es un beso que lo dice todo, que exige y que da al mismo tiempo. Sus labios se mueven con ansia contra los míos, pero también hay algo más… Pasión, deseo y una necesidad de querer más que me consume. Siento que sus ganas se entrelazan con las

mías y un suspiro tembloroso se escapa de mis labios, lleno de todo lo que siento por él, pero que no soy capaz de admitir.

En ese momento, todo a nuestro alrededor desaparece. El ruido, la gente, las dudas y las heridas del pasado. En este instante, solo existimos él y yo. La manera en que su mano me sostiene como si tuviera miedo de que me escapara, me derrite el corazón. Y cuando nos separamos, el mundo vuelve a mí demasiado rápido. Estoy aturdida. Me siento perdida en su mirada, pero entonces me sonríe y siento que una curva idéntica aparece en mi boca.

—No vuelvas a hacer eso. —Me advierte con voz ronca, como si el beso le hubiese dejado sin aliento.

—¿Hacer el qué? —Le pregunto en un susurro, todavía confundida, con el corazón martillando a toda velocidad en mi pecho.

Garret no responde de inmediato. Su mano sigue en mi rostro, su pulgar acariciando mi mejilla en círculos lentos que envían pequeños choques eléctricos por mi piel. Su mirada esmeralda se clava en la mía, intensa, llena de algo que no sé si estoy preparada para descifrar.

—Motivarme con tus besos —dice al fin con voz más suave, pero no menos grave.

Una sonrisa se me escapa antes de poder contenerla y de pronto le sigue una carcajada feliz, como si hubiera estado atrapada en mi garganta durante siglos.

—¿O qué, Stone? —Le desafío, con un atrevimiento que ni siquiera sabía que tenía. Garret se inclina un poco más, se detiene en mi oído y con esa mezcla de seriedad y humor tan suya se detiene en mi oreja.

—O me volveré adicto a ellos, pecas.

Antes de que pueda procesar lo que acaba de decir, sus labios rozan suavemente mi cuello. El contacto es breve, apenas un roce, pero suficiente para que me derrita bajo su voz. Mi respiración se corta y el calor de sus palabras se mezcla con el ardor que ahora siento en mi piel.

Garret se aparta un poco, lo justo para mirarme de nuevo. Su mano aún descansa en mi rostro, y sus ojos... Sus ojos ya no

ocultan nada, puedo ver el deseo ardiendo en ellos y el fuego que amenaza con consumirnos a ambos. Y en ese instante lo sé, ya no hay vuelta atrás. Garret Stone no es solo mi adicción, es también mi perdición.

Capítulo 18
Dakota

Garret no ha venido a consulta hoy. Tampoco ha llamado y no ha enviado ni un mensaje. Me quedo mirando su expediente sobre la mesa, pensando en lo mucho que ha mejorado desde que llegó con la herida abierta y su mirada cargada de dolor. Hoy tenía que derivarlo al rehabilitador. Si sigue el tratamiento al pie de la letra, en un mes podría estar casi recuperado, tal vez no al cien por cien, pero lo suficiente para volver a jugar y recuperar su vida. Solo tiene que poner de su parte. Lo llamo al móvil y no responde. Así que llamo a su casa, pero tampoco hay nadie.

Hoy Ariel me ha enviado un mensaje para avisarme de que se quedaría con Josh. Eso me deja la tarde libre, aunque en lugar de volver a casa, cojo mi bicicleta y pedaleo hasta la casa de los Stone. Tal vez es una pérdida de tiempo, tal vez Garret aparecerá más tarde en la clínica. Pero la inquietud en mi pecho me impulsa a comprobarlo por mí misma.

Dejo la bicicleta en la entrada y llamo al timbre de la casa varias veces. Justo cuando pienso que no hay nadie, escucho el chapoteo de la piscina y camino hacia el jardín trasero. Es entonces cuando veo a Garret deslizándose por el agua. Nada con movimientos seguros, casi como si la herida nunca hubiera existido. No puedo evitar sonreír y observarlo aprovechando que no me ve. Pero cuando se da cuenta de mi presencia, mi corazón comienza a latir con fuerza contra mis costillas. Él sonríe, con esa sonrisa pícara y despreocupada que siempre me ha desarmado y nada hacia el borde de la piscina. Sus manos se aferran al borde y al impulsarse para salir, su gesto se crispa durante un segundo. El dolor, aún está ahí. Su cojera es mínima, pero está. A pesar de todo, se acerca a mí como si nada pasara, con el agua resbalando por su torso desnudo y musculado. Su cabello chorreando sobre su frente y clava su mirada en la mía.

—Hola, pecas. —Me saluda con voz ronca y hace que un escalofrío recorra mi espalda.
Antes de que pueda decir nada, me besa dejándome sin aire. Sus labios húmedos y fríos chocan con los míos, haciéndome reír cuando las gotas de agua de su piel se pegan a mi ropa.

—Garret —protesto, empujándolo suavemente mientras intento contener la sonrisa de idiota que se dibuja en mis labios.

—Mi hermano está con Ariel. —Me dice con naturalidad, pasándose una mano por el cabello para despeinarlo aún más—. Quise quedarme con él, pero ya sabes cómo es mi padre.

—No he venido por Josh —respondo dando un paso atrás para poder pensar con claridad y me cruzo de brazos.
Garret alza una ceja y me mira intrigado, pero guardo silencio. Señalo la toalla sobre la tumbona y él la coge sin apartar sus ojos de mí. Se la pasa lentamente por el pelo y luego la cuelga sobre sus hombros.

—He venido por ti. —Hago una pausa, viendo cómo su sonrisa se ensancha—. No has venido a rehabilitación.

—Vaya —murmura, divertido—. Me arruinas el momento, pecas.

—Me prometiste que irías.
Antes de que pueda replicar, mi móvil suena dentro de mi bolso. Lo saco, miro la pantalla y cancelo la llamada sin dudarlo.

—¿Desde cuándo vas a la psicóloga? —Me pregunta Garret, se ha fijado en la pantalla antes de que guardase el móvil.

—No he venido a hablar de mí.

—Pero yo quiero que me lo cuentes —insiste serio.

—Cuando tú me digas por qué no has venido a rehabilitación. No entiendo por qué te niegas, puedes recuperar tu vida y volver a jugar. —Lo miro fijamente buscando una respuesta a esa negación que tiene.
Garret se tensa, se pasa una mano por la nuca y suspira.

—Las prioridades cambian.

—Mientes. Tú adoras el baloncesto.
Pero antes de que Garret pueda responder, mi móvil vuelve a sonar. Cierro los ojos con frustración y finalmente contesto.

—Hola buenas tardes. Sí, señora… Iré enseguida. —Cuelgo y guardo el móvil con rapidez—. Tengo que irme.

—¿Va todo bien? —Garret me observa con atención, como si intentara leerme la mente.

Asiento. Él levanta una mano y acaricia mi mejilla con el dorso de los dedos. Su roce me quema, me hace cosquillas y me acelera el corazón, pero él no lo sabe.

—Pecas —murmura tras unos segundos de silencio—. Tengo miedo de volver y no estar igual. Dejé el listón alto y no quiero fracasar. Tenía un contrato con los Bulls, pero quedó suspendido por mi lesión.

—Debes confiar en el proceso, Stone. —Le susurro con cariño.

—¿Y disfrutarlo también? —Me pregunta ladeando su cabeza, con una expresión despreocupada que me encanta, suelto una carcajada y asiento.

—Eso sería lo ideal. La actitud es muy importante para la recuperación.

—Siempre tan profesional.

—Lo intento. —Le sonrío con ternura y doy un paso atrás—. Me tengo que ir.

—Te acompaño. —Me propone, pero no me siento preparada para que descubra esa parte de mí. Todavía no.

—No es necesario, prefiero ir sola.

—Está bien. —Garret asiente, pero su expresión me dice que no está del todo convencido—. ¿Te veo luego?

—Bueno, hoy Ariel está con Josh así que no volveré por aquí. —Le informo.

—Lo sé —responde con naturalidad—. Pero te digo de vernos fuera de tu trabajo.

—¿Quieres una cita? —Le pregunto alzando una ceja divertida.

Él suelta una risa baja y asiente feliz.

—Creo que tendría que habértela pedido hace años. He sido un mentiroso toda mi vida, por no aceptar lo mucho que me gustas. Me gustas muchísimo, joder. —Me dice acariciándome el dorso de la mano y dándome un beso fugaz en los labios que me hace cosquillas. Mi pecho se aprieta y sonrío.

—Hablamos luego, ¿vale? Voy a ayudar a mi madre y a mi tía Caroline a preparar el cuarto de invitados. —Susurro.

—Espero tu llamada. —Me dice sonriente.

Me giro para irme, pero antes de que dé un paso, su voz me detiene.

—Dakota.

Me vuelvo hacia él. Su mirada verde es intensa y profunda, cargada de algo que no sé descifrar bien.

—No sé qué te ha llevado a dudar de ti, pero creo que eres maravillosa tal como eres. Siempre lo has sido. Y tu cuerpo… —Su pulgar roza suavemente mi mejilla antes de bajar por mi mandíbula —. Es perfecto, con cada curva.

Contengo el aliento al oír su confesión. Mi garganta se cierra. Algo dentro de mí se enreda y duele. Trago saliva, intentando encontrar una respuesta, pero solo consigo asentir con la cabeza. Garret me mira con expresión seria, pero sus ojos están llenos de algo más. Algo que me asusta y al mismo tiempo me atrae como un imán.

—Si aceptas hacer la rehabilitación, puede que te lo cuente — murmuro.

—Lo haré. —Vuelve a sonreír con una de esas sonrisas genuinas que me hacen olvidar el resto del mundo.

Me lleno de valor y me inclino hacía él para darle un pequeño beso en los labios, un roce corto, pero lleno de algo más grande que yo.

—Hasta luego, Stone.

Me giro antes de que pueda decir algo más, evitando que pueda ver demasiado dentro de mí. Antes de que pueda notar que sus palabras han hecho más ruido dentro de mi cabeza de lo que deberían.

Camino hasta mi bicicleta con el corazón latiéndome desenfrenado. El aire fresco de la tarde me golpea la piel, pero no logra enfriar el torbellino de emociones que me recorre por dentro.

Garret lo sabe. No sé cómo, ni desde cuándo, pero lo sabe. No tiene todos los detalles, pero ha visto algo, ha notado algo que ni siquiera las personas más cercanas a mí vieron en su día.

No sé cómo sentirme con eso.

Siempre pensé que, si alguien lo descubría, me miraría con lástima, con decepción, con esa expresión de "te pasa algo malo",

que tanto odio. Pero Garret no lo ha hecho. Me ha dicho que soy perfecta y me ha mirado como si realmente creyera en sus palabras. Es como si me viera con otros ojos.

Nunca ningún chico me ha dicho algo así. Nunca.

Harry jamás me hizo sentir suficiente. Con él siempre era un "podrías estar mejor", "deberías cuidarte más", "eso no te queda bien" "estás gorda". Siempre había un defecto que corregir, algo que cambiar o algo que no le terminaba de gustar. Hasta que un día dejé de saber qué estaba bien o mal en mí. Dejé de ver mi reflejo real y cuando me miraba en el espejo solo me sacaba faltas. Dejé de quererme y me perdí a mí misma.

Ha pasado casi un año desde que sentí que tocaba fondo y todo se volvía oscuro. He trabajado mucho para estar bien y ahora Garret llega con sus palabras directas y su mirada que no buscan moldearme, sino que están llenas de aceptación y no sé qué hacer con todo ello.

Sigo pedaleando mientras mi mente se llena de pensamientos que intento callar. Hay guerras que nadie ve y batallas que se esconden detrás de una sonrisa bien ensayada. He aprendido a fingir que todo está bien, que tengo el control. Pero en momentos como este, cuando alguien me mira como ha hecho Garret y me dice que soy perfecta a sus ojos. Comprendo que donde no te valoran, nunca serás suficiente por mucho que lo intentes. Y que, en realidad, cada persona es única y es precisamente esa autenticidad, es lo que la hace valiosa.

Capítulo 19
Garret

El gimnasio de rehabilitación huele a esfuerzo y resignación. A músculos tensos y a paciencia forzada. Estoy sentado en la camilla, observando la pierna que se niega a responder como antes. La rodilla sigue demasiado rígida y la cicatriz sobre ella es un recordatorio de lo que pasó.

Dakota está a unos metros, apoyada contra la pared con los brazos cruzados. No dice nada, pero sé que está aquí por mí y aunque detesto sentirme débil frente a ella, hay algo en su presencia que hace que todo esto sea un poco más soportable.

El fisioterapeuta, un hombre robusto de unos cuarenta y tantos años, con la paciencia de un santo y la dureza de un sargento, revisa la movilidad de mi rodilla.

—Bien, Garret. Vamos a empezar con algo básico. —Me dice mientras se coloca frente a mí—. Quiero que intentes estirar la pierna todo lo que puedas.

Fácil o eso creo. Porque cuando intento hacerlo un dolor punzante me recorre desde la rodilla hasta el muslo y contengo una maldición.

—Más lento Stone. —Me corrige—. No estamos corriendo una maratón.

Asiento, mientras aprieto los dientes y vuelvo a intentarlo. Sigo sus instrucciones y la rodilla cede unos centímetros más esta vez, pero sigue sintiéndose como una maldita bisagra oxidada. El dolor está ahí latente, pero me obligo a seguir. Dakota sigue en silencio, observándome con una atención que me pone nervioso. Cuando paso al siguiente ejercicio, me tumbo en la camilla y el fisioterapeuta coloca un balón terapéutico debajo de mi rodilla. Me pide que presione hacia abajo para activar el cuádriceps y en el momento que lo hago la pierna tiembla con el esfuerzo.

—Demonios… —Mascullo cabreado conmigo mismo.

—Es normal que tiemble, es un claro reflejo de que tu músculo ha estado inactivo demasiado tiempo. Pero este es un buen ejercicio para comenzar a recuperar la fuerza.

—Esto es una mierda. —Me quejo soltando una exhalación pesada.

—Esto es rehabilitación. —Me responde el hombre con calma—. Es bueno que hagas estos ejercicios varias veces al día y los repitas en casa, cuanto más trabajes antes te recuperarás.

No respondo, pero me limito a asentir con el ceño fruncido.

—Lo digo en serio, Stone. Si no trabajas la movilidad, la recuperación será más lenta y más dura. —Insiste el fisioterapeuta.

—Lo hará —interviene Dakota antes de que pueda decir nada con un tono inquebrantable.

Levanto una ceja y la miro de reojo, para verla cruzada de brazos mirándome con tanta atención que parece estar memorizando ella misma los ejercicios.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees? —Le pregunto divertido.

—Sí. Porque si no lo haces por ti, lo harás por mí. —Me responde cogiéndome desprevenido sus palabras. Por ella, joder me gusta eso. Me paso la lengua por los dientes, luchando contra una sonrisa que quiere escaparse.

—¿Me vas a atar a la camilla si me niego? —Bromeo haciendo más llevadero el dolor que siento en la rodilla.

—No lo descartes. —Me reta divertida.

Me encanta. Sacudo la cabeza con una media sonrisa al oírla y vuelvo a concentrarme en el ejercicio.

Los minutos avanzan y el fisioterapeuta aumenta la intensidad. Ahora cambiamos de ejercicio. Paso a intentar levantar la pierna estirada, poniéndome él la resistencia. Parece un movimiento insignificante, pero para mí es como tratar de mover una tonelada de hierro. Mi pierna se queja de dolor, el músculo protesta y apenas la levanto unos centímetros.

—Es frustrante —maldigo en voz baja.

—Es normal. Estás reaprendiendo a usar la pierna. No esperes resultados inmediatos. —Me informa el fisioterapeuta con paciencia.

Resoplo, pero cuando miro de nuevo a Dakota, su expresión es diferente. No hay impaciencia. No hay lástima, solo encuentro en ella determinación. Ella me sonríe cuando nuestras miradas se cruzan, pero antes de que pueda decir algo, su nombre suena en la sala.

—Dakota, te necesitan en enfermería.

—Vuelvo en un rato. —Me dice con una ligera mueca de disculpa.

—Estoy bien, ve.

Ella se marcha. Me quedo con una sensación extraña, como si su presencia hiciera que todo doliera menos. En cuanto la puerta se cierra tras Dakota, el fisioterapeuta me hace un gesto con la cabeza.

—Bien Stone. Ahora vamos a probar con un poco más de resistencia —afirma mientras señala una máquina de extensión de piernas.

« Genial. Más tortura » .

Con su ayuda, me acomodo en la máquina y coloco la pierna lesionada bajo la almohadilla acolchada.

—Quiero que levantes el peso lentamente hasta extender la pierna por completo. No te preocupes por la velocidad, concéntrate en la forma.

Asiento y empiezo a levantar la pierna. No es un peso excesivo, pero el músculo me quema y mi rodilla protesta.

—Aguanta ahí un segundo… ahora baja despacio.

Sigo sus instrucciones, controlando la respiración. Hago cinco repeticiones antes de que el dolor sea demasiado agudo y me detenga. El fisioterapeuta me observa con atención y asiente como si se diera por satisfecho con lo que está viendo.

—No está mal, pero hay que seguir trabajando en la estabilidad. La recuperación del tendón rotuliano lleva tiempo, Garret. No te desesperes.

Fácil decirlo cuando no eres el que siente que su carrera deportiva se ha acabado. Me paso una mano por la cara, tratando de disipar el sudor frío que me baña la piel, me siento cansado de sentirme así.

No sé qué voy a hacer con mi vida si no consigo volver a tener una oportunidad con los Bulls, pero sí que tengo claro que quiero ser

algo más que un tipo con una pierna rota y un puñado de sueños. Cierro los ojos por un momento, tratando de ordenar mis pensamientos, pero antes de que pueda encontrar una respuesta a ellos, el fisioterapeuta da por terminada la sesión de hoy. Me informa de que tendré que venir dos veces por semana y el resto de días el trabajo lo tengo que hacer en casa. Asiento seguro de cumplir con mi palabra y salgo de la sala, sintiendo que todo en la vida no se trata de dónde estás ahora mismo, sino a dónde llegarás.

Cuando termino, me quedo sentado en la sala de espera, moviendo distraídamente el pie. No tardo en verla salir de una de las consultas, con su bata blanca y su cabello recogido en un moño desordenado, algo en mi pecho se calienta. Viene hacia mí, me pongo de pie y antes de que pueda reaccionar, me inclino hacia ella y le doy un beso fugaz en los labios. Ella se congela por un segundo al pillarla desprevenida y sus mejillas se tiñen de rosa, está preciosa.

—Garret… —Ella se sonroja y me empuja suavemente.

—Tranquila, nadie nos ha visto. —Le digo y ella mira para todos lados, viendo que digo la verdad. Cuando lo comprueba me mira con tanto cariño, que siento que mi corazón se salta un latido. Me encanta que sea tan profesional.

—No ha ido mal para ser tu primer día. —Me dice con una sonrisa llena de orgullo.

—Sinceramente, lo veo jodido. —Le confieso. Dakota se cruza de brazos al oírme y me mira con fingida seriedad.

—Porque lo es —admite, pero luego inclina la cabeza—. Pero vas a poder y yo te voy a ayudar.

Mi pecho se aprieta un poco con esas palabras. No sé qué hice para merecerla.

—¿Lo prometes, pecas? —Le pregunto mirándola fijamente.

—Lo prometo.

—Sé que hoy tampoco tienes a Josh. Y ya sabes, tenemos una cita pendiente, así que… ¿Te recojo luego a las siete?

—Vale, a esa hora estaré lista.

Capítulo 20
Garret

Más tarde, cuando el sol comienza a esconderse, estoy enfrente de su casa. Hacía meses que no conducía y volver a hacerlo me hace sentir eufórico. Me duele la pierna cada vez que piso el pedal de acelerador, pero no voy a conducir mucho tiempo. Me bajo del coche de mi padre y la espero junto a la puerta del copiloto. Veo al padre de Dakota uniformado y me observa desde el porche, con los brazos cruzados y esa mirada de "cuida bien de mi hija o te haré desaparecer". Nos saludamos con un leve asentimiento de cabeza. No dice nada, pero sé que me está analizando. Menos mal que no puede leerme la mente porque su hija y yo tenemos historia, mucha historia en común.

Dakota sale y me deja sin aliento. Va vestida con un vestido color azul con pequeñas flores blancas que resalta sus pecas, sus ojos azules y su cabello cobrizo. Sonríe con timidez y siento que mi cuerpo reacciona de inmediato al verla acercarse a mí. Desde luego que no es lo más adecuado, sobre todo teniendo a su padre a unos metros de distancia.

—¿Lista? —Le pregunto abriéndole la puerta con una leve reverencia que le roba una carcajada.

—Lista. —Me responde alegre, con una sonrisa tan cálida que podría derretir el Polo Norte.

Cuando pongo el coche en marcha y nos alejamos de su calle, Dakota me mira curiosa y sonríe feliz.

—¿A dónde vamos? —Me pregunta con emoción.

—No recordaba que eras tan impaciente pecas—. Le respondo con una sonrisa vacilante y veo sus ojos azules brillar de emoción.

Dakota sonríe y frunce el ceño confundida y a mí eso me divierte aún más. Nos alejamos del bullicio del pueblo y conduzco hacia las afueras de River Bend. En menos de veinte minutos, llegamos a Shoreline Street y busco el mejor restaurante junto al río Trent. Una

sonrisa se dibuja en mi rostro, venir aquí con ella me reconforta porque, aunque no lo sepa, esta es la primera cita que planeo con una chica en mucho tiempo. Aparco frente al embarcadero del río, donde un edificio de madera color vainilla destaca entre la penumbra del atardecer.

—No recuerdo la última vez que vine a cenar a Saltwater Grill —comenta Dakota con entusiasmo.

—Yo venía mucho cuando mi madre estaba viva, luego dejamos de venir. —Le respondo. Dakota sabe que no es un tabú para mí hablar de ella, aunque no suelo hacerlo.

—Gracias por compartir esto conmigo —susurra a la vez que se quita el cinturón de seguridad y se lanza para abrazarme.

—No podía ser de otra forma —murmuro, envolviéndola con mis brazos y acaricio su espalda.

Cuando entramos al restaurante, nos envuelve un ambiente elegante pero informal. La planta baja es un gran salón rectangular con cristaleras que dan a una terraza pintoresca frente al río. Dakota tira de mi brazo, decidida a cenar en el exterior y aprovechar la noche cálida de verano. Nos sentamos junto a una mesa con vistas al río y respiro dejando que la brisa me devuelva recuerdos lejanos.

—Garret es precioso este lugar… —Susurra maravillada.

—La verdad es que tiene su encanto, aquí parece que se ha congelado el tiempo —digo pensativo. Dakota estira su mano por encima de la mesa para entrelazarla con la mía.

—¿En qué piensas? —Me pregunta con dulzura.

—En que ahora que finalmente estoy contigo veo que he sido un idiota por no haberme dado cuenta antes de lo mucho que me importas. —Le confieso.

—Creo que el pasado forma parte de quienes somos hoy y lo importante son las decisiones que tomamos ahora. —Me comenta con una sonrisa divertida.

Sonrío sintiéndome dichoso al oír sus palabras y le aprieto la mano con ternura. El camarero llega y pedimos la cena. Compartimos unos "*Lobster Spring Rolls*", que son unos rollitos de langosta con ensalada bañada en una salsa dulce de chile. Como plato principal, Dakota elige los tacos de "*Mahi Mahi*" con ensalada de col y crema

de aguacate, mientras que yo opto por la pasta con camarones y cangrejos del río en salsa. La comida es excelente, pero lo que realmente disfruto es estar aquí con ella.

—Este sitio tiene unas vistas increíbles. —Me dice Dakota, mientras que contempla las luces reflejadas en el río.

—Lo que lo hace increíble es la compañía. —Le respondo sin apartar mi mirada de ella.

Al terminar de cenar, decidimos compartir un pastel de lima con crema batida. Dakota prueba la primera cucharada y cierra los ojos, disfrutando el sabor.

—Garret, esto está delicioso. —Dakota suspira, relamiéndose los labios con una sonrisa satisfecha.

—Déjame probar —murmuro, inclinándome hacia ella.

Pero en lugar de tomar una cucharada, deslizo mi pulgar por la comisura de sus labios, limpiándole un poco de crema con un gesto lento y deliberado. Siento cómo su respiración se entrecorta cuando llevo mi dedo a la boca y lo pruebo sin apartar la mirada de la suya. Sus ojos aguamarina se agrandan, llenos de sorpresa y algo más que hace que mi pecho se apriete y me ponga duro. Los latidos de mi corazón retumban contra mis oídos. Lo mismo le pasa a ella, lo sé porque puedo verlo en su expresión, en el temblor casi imperceptible de sus labios. Entonces, me acerco un poco más a ella.

—Eres preciosa, pecas. ¿Te he dicho alguna vez cuánto te quiero? —Le confieso en voz baja.

Ella se muerde el labio inferior, tratando de contener una sonrisa que amenaza con escaparse. No lo pienso dos veces. Llevo de nuevo mi pulgar a su boca y lo libero con suavidad, sin apartar mis ojos de los suyos. Dakota exhala un suspiro tembloroso y yo sé, con cada célula de mi cuerpo, que este momento lo cambia todo entre nosotros para siempre. No puedo vivir sin ella.

—Es la primera vez que me lo dices, pero espero perder la cuenta de las veces que lo repitas Garret Stone, porque yo también te quiero —suspira—. Desde siempre.

Sus mejillas se sonrojan al hacerme esa confesión y en su mirada hay un brillo tan intenso y diferente que me hace perder el control.

Me inclino más hacia ella, tomo con delicadeza su rostro entre mis manos y sin poder aguantar más las ganas, la beso.

La calidez de sus labios me golpea como un incendio que se expande sin remedio. Es un beso dulce, al principio, pero en cuestión de segundos, la intensidad nos consume. Mi lengua se entrelaza con la suya y un suspiro suave se escapa de su boca. La acerco más queriendo sentirla, memorizar su sabor, el roce de sus labios y la forma en que su boca encaja perfectamente contra la mía. Quisiera poder grabar este momento en mi memoria y sellarlo en mi piel, para conservarlo como algo sagrado y eterno.

Cuando nos separamos nuestras respiraciones agitadas nos hacen volver a la realidad de donde estamos.

—Tal vez lo nuestro comenzó desde aquella tarde cuando nos encontramos por primera vez en el parque. —Murmuro, con la voz aún ronca por el beso—. Tú leyendo debajo de un árbol y yo devorando un dulce de la madre de Matt y Nick.

Su risa tan genuina, me desarma por completo. Asiente feliz y sin pensarlo dos veces, se inclina y me regala un último beso lleno de significado. Un beso que es como una promesa muda. Cuando nos separamos, Dakota me mira con esa mezcla de ternura y emoción que me desarma por completo.

—Siempre fuiste un poco idiota —bromea divertida y me sonríe con dulzura—, pero te estoy dando la oportunidad de arreglarlo Stone.

Capítulo 21
Garret

Salimos del restaurante y caminamos con el sonido del río acompañándonos en la distancia. Dakota pasea a mi lado. Llevamos nuestras manos entrelazadas, transmitiéndome sentimientos que nunca antes había sentido al estar con una chica. No sé si es por eso, pero no puedo evitar deslizar la mirada hacia ella cada pocos segundos. Paseamos un rato sin prisas, sin rumbo. No quiero que la noche termine, pero cuando veo la hora en el reloj de mi muñeca, suspiro y me froto la nuca.

—Es tarde —murmuro, echando a andar hacia el coche—. Será mejor que te lleve a casa antes de que el sheriff decida ponerme en busca y captura, por fugarme con su hija. —Bromeo.

Dakota se ríe en voz baja y sube al coche con la misma tranquilidad con la que ha estado toda la noche. Pero yo… Yo no estoy tranquilo. Mi cabeza va a mil por hora y mi corazón se ha pasado de revoluciones de nuevo. Conduzco despacio por la carretera serpenteante cubierta de vegetación. El aire de la noche se cuela por la ventanilla entreabierta como un intruso silencioso, pero no consigue tranquilizarme. Necesito distraerme, así que, sin pensarlo mucho rompo el silencio que nos abraza.

—Dakota, ¿y si hablamos de cosas raras? Empiezo yo... Sabes que Einstein, nunca fue un buen alumno y ni siquiera hablaba bien a los nueve años. Sus padres creían que era retrasado mental.

Ella se gira hacia mí con una ceja arqueada y me mira como si yo fuese un extraterrestre.

—¿Y por qué me cuentas eso ahora? —Me pregunta extrañada. Me paso una mano por el pelo y trago saliva antes de hablar.

—Porque necesito distraerme y llevarte a casa como un buen chico.

Ella se ríe, ese sonido cristalino que siempre me ha gustado más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Y si no te distraes… ¿Qué me vas a proponer? —Me pregunta con una mirada pícara.
Vale, estoy jodido. Aprieto el volante, al sentir un calor abrasador que sube por mi cuello. No voy a mentirle.

—Que vengas conmigo a mi casa. Ya sabes que mi padre, Ariel y Josh están fuera y no hay nadie en casa. —Le confieso incómodo.
La observo para ver su reacción y me digo a mí mismo que debería pedirle que deje de mirarme así porque, me estoy conteniendo de echar el coche a un lado y besarla como si se fuese a acabar el mundo.

Silencio.

Apenas un par de segundos, pero se me hacen eternos.

—Garret quiero que me lleves a tu casa —susurra Dakota con la voz más dulce del mundo.
Joder. La miro de reojo, encontrándome con sus ojos azules brillando en la penumbra del coche llenos de seguridad.

—Pero son las diez y tu padre… —balbuceo.

—Me ha permitido regresar a las doce, como Cenicienta. —Sonríe, traviesa.
Sonrío feliz, sacudo la cabeza y me obligo a concentrarme en la carretera. Pero necesito un momento para recordar el camino de vuelta a casa porque, ahora mismo, mi mente está demasiado ocupada con la idea de tener a Dakota en mi habitación.

Cuando llegamos, el camino hasta mi cuarto es sencillo, pero tardamos más de lo esperado porque no puedo dejar de besarla por cada paso que damos. La atrapo contra la pared antes de subir las escaleras. La beso de nuevo cuando llegamos al pasillo. Y cuando por fin estamos en mi cuarto, noto que algo en ella cambia. Sus besos se vuelven más nerviosos. Como si empezara a dudar.

—Pecas, ¿qué pasa? —Le pregunto extrañado, separándome un poco.
La tengo debajo de mí en la cama, pero aún estamos vestidos. Ni siquiera nos hemos quitado los zapatos. Ella sonríe, niega para sí y coloca sus manos en mi nuca para atraerme de nuevo hacia ella y me besa como si quisiera callarme. Y tengo que reconocer que le

funciona ese beso de distracción… hasta que una alarma suena en mi mente y reacciono separándome de ella.

—Cariño te aseguro que me muero de ganas de seguir besándote. —Le dejo claro—, pero tengo la sensación de que te ocurre algo.

—No me pasa nada —responde de inmediato.

Frunzo el ceño. No me lo creo.

—Dakota… Puedes contarme lo qué pasa y te prometo que seguiremos por donde íbamos. —Insisto.

Ella guarda silencio, me mira y veo la duda en sus ojos. Ella parpadea y sé que hay algo. Me cuesta demasiado parar y no comérmela a besos, pero no puedo ser egoísta e ignorar lo que veo en su mirada.

—Si has cambiado de opinión, podemos ver una película o puedo llevarte a casa ahora.

¿Quiero seguir besándola? ¿Acariciándola? Por *supuestísimo* que sí. Pero no importa lo que yo quiera, sino lo que ella necesita. Dakota baja la mirada unos segundos, se muerde el labio nerviosa y exhala un suspiro.

—Es una larga historia Garret. —Rompe el silencio y siento que mi pecho se aprieta al oír sus palabras.

Por su expresión deduzco que está incómoda, pero no quiero precipitarme ni sacar conclusiones apresuradas. Sé que este tema puede resultarle incómodo, pero también es algo importante, algo que debemos aclarar si decidimos llegar hasta el final.

—Pecas… tú… ¿Eres virgen? —Le pregunto con cariño y veo cómo ella abre los ojos al oír mi pregunta e intento no incomodarla —. Que si lo eres, no pasa nada. Cada persona decide dar ese paso cuando se siente preparada.

Dakota no responde, pero se mueve rápida y se escabulle de debajo de mí para levantarse de la cama y mirarme realmente abochornada.

Mierda.

Algo en mi pecho se retuerce al verla nerviosa. Me levanto hasta estar frente a ella y no se aleja. No me muevo, guardo silencio y espero, porque sé que hay algo más.

Capítulo 22
Dakota

Miro a Garret y su expresión es una mezcla de preocupación e inquietud. No debería de estar nerviosa, pero lo estoy. Respiro hondo y me obligo a sostener su mirada. Sé que no me está juzgando, pero no es fácil confesarle lo que estoy a punto de decirle.

—No soy virgen, Garret —Le aseguro de pie frente a él.

Garret parpadea, pero no dice nada de inmediato. Deja el silencio flotar en el aire, como si estuviera dándome espacio para seguir. Me aprieto las manos en el regazo y fijo la vista en un lunar de su hombro.

—No me importa si lo fueras —responde al fin, con una tranquilidad que me obliga a mirarlo de nuevo.

Su mirada es sincera. Me muerdo el labio nerviosa, mi pecho se siente a punto de estallar porque que no sea virgen, no facilita nada.

—Has tenido una mala experiencia, ¿es eso? —Me pregunta con cariño.

Presiono los labios y asiento. Me ruborizo al reconocerlo, siento calor y puede que en cualquier instante me convierta en una antorcha humana. Nunca he sido la chica popular, ni he tenido a los chicos haciendo cola para pedirme una cita. ¿Cómo he llegado a esta bochornosa conversación? Se suponía que nos estábamos besando y que todo iba bien. ¿Cómo diablos ha descubierto que algo en mí no está bien? Quizás no soy una experta en sexo ni en relaciones, pero siempre me ha ayudado refugiarme en los libros y con los años mis gustos por la lectura han cambiado. He leído libros eróticos, con esas escenas tan calientes que te suben la temperatura y mi amiga April me ha contado sus experiencias con los chicos que ha estado… y nada se parece a lo que yo viví con Harry…

—Hace dos años empecé a salir con un chico de la universidad —confieso, mi voz es más baja ahora—. Se llamaba Harry.

Garret no dice nada, pero noto que se tensa ligeramente. Su mandíbula se marca un poco, pero sigue mirándome con paciencia. Sabe que lo que le voy a contar no es una historia feliz.

—Al principio, todo era… normal. Era simpático y atento. Me decía cosas lindas y bueno, me hacía sentir especial. Pero al poco tiempo empezó a cambiar. —Respiro hondo, mis manos ahora están frías.

Garret sigue observándome en silencio, pero sus ojos están llenos de algo que no sé identificar.

—Siempre encontraba algo que criticar. Si íbamos a comer, me hacía comentarios sobre lo que pedía. Si me veía comer demasiado, me miraba con desaprobación y siempre tenía un comentario, un reproche para cada cosa. Me fui sintiendo cada vez más insegura, más pequeña. Hasta que un día, sin darme cuenta, comía lo menos posible y luego… Vomitaba.

Cierro los ojos un momento, tratando de ahogar la presión en mi pecho y el dolor que siento en el corazón al recordar todo. No quiero romperme delante de él, pero Garret sigue callado, dejándome que hable a mi propio ritmo.

—Yo… Me volví bulímica —susurro tan bajo, que pienso que no me ha oído y siento un escalofrío al decirlo en voz alta.

Garret se mueve. No sé en qué momento se ha acercado más, pero su mano cubre la mía con una calidez que me reconforta. No habla, solo está ahí, presente y por alguna razón, eso hace que sea más fácil seguir.

—Y el sexo… —Una risa amarga se me escapa—. Nunca fue lo que esperaba. Nunca me sentí deseada, nunca fue bonito, ni divertido, ni placentero. Siempre fue incómodo.

Mis mejillas arden de vergüenza, pero Garret no parece sorprendido. En su rostro hay algo diferente, es una mezcla de indignación, enojo y compasión. Genial, ¡acabo de soltarle todo! Le he confesado que soy un desastre en la cama, me doy una colleja mental. Abro los ojos con cuidado, como si estuviera delante de una bomba de relojería y me tropiezo con esos ojos verdes llenos de comprensión, que me miran como si no le hubiese afectado nada de lo que acaba de oír. ¡Tierra trágame, qué bochorno!

—Así que has estado con un capullo que solo se preocupaba por él, ¿no? —Me pregunta serio y eso me pone más nerviosa.

—Bueno, he estado con un par de capullos y digamos que tal vez el problema soy yo, que no se me da bien el sexo.
Garret sonríe y chasquea la lengua.
—Nah —contesta—. ¿Por qué dices eso?
—Bueno… Yo nunca he… tenido un orgasmo con un chico. —Noto como sigo ruborizándome—. Pero si puedo tenerlos, sola. Entonces… creo que el sexo en pareja no es lo mío.
—Lo dudo mucho cariño.
Garret me mira con tanto deseo que siento un escalofrío recorrerme la espalda. Trago saliva al ver que su sonrisa de chico malo hace que mi corazón se acelere.
—Dakota… —Su voz es apenas un susurro cargado de sentimiento. Aprieta mi mano, como si intentara transmitirme su apoyo a través del contacto—. No puedo creer que alguien te hiciera sentir así.
Bajo la mirada.
—Supongo que fue mi culpa por permitirlo tanto tiempo. Por creerle cuando decía que me quería.
Garret niega con la cabeza de inmediato.
—No pecas. No es tu culpa. Nunca lo fue, ese tío es un imbécil. Y tú eres… —se queda callado un segundo, pero luego suelta un resoplido, como si estuviera frustrado—. Eres preciosa, Dakota y estás buenísima. No sé qué demonios tenía ese capullo en la cabeza para hacerte sentir lo contrario. —Me responde dándome un beso fugaz—. Eres perfecta Dakota, eso es lo que siempre he pensado de ti.
Cierro los ojos e intento recordar cómo se respira. El deseo crece en mí y solo sé que lo necesito más cerca y que quiero todo de él. Me río nerviosa y vuelvo a mirarlo con deseo.
—Gracias, supongo —respondo sonrojada.
Garret sigue sosteniendo mi mano y su pulgar roza suavemente mi piel en un gesto tranquilizador.
—No tienes que agradecerme nada —dice con una pequeña sonrisa—. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti.
Al oír sus palabras siento que algo cálido se instala en mi pecho y por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien realmente me

ve. Y que, quizás, no estoy tan rota como creía.

—Sé que me he cargado nuestro momento de acostarnos. —Le comento avergonzada—. Pero podemos seguir por donde íbamos después de esta confesión.

Garret sonríe, veo que su nuez sube y baja cuando traga saliva y su mirada sigue clavada en mí.

—Solo si tú quieres.

—Me encantaría.

No hace falta hablar más. Garret me besa con hambre, sus labios reclaman los míos con urgencia y su lengua busca la mía en un baile de pasión. Cuando nos tumbamos sobre la cama, veo su cuerpo sosteniéndose sobre sus brazos, dándome espacio, respetando mis tiempos. Pero yo no quiero espacio, quiero sentirlo y perderme en él. Sus manos recorren mis costados, se detienen en mi cintura y se aferran a mis caderas. Me arqueo instintivamente cuando sus dedos se cuelan bajo la tela de mi ropa trazando círculos en mi piel, despertando sensaciones nuevas y encendiendo la lujuria en mí. Lo acerco más con mis manos en su espalda y él responde pegando su frente con la mía. Respira hondo, como si se estuviera conteniendo.

—Eres preciosa, Dakota —murmura contra mi piel y sus palabras me atraviesan en un latigazo lleno de deseo.

Garret me mira como si fuera algo lo más hermoso que ha visto en su vida. Su mirada brilla con una intensidad que me roba el aire.

—Y quiero demostrarte que el problema nunca fuiste tú.

Sus palabras me están derritiendo y, por primera vez, siento que alguien me desea de verdad, sin exigencias ni expectativas, solo por el placer de estar conmigo. Me vuelve a besar despacio, mordiéndome en el cuello hasta hacerme gemir y después chupando la zona que él mismo ha sonrojado. Cierro los ojos y me dejo llevar por sus caricias. Está muy duro. Lo sé porque lo siento contra mí. Garret me desea tanto como yo a él. Sus manos trazan caminos sobre mi piel. No hay prisa en sus movimientos, no hay urgencia descontrolada. Solo hay deseo, el tipo de deseo que me consume con cada caricia. Cuando mi mano se desliza debajo de sus bóxers y lo toco, se me escapa un gemido casi silencioso. ¡Dios! Es grande, dura y gruesa, su punta está palpitante bajo mis dedos.

Mis dedos lo rodean primero con timidez y con más firmeza después, explorándolo con una mezcla de asombro y hambre que él despierta en mí. Garret deja escapar un gruñido entrecortado, entre placer y tortura y me hace sentir poderosa. Pero cuando intento deslizar mi mano por toda su longitud, me la atrapa con firmeza por la muñeca y me detiene.

—Pecas… —Su voz es ronca porque parece que está teniendo una lucha interna que lo hace aún más irresistible. Sus ojos esmeralda me miran como si estuviera a punto de perder la razón—. Hoy la prioridad eres tú.

Sonríe contra mis labios con su aliento mentolado y cálido que acaricia mi boca mientras me roba un beso lento y devastador.

—Quiero que disfrutes y que lo sientas todo —murmura con un tono tan oscuro y seductor que me produce un escalofrío.

Me besa con tanto deseo y pasión que me consume y entonces, lentamente, guía mi mano hacia su destino. Hacia mí misma.

—Dices que sola sí puedes… —murmura contra mis labios, con una sonrisa perversa—. Demuéstramelo.

Al oír sus palabras doy una bocanada de aire sin poder apartar mis ojos de él. Siento que el corazón me late demasiado rápido. Garret sujeta mi mano y la desliza por mi vientre, baja mis bragas hasta mis muslos y deja mi mano sobre mi delicada piel. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando siento sus dedos calientes sobre los míos acariciando mis pliegues húmedos, marcando un ritmo lento, profundo, adictivo.

Al principio me siento vulnerable, pero su mirada de devoción lo cambia todo. Y con cada caricia se prende fuego en mi interior, Garret hunde dos dedos dentro de mí y mi espalda se arquea. Sus dedos entran y salen de mí, haciendo que mi mente colapse. El placer me recorre en oleadas y cada músculo de mi cuerpo se tensa como un arco a punto de disparar una flecha. Tengo calor, mucha calor. Sus labios besan mi cuello, su aliento se mezcla con mis jadeos entrecortados y su voz oscura y grave, es el empujón final que me lanza al abismo.

—Déjate llevar cariño.

Y entonces me pierdo… Todo estalla dentro de mí en una explosión de calor y de placer que me estremece. Un gemido descontrolado se ahoga contra su boca y siento que ha sido el orgasmo más increíble de mi vida. Tardo unos segundos en recuperar el aliento, abro los ojos y me encuentro que hay algo salvaje en sus ojos.

—Ha sido alucinante. —Confieso y su sonrisa se hace aún más grande—. Pero esto también va de ti.

—Créeme pecas, he disfrutado como nunca antes y estoy seguro de que voy a estar soñando con esto el resto de mi vida, pero todavía no hemos terminado. —Me asegura, y su boca vuelve a encontrar la mía justo antes de que el mundo vuelva a incendiarse.

Cuando la última prenda cae, Garret me mira con tal admiración que toda inseguridad que comenzaba a brotar en mi mente se desvanece. Sus dedos dibujan círculos sobre mi vientre hasta bajar de nuevo a mi pubis, se deslizan sintiendo lo húmeda que estoy y la calidez de sus dedos se funden con la mía. Su boca sigue besando un camino descendente, dejando un rastro de calor que se extiende hasta mi bajo vientre. Mi piel se eriza con cada roce de su lengua y mi respiración se vuelve errática cuando sus manos exploran cada curva con una paciencia que me desarma.

Pero entonces, se detiene.

Se incorpora y se apoya sobre sus codos, para observarme divertido.

—Dakota quiero que te pongas encima de mí —susurra, con la voz ronca por el deseo—. Quiero que me sientas y que te olvides de todo lo que creías saber.

Lo miro con los labios entreabiertos y con el corazón latiéndome con tanta fuerza que temo que lo escuche. Nunca he tomado el control en el sexo, pero en los ojos de Garret no hay presión. Solo hay devoción. Me muerdo el labio, insegura, pero él me toma de la mano y me ayuda a colocarme sobre él. Me da un preservativo, rasgo el envoltorio y se lo coloco por lo largo de su miembro. Siento cómo Garret se tensa y cierra los ojos durante un instante. Sus manos ascienden lentamente por mis muslos hasta sujetar mi cintura y cuando sus dedos se aferran a mi piel. Me subo sobre él y siento como se desliza dentro de mí, no puedo evitar gemir al sentirme

llena. Garret me sostiene con firmeza y cuando nuestras miradas se tropiezan, encuentro la confianza que necesito.

Me muevo despacio sobre él tanteando y explorando esta nueva sensación. Pero cuando su respiración se vuelve más pesada y sus manos aprietan con más fuerza mis caderas, un calor sofocante prende mi cuerpo.

—Así, Dakota… —gime. Sus ojos verdes me miran como si estuviera a punto de perder la razón—. Si sigues así, no voy a durar mucho.

El placer se acumula en mi vientre con cada vaivén, con cada fricción deliciosa entre nuestros cuerpos. Me aferro a sus hombros para no perder el equilibrio y clavo mis uñas en su piel cuando una nueva oleada de placer me sacude.

Garret maldice entre dientes y en un movimiento rápido, me toma por la nuca, me atrae hacia él y atrapa mi boca en un beso hambriento y primitivo. Su lengua devora la mía con una desesperación que me enciende aún más, mientras que su cadera se alza para encontrarse con la mía. Un gemido se escapa de mis labios cuando su embestida es más profunda, más fuerte...

—Garret… —Jadeo contra su boca, sintiendo cómo mi cuerpo se tensa con cada nuevo movimiento.

Él gruñe al oír su nombre en mis labios. Con sus manos sujetas a mis caderas, me ayuda a seguir marcando el ritmo que nos arrastra hasta la locura y finalmente el placer me golpea con una fuerza incontenible. Me arqueo sobre él y mi cuerpo se rinde por completo.

Garret me sigue y siento que su cuerpo se agita debajo de mí. Su gemido se ahoga contra mis labios y su agarre se vuelve aún más firme antes de relajarse por completo.

Me dejo caer sobre su pecho todavía con el corazón desbocado, la piel ardiendo y la respiración entrecortada. Sus brazos me envuelven con cariño, y su mano acaricia mi espalda en círculos lentos, mientras que nuestros cuerpos todavía tiemblan con las últimas olas de placer. Cierro los ojos feliz y me dejo llevar por la sensación de sentirme segura en sus brazos. Garret besa mi frente y sonríe contra mi pelo.

—Te lo dije, pecas… El problema nunca fuiste tú.

Capítulo 23
Garret

Han pasado algo más de dos semanas desde que empecé la rehabilitación, pero tengo que ser honesto conmigo mismo, cada día se me hace más pesado. Es como si una parte de mí estuviera desgastándose lentamente, aunque, en realidad, la mayor parte de esa carga se la lleva el cansancio mental. Algunos días me levanto sintiéndome optimista y otros en cambio, la desesperación me golpea como una ola gigante, dejándome con la sensación de que nunca volveré a ser el mismo.

Sin embargo, cada vez que estoy con Dakota y la veo sonreír, algo dentro de mí empieza a sanar. Esa es la única forma de describirlo: sanar. Es como si ella tuviera ese poder sobre mí, esa capacidad de devolverme una paz que ni yo sabía que había perdido.

La mayoría de las noches que mi padre y Ariel están fuera, nos quedamos los dos con Josh hasta que se queda dormido y ella se queda un rato más. No me canso de mirarla y de decirle lo valiosa que es, aunque ella parece no creerlo. Y cada vez que le recuerdo lo increíble que es, baja la mirada incómoda y siento que me hierve la sangre. Porque no puedo evitar recordar lo que me contó sobre ese cretino que no supo quererla. Ese capullo la hirió de maneras que no logro entender. ¿Cómo pudo hacerle eso a alguien tan jodidamente especial como ella?

Dakota es fuerte, más de lo que yo pude haber imaginado. Al principio del verano, no entendía por qué parecía tan cerrada en sí misma. Ahora entiendo que era cómo una fortaleza con sus muros altos y grietas invisibles. Entiendo esa llamada de la psicóloga, esos años que pasó luchando en silencio, escondiendo su dolor detrás de una sonrisa rota.

Bulimia.

¿Quién lo hubiera dicho?

Ahora encajan todas esas piezas sueltas que antes no supe ver. Ahora comprendo por qué nunca la había visto comer mientras le preparaba la merienda a Josh. Los detalles estaban ahí, pero yo nunca los miré lo suficiente.

Estoy en casa, intentando hacer los ejercicios que el fisioterapeuta me recomendó, pero mi cuerpo parece estar en huelga. Tal vez sea la rodilla, o tal vez sea porque no puedo dejar de mirar por la ventana para ver a Dakota junto a Josh en el jardín. La manera en la que ella le habla, cómo mueve las manos con entusiasmo, la paciencia que tiene con él… Es increíble. Josh, que mostraba hermetismo total con la gente, ahora tiene toda la confianza con ella. Mientras tanto yo sigo luchando contra mi propio cuerpo, tratando de encontrar alguna manera de volver a ser quien era. Mi teléfono vibra en la mesa, veo que es mi padre y contesto rápidamente.

—Garret, ¿ocurre algo? Veo que me has llamado cuatro veces hace un rato. Estaba reunido y no pude responder.

—Papá, te llamaba porque creo que Dakota está haciendo un gran trabajo con Josh. Tal vez deberías pagarle más, porque… honestamente, creo que está logrando más avances con él que la propia logopeda.

Hay un silencio al otro lado de la línea antes de que mi padre responda, como si estuviera procesando lo que acabo de decirle.

—Estoy a punto de entrar en una reunión, luego hablamos en casa y me explicas ese interés en la hija del sheriff.

No me da tiempo a decir nada más, porque cuelga. Mi padre sabe que llevo razón, Josh es otro desde que Dakota pasa tiempo con él. Ella no solo es su niñera, es su amiga. Su refugio. Mi refugio.

El timbre de la casa suena y la puerta se abre sin que nadie vaya a abrirla. No necesito mirar para saber quién es.

—¿Por qué entras por tu cuenta April? —Le pregunto, con una sonrisa apenas contenida.

—Ahórrate ser gruñón conmigo, Stone. —Me dice cruzando los brazos—. La puerta estaba abierta y nadie en su sano juicio va a robar en la casa del alcalde. Además, vengo a ver a mi amiga y a darme un baño en tu piscina.

La miro y no puedo evitar sonreír. No hay manera de ser serio con ella.

—Mira, quería hablar contigo y creo que no tendré otro momento. —Me dice, acercándose a mí con una sonrisa amenazante —. Sé que estás pillado por mi amiga, pero como le rompas el corazón, te arranco las pelotas.

—Tranquila que no tengo interés en perder mis pelotas —bromeo, con una sonrisa que no puedo ocultar.

—¿Por qué tienes esa sonrisa de idiota? —Me pregunta, frunciendo el ceño.

—Porque estoy enamorado. —Le respondo sin pensar.

April me mira durante un momento como si fuese un extraterrestre, chasquea la lengua y por un segundo, parece dudar si decirme algo más y lo hace.

—Stone, sé que sabes por lo que ha pasado Dakota, pero no te haces una idea de lo que ha sufrido. Tú no estuviste aquí para ver cómo su luz se apagaba. Pero desde que has vuelto a cruzarte en su vida, parece que vuelve a brillar y reír.

Su voz se suaviza, pero su mirada es firme. April hace una pausa, da un paso más hacia mí y sé que lo que va a decirme es importante.

—Si se entera de lo que te voy a contar me mata, pero creo que debes saberlo. Su psicóloga le ha recomendado que siga con su vida normal, pero ella ha decidido no renovar la matrícula este nuevo curso. ¡No piensa volver a la universidad! Sus padres y yo hemos hablado con ella, pero tiene las ideas fijas y quiere quedarse aquí.

Mis músculos se tensan y mi estómago da un vuelco al oírla.

—Dakota no volverá a la universidad —repito intentando digerir la noticia.

—No, y es una mierda, porque ella tiene talento como enfermera.

Asiento sin ser capaz de decir nada y siento como la noticia me pega una patada en el estómago.

—Bueno Stone, esta conversación nunca ha ocurrido entre nosotros. —Me advierte sonriendo con esa picardía que solo ella tiene—. Ahora me voy a dar un baño en tu piscina.

Me río, negando con la cabeza. April siempre sabe cómo aligerar el ambiente.

—Adelante, toda tuya —Le digo, haciendo una leve reverencia.
Vuelvo a mirar mi teléfono, y veo un mensaje en el grupo de WhatsApp de la universidad. Cam pregunta cómo estoy y si voy a ir a la quedada antes de que empiece el curso. Les mando al grupo una foto de mi rodilla, junto a un par de palabras. "Estoy mejor". Es la verdad, aunque no importa toda la rehabilitación que haga, porque no puedo evitar sentir que nada volverá a ser igual.

Al levantar la mirada de nuevo hacia el jardín, veo a April cogiendo en brazos a Josh, para saltar con él a la piscina. Dakota está entrando por la puerta en ese preciso momento y nuestras miradas se encuentran. Me sonríe, con esa sonrisa que siempre me hace sentir que todo es posible, y que todo está bien.

—Garret, acabo de recibir un mensaje de tu padre. —Me dice mientras me acerca su teléfono y me muestra la pantalla—. Me va a pagar veinte dólares la hora y me ha dicho que Ariel estará fuera todo el día, que me quede con Josh hasta la noche porque él estará también fuera.
Me quedo en silencio, observando sus ojos brillar con entusiasmo.

—Creo que mi padre y Ariel discutieron esta mañana. —Le respondo, intentando disimular que no me pilla por sorpresa su noticia—. Y me alegro de que te pague más.

—¿Tuviste algo que ver en esto? —Me pregunta entrecerrando los ojos, con esa mezcla de incredulidad y diversión que la hace ser aún más irresistible.

—¿Yo? Para nada. —Levanto las manos en un gesto de inocencia, pero la carcajada que se me escapa me delata.
Dakota suspira y niega para sí, pero antes de que pueda replicar, la atraigo hacia mí con suavidad. La rodeo con mis brazos por la cintura y la acerco hasta que nuestros cuerpos se encuentran.

Sus labios se separan ligeramente y la beso, entonces todo lo demás desaparece. Mi corazón retumba en mi pecho cuando su boca se funde con la mía y su lengua me acaricia con esa mezcla de dulzura y necesidad que me vuelve loco. Mis manos recorren su espalda con calma, ella suspira contra mis labios y siento cómo sus dedos se aferran a mi camiseta, como si se anclara a mí.

Cuando finalmente nos separamos, sus ojos brillan con una felicidad que me deja sin aliento y su respiración entrecortada roza mi piel como un susurro. Trago saliva en un vago intento de calmar el torbellino de emociones que se agolpan en mi pecho y sonrío al darme cuenta de que es irrefutable… Jamás me cansaría de ella, ni de su mirada. Me tiene hechizado.

—¿Cómo estás? —Me pregunta, deslizando sus dedos por mi mejilla con una ternura que me desarma.

—Mejor —miento sin mucho esfuerzo—. Aunque sé que mi rodilla no volverá a ser la misma.

Suspiro y ella coge mi mano para entrelazar sus dedos con los míos, mirándome con esa determinación feroz, que la hace ser mi faro de esperanza.

—Todavía tienes tiempo de recuperarte.

Asiento sin poder discutirlo, aunque la verdad pese.

—Lo sé, pero hay que ser realista. —Sonrío con tristeza porque, por primera vez, estoy aceptando lo que siempre temí admitir. No volveré a ser el mismo y no pasa nada si es así.

—Pero no puedes renunciar a lo que te hace feliz. —Me replica llena de convicción.

—Tú me haces feliz y por eso no quiero renunciar a ti cuando termine el verano. —Le confieso y veo cómo se sonroja. Está preciosa y esa sonrisa, es la más bonita que he visto jamás. Decido cambiar la conversación—. No hemos vuelto a hablar sobre lo que pasó… sobre tu trastorno alimenticio. Me contaste que vas a terapia y que estás mejor. —Dakota asiente y yo trago saliva antes de seguir —. He pensado que este verano ha sido una mierda para los dos y tú me has ayudado a no hundirme en mi miseria. Ahora me toca a mí ayudarte, ¿no crees, pecas?

Ella me mira y guarda silencio como si estuviera procesando mis palabras. Estoy nervioso, jodidamente nervioso, pero sé que estoy listo para esto, para ella, para nosotros. Tomo aire y lo digo en voz alta.

—Sé que no vas a volver a la universidad Estatal. Y bueno… Yo he cumplido mi parte, me he esforzado en la rehabilitación y sigo peleando por volver a tener la posibilidad de jugar con los Bulls. —

Hago una pausa, asegurándome de que me está escuchando—. Así que, ¿qué tal si hacemos un trato? Yo sigo luchando por mi futuro en el baloncesto volviendo a jugar en la universidad de Cedar Falls… pero solo si tú vienes conmigo.

Sus ojos se agrandan y me mira claramente sorprendida. Al principio, parece perdida en sus propios pensamientos, pero entonces, una sonrisa se dibuja en su rostro. Y joder, eso me tranquiliza más de lo que imaginaba.

—Estás loco, Garret. —Su risa es divertida y sus ojos brillan de emoción.

—Sí, pecas —confieso con una sonrisa aún más grande—. Estoy loco por ti.

La beso de nuevo, más lento esta vez para saborear cada segundo, cada latido que nos envuelve y cada parte de ella, empiezo a sentirla como mi hogar. Cuando nuestras frentes se apoyan la una en la otra, mi mundo entero se reduce a este momento. Aquí y ahora.

—No es tan fácil —susurra.

—Nadie dijo que lo fuera.

Capítulo 24
Dakota

Llevo dos días con la propuesta de Garret dando vueltas en mi cabeza, pero aún no he hablado con nadie al respecto. La idea de irme a la Universidad del Norte de Iowa, en Cedar Falls con él, es tentadora. Lejos de la Estatal, lejos de Harry… Lejos de todo lo que alguna vez me hizo sentir la mujer más insegura del mundo. Pero tomar esa decisión no es tan fácil.

Esta tarde Garret ha quedado con Matt y Nick y yo he venido a una cafetería del centro comercial de River Bend, para merendar con mi madre, mi tía Carol y April. Mi tía se está quedando en casa unos días después de haberse divorciado. Veo como mi tía regresa de la barra con dos copas de helados en cada mano y con una sonrisa traviesa en sus labios, se nota que antes era camarera.

—¿A que no sabéis a quién me he encontrado? —Nos pregunta, dejando los helados sobre la mesa.

Las tres la miramos con curiosidad mientras ella alza una ceja, disfrutando del suspense.

—A Davis Stone —continúa con una risita nerviosa—. Hacía veinte años que no lo veía y, Dios… Sigue estando tan bueno ¡Sigue guapísimo! Ese hombre es como el buen vino, mejora con los años.

—Y también es el alcalde —añade mi madre.

—¿En serio? —pregunta sorprendida y mi madre asiente sonriente—. Jolín, no solo sigue guapo sino que ahora también tiene poder. ¿Por qué los ex siempre triunfan cuando ya no estás con ellos?

—Fue un antiguo novio de tu tía en la universidad. —Nos explica divertida mi madre.

—¿En serio? ¿Y qué pasó? —Le pregunto con curiosidad.

Mi tía sonríe como si recordara cada detalle con nitidez.

—Bueno… —murmura, revolviendo su helado con la cuchara—. Davis y yo queríamos cosas diferentes. Él amaba este pueblo y yo quería conocer el mundo.

—¡Uuuuh! Donde hubo fuego, cenizas quedan. —Canturrea April, moviendo las cejas de manera sugerente.
Carol suelta una carcajada y niega para sí.

—Cariño, después de veinte años, esas cenizas ya son fósiles. Además, los gustos cambian. Solo había que mirar a la chica que iba con él, no tiene nada que ver conmigo.

—Es Ariel. —Le aclaro, saboreando una cucharada de mi helado —. Es un poco… Fría, pero conmigo es amable.

—Dakota, tu madre me ha comentado que llevas todo el verano trabajando en casa de los Stone. ¿Qué me cuentas de su hijo mayor?
Me aclaro la garganta, sintiéndome acorralada.

—¿Garret? —Le pregunto, como si no supiera perfectamente de quién está hablando.

—Ajá —dice ella con una mirada pícara—. Cuéntame, ¿es verdad que se parece a su padre?

—Bueno yo le veo cierto parecido y es… es mono —respondo rápidamente, encogiéndome de hombros.
April suelta una carcajada que me delata y la fulmino con la mirada, pero a ella le importa un bledo mi advertencia.

—¿Mono? No sabía que lo veías como un chimpancé —añade divertida mi amiga.
Pongo los ojos en blanco mientras mi madre interviene.

—Dakota cuida de Josh, el hijo menor de Davis. Es su niñera. —Le informa mi madre para salvarme y sonrío al pensar en el pequeño Josh, es un encanto.

—Sí, y también ha estado "cuidando" del mayor. —Les dice mi amiga, moviendo sus dedos para hacer las comillas—. Se han visto todo el verano, en la consulta de enfermería.
La capulla de mi amiga me delata y se queda tan tranquila cuando la mirada de mi madre y de mi tía se clavan en mí.

—Sí, ha sido un reto ayudarle con su recuperación. Garret es cabezota… —empiezo a decirles—. Bueno, hacía años que no nos veíamos y ahora somos…

—No digas amigos. —Me interrumpe mi tía con una sonrisa astuta.

—¡Carol! —Le riñe mi madre entre risas.

—Créeme, son más que eso —afirma April con seguridad.

—Ya decía yo que pasabas muchas horas en casa de los Stone… —murmura mi madre con diversión.

Me remuevo incómoda en mi asiento y siento mis mejillas teñirse de rojo. Debo de estar como un tomate. Clavo mi mirada en la copa de helado, la hago girar entre mis manos, cojo una cucharada de la bola de chocolate y finalmente levanto la vista.

—Garret me ha propuesto irme a estudiar a la Universidad del Norte de Iowa con él —suelto de golpe.

El silencio cae sobre la mesa como una ola que lo cubre todo. Mi corazón late con fuerza mientras observo sus reacciones. April sonríe, ilusionada. Mi tía Carol me mira con algo que reconozco al instante, orgullo. Pero es mi madre quien más me impacta. Ella parpadea varias veces, como si intentara contener las lágrimas.

—¿Y qué le has respondido, cariño? —Me pregunta mi madre con voz suave.

—Todavía nada —admito.

Mi madre toma mi mano con ternura, es un gesto simple, pero está cargado de significado. Sé que este último año tampoco ha sido fácil para ellos. Me han visto hundirme y convertirme en una sombra de quien era. Muchas noches me pilló vomitando la cena y ella guardaba silencio mientras me observaba con los ojos llenos de preocupación. Cuántas veces mi padre intentó hacerme reír, aunque la tristeza me pesara demasiado. Nunca dejaron de luchar por mí, incluso cuando yo misma lo hice. Por eso fui a la psicóloga. Porque no podía seguir así, porque se lo debía a ellos… y porque me lo debía a mí misma. Quería volver a ser la Dakota de antes. No… Quería ser mejor aún. Quería ser alguien más fuerte, alguien que se mirara al espejo sin avergonzarse y siento que poco a poco, lo estoy logrando.

—Haz lo que te haga feliz, Dakota —susurra mi madre, con los ojos brillantes—. Tu padre y yo siempre vamos a apoyarte.

Un nudo se forma en mi garganta, pero asiento y sonrío.

—Y yo también voy a estar ahí —añade April con una gran sonrisa.

—Y yo, cariño. —Me dice mi tía Carol.

Me siento afortunada por tenerlas. Es la primera vez en mucho tiempo que miro mi merienda y sonrío. Cojo otra cucharada y la dejo derretirse en mi boca, saboreando no solo el dulce, sino la vida misma. Una vida que, por fin, siento que me pertenece. Entonces, mi tía Carol rompe el silencio con su inconfundible tono de fingida inocencia.

—Davis es viudo, pero… ¿está casado? —se lleva un dedo a la barbilla, como si reflexionara—. Lo pregunto solo porque quizás pueda invitarlo a un café. Ya saben, para sugerirle que en el instituto del pueblo se imparta una asignatura de inclusión sobre el lenguaje de signos… Soy profesora y bueno solo es por pura labor social.

April suelta una carcajada sonora. Mi madre suspira y niega con la cabeza, dándola por imposible y yo… Yo me río con ellas, sintiendo en el pecho algo ligero y cálido. Algo que juraría que debe de ser la felicidad.

Capítulo 25
Garret

El sonido de unos gritos me despierta, parpadeo varias veces aturdido y frunzo el ceño mientras mis oídos se ajustan al alboroto que resuena en la casa. Es Ariel gritando. Su voz aguda atraviesa las paredes de la casa con la fuerza de una tormenta. No hace falta escuchar con atención para saber con quién está discutiendo. Mi padre. Me giro sobre la cama con un gruñido y entreabro los ojos para mirar el reloj en la mesita de noche. Son las ocho de la mañana. ¿En serio? No han esperado ni a que el sol termine de salir para empezar su guerra matutina.

Me paso una mano por la cara tratando de despejarme y finalmente me levanto cansado. Camino descalzo por el pasillo, sintiendo el suelo frío contra mis pies y cuando llego a la escalera, me asomo para verlos discutiendo en el salón.

—No puedes seguir controlando mi vida, Ariel —escupe mi padre, cruzándose de brazos.

—¿Controlando tu vida? No me hagas reír. Lo único que quiero es que cumplas tu palabra y nos casemos cuanto antes. —Le responde Ariel con una calma fingida que no engaña a nadie.

Me froto la nuca, harto de su relación. Mi padre se acomodó con Ariel por guardar las apariencias y ella se acostumbró a tener estatus. Suelto un bufido y bostezo. No tengo energía para lidiar con sus dramas esta mañana, solo quiero largarme de aquí, pero no lo voy a hacer solo. Abro la puerta de la habitación de Josh y lo encuentro dormido tranquilo. Sonrío, agradecido de que él no puede oír el infierno que hay en el salón. Me acerco despacio a mi hermano, me siento en el borde de su cama y le doy un par de toquecitos en el brazo.

—Vamos, peque despierta —susurro.

Josh frunce el ceño con sueño y se gira hacia el otro lado para seguir durmiendo. Vuelvo a acariciarle el brazo y se gira un poco

para abrir los ojos mirándome con curiosidad. Tarda unos segundos en reaccionar y después me dedica una sonrisa.

—*Josh, nos vamos.* —Le digo a la vez que muevo mis manos para que me entienda mejor

—*¿A dónde? ¿Qué hora es Garret?* —Me pregunta en lenguaje de signos, todavía medio dormido.

—*Es temprano y tengo una sorpresa para ti.* —Le aseguro con una sonrisa.

En cuanto se lo digo, se levanta como un rayo y se viste con rapidez. Su entusiasmo me contagia y sonrío, pensando en que no recuerdo la última vez que planeé hacer algo solo con él. Salimos de casa por la puerta trasera de la cocina para evitar la escena del salón. Pero antes de salir, cojo las llaves del coche de mi padre. Josh se sube al asiento del copiloto y me mira con expectación. Cuando giro la llave en el contacto y el motor ruge bajo mis manos, una sensación de libertad me inunda. Sonrío para mis adentros. Joder, me encanta esta independencia.

—*¿A dónde vamos?* —Me pregunta con una mirada cargada de curiosidad, cuando salimos calle abajo.

—*A disfrutar del día como es debido.* —Le digo moviendo mis manos, el asiente. Agarro el volante y piso el acelerador.

Una mañana solo de hermanos… No está nada mal. Sonrío mientras conduzco hacia la cafetería del centro del pueblo. Pedimos dos batidos y una generosa ración de tortitas. Josh come con entusiasmo, sus ojos brillan de felicidad. Lo observo en silencio, sorprendiéndome de lo mucho que ha crecido. Es increíble lo seguro que se ha vuelto de sí mismo… y sé es gracias a Dakota.

—*Están deliciosas* —afirma feliz con las manos manchadas, mientras se lleva otro trozo a la boca.

—*Sabía que te gustaría* —respondo, disfrutando al verlo tan contento.

Es increíble cómo algo tan simple como desayunar juntos puede iluminar su rostro de esa manera y me duele admitir, que no recuerdo la última vez que planeé un día solo para él.

Después del desayuno, lo llevo al parque. El sol comienza a calentar el ambiente, filtrándose entre las ramas de los árboles. El

aire fresco de la mañana nos envuelve con una brisa agradable. Caminamos por un sendero de tierra mientras Josh da pequeños saltos de alegría. Yo, en cambio, no puedo evitar una mueca cuando mi pierna se queja. He sido un idiota por no tomar mis analgésicos antes de salir, pero no pienso quejarme. Nos detenemos en el lago y comenzamos a lanzar piedras, compitiendo para ver quién las hace rebotar más veces sobre el agua. Josh gana casi todas las rondas y lo celebro con mucho dramatismo. Después, compro una rosquilla salada en un puesto cercano y él la desmenuza con cuidado, ofreciendo pequeños trozos a los patos que se acercan a nosotros.

—*Mira Garret, ese es el jefe del grupo.* —Me dice señalando a un pato más grande y robusto que los demás.

—*¿Cómo lo sabes?* —Le pregunto divertido.

—*Porque se lleva más trozos que el resto.* —Me informa moviendo sus manos, orgulloso de su teoría.

Asiento y él sigue alimentando a los patos, completamente absorto en la tarea y entonces me golpea un pensamiento incómodo. « He sido un egoísta » . Todo este tiempo he estado tan metido en mi propia miseria, tan centrado en mi dolor por perder a mamá, que no vi lo que tenía justo frente a mí. Mientras yo me revolcaba en mi autocompasión, Josh seguía aquí… Creciendo sin su hermano mayor, enfrentando la misma pérdida, pero sin nadie que lo ayudase a sobrellevarla. Nos tumbamos en el césped y observamos el cielo azul. Una nube con forma de pato flota sobre nosotros y la señalo animado.

—*Mira, un pato gigante*. —Señalo al cielo, Josh frunce el ceño y niega con la cabeza.

—*No, parece más un dragón*.

—*Definitivamente es un pato* —insisto.

—*Garret, necesitas gafas*.

Su risa cantarina me saca de mis pensamientos y entonces hago lo que debí hacer hace mucho tiempo. Me giro hacia él y le revuelvo el pelo con ternura.

—Lo siento, peque —digo en voz baja y sé que me ha leído los labios.

—¿Por qué? Hoy está siendo un gran día, Garret. —Josh frunce el ceño, confundido.

Trago saliva y su inocencia hace que la culpa pese aún más.

—Porque he sido un mal hermano —confieso en voz alta—. *Me olvidé de ti mientras me quejaba de mi vida, sin darme cuenta de que tú también lo estabas pasando mal.*

Me siento para que pueda leer mejor mis labios y asegurarme de que comprenda que se lo digo en serio. Josh me mira unos segundos y luego sacude la cabeza con una sonrisa tranquila.

—No pasa nada. Si papá no hubiera pensado que eras un irresponsable y un egoísta, Dakota no hubiera sido ahora mi niñera.

—¿Te gusta Dakota? —pregunto con una media sonrisa.

Josh pone los ojos en blanco y se sienta con las piernas cruzadas justo a mi lado.

—Es tu novia, no me gusta de esa forma. —Me río divertido al ver lo listo que es.

—Pero es guapa, ¿no? —Insisto y Josh asiente con una sonrisa cómplice.

—Mucho y además, es muy divertida.

No puedo evitar sonreír, al pensar en ella. Dakota tiene ese efecto en todos. Me tumbo de nuevo y apoyo los brazos detrás de la cabeza, disfrutando de la brisa. Entonces, Josh me toca el brazo y me saca de mis pensamientos.

—¿Se va a casar contigo?

La pregunta me pilla por sorpresa. Me giro para mirarlo y me encuentro con sus ojos inocentes y curiosos. Me encojo de hombros fingiendo despreocupación, pero la verdad es que la idea no me desagrada en absoluto.

—Ojalá… Algún día.

Josh sonríe, satisfecho con mi respuesta, y se tumba a mi lado. El sol nos calienta la piel, el viento mueve las hojas de los árboles con

suavidad y, por primera vez en mucho tiempo, siento que todo está en su lugar. No puedo cambiar el pasado, pero puedo prometerme a mí mismo que de ahora en adelante estaré presente para Josh, y voy a cumplirlo.

Capítulo 26
Garret

Desde hace varios días, las cosas en casa están tensas. Ariel evita cualquier espacio que comparta con Josh y conmigo, tal como entramos en una habitación ella se marcha. La verdad que no me molesta, para mi es mejor, pero debo de reconocer que hay cierta tensión entre ella y mi padre. No los he vuelto a oír discutir, pero hay silencios incómodos entre ellos. Así que he optado porque Josh pase todo el tiempo posible conmigo y con Dakota, cuando ella sale de sus prácticas.

Hoy es uno de esos días calurosos de final de verano y estoy en la piscina de casa con Josh. Acabo de salir con los dedos de los pies arrugados y Josh se niega a salir. Así que me río al verlo chapotear feliz, pero los gritos de Ariel me llegan desde el interior de casa y me ponen en alerta. Me giro para mirar hacia el interior y no veo nada, pero vuelve a gritar y su voz suena desesperada. Lo extraño es que esta vez no oigo a mi padre. Sigo atento y de repente escucho un portazo, seguido del rugido de un motor de un coche que acelera ferozmente calle abajo. Me giro hacia la puerta trasera de casa al ver a mi padre que nos mira muy serio.

—Garret, ¿puedes decirle a Dakota que se quede con Josh un rato? Tenemos que hablar.

—Dakota estará a punto de salir de trabajar, voy a llevarlo con ella y volveré enseguida. —Le digo y mi padre asiente, no dice nada más y regresa dentro de casa.

Me acerco a la piscina y me inclino hacia mi hermano.

—Josh vamos a ver a Dakota, que seguro que te echa de menos.

Mi hermano sale del agua al instante, con una sonrisa de oreja a oreja. Se seca a toda prisa y en menos de diez minutos vamos de camino al centro de salud donde hace sus prácticas. Mientras la esperamos en el aparcamiento, Josh, no deja de hacerme preguntas sobre qué vamos a hacer después y le digo la verdad, que tengo que regresar a casa para hablar con nuestro padre. Aun así, asiente con la madurez que a veces me asombra en él y se entretiene mirando a

los pacientes que entran y salen. Cuando Dakota sale de la clínica, nos encuentra esperándola junto al coche y su sonrisa aparece al vernos.

—¡Qué sorpresa! Mis dos chicos Stone —dice, con esa dulzura que siempre logra calmarme.

Le devuelvo la sonrisa y me acerco para darle un beso fugaz. En cuanto nos separamos, su expresión cambia y frunce el ceño. Me conoce demasiado bien.

—¿Va todo bien? —Me pregunta con preocupación como si pudiera leerme la mente.

—Tengo que irme. Luego os veo, ¿vale?

Ella no parece del todo convencida, pero asiente. Le doy un beso fugaz y con una palmada choco la mano con la de mi hermano. Subo de nuevo al coche. Mientras conduzco de regreso a casa, la incertidumbre se asienta en mi estómago como una piedra pesada. Respiro hondo antes de entrar. Estoy nervioso. Cuando entro en el salón, mi padre está sentado en el sofá, con la mirada perdida en algún punto de la pared. Levanta la vista al verme y suelta un suspiro pesado.

—Ariel se ha ido de nuestras vidas para siempre. —Me dice sin rodeos.

Me quedo en silencio, digiriendo sus palabras. Parte de mí siente alivio y me alegro de que sea así, pero la otra parte sabe que esto no es fácil para mi padre. Cruzo los brazos sobre el pecho y digo lo único que me parece apropiado.

—Lo siento por ti.

—Ha sido decisión mía —confiesa y sus palabras me sorprenden. Mi padre se pasa una mano por el rostro, como si de repente sintiera el peso de los últimos años.

Nunca pensé que él daría el paso. Siempre creí que, por mucho mal que Ariel hiciera, él seguiría justificándola. Mi padre se inclina hacia adelante, apoya los codos en las rodillas y tras unos segundos de silencio, me vuelve a mirar.

—Te debo una disculpa, Garret. No te creí cuando me decías que Ariel no trataba bien a Josh. Pero la última vez que tú y yo discutimos, mencionaste que no le ponía el aparato auditivo como

castigo… Eso me hizo pensar… —Hace una pausa y se pasa la mano por la nuca—. Así que puse una cámara en casa para ver cómo lo trataba cuando estaba sola con él… y bueno…
No termina la frase, pero no hace falta. Lo entiendo y asiento.

—Josh es feliz, y lo será todavía más cuando se entere de que Ariel se ha ido de nuestras vidas. Eso es lo que importa, papá.
Mi padre parpadea, como si mis palabras lo golpearan de forma inesperada. Se aclara la garganta y asiente con los ojos brillantes.

—He sido un egoísta —murmura casi para sí mismo.
Lo miro con atención y por primera vez en mucho tiempo, no veo solo al hombre estricto e inflexible. Veo a alguien que está intentando cambiar.

—Yo también —admito.
Y entonces, algo que nunca creí posible ocurre, nos abrazamos. Es un abrazo torpe cargado de años de resentimiento y orgullo, pero es un abrazo a fin de cuentas. Cuando nos separamos, mi padre me mira con un atisbo de esperanza.

—¿Te gustaría comer hoy conmigo? —Me pregunta y sonrío con sinceridad.

—Me encantaría.
El almuerzo es más agradable de lo que esperaba. No hay reproches ni silencios incómodos entre ambos. Tan solo somos un padre y un hijo tratando de construir un nuevo comienzo. Me siento bien, es raro, pero me siento en paz. Hoy es un día de reconciliación.

Más tarde, le escribo a Dakota para saber dónde están y me dice que están en casa de April. Voy a su encuentro y veo la puerta del garaje levantada y a mis dos amigos, junto con Josh tratando de arreglar el coche de Matt. Sonrío al ver a Josh cubierto de grasa hasta los codos, ayudando a mis amigos a traerles las herramientas que estos le piden y él lo hace con una sonrisa de absoluta felicidad. Dakota y April, están sentadas de espalda a mí en un par de sillas plegables tomando el sol mientras comen palomitas. Me apoyo en el marco de la puerta del garaje aprovechando que todos están ajenos a mi presencia y los observo.

Por primera vez en mucho tiempo, mi vida está bien. Josh está bien. Ariel se ha marchado de nuestras vidas. Mi padre está

intentando mejorar como padre. Dakota está en mi vida y yo… yo me siento feliz.

Pero esa sensación se esfuma cuando pienso en el día que es hoy. Las clases han comenzado esta semana, los chicos me han escrito al grupo de whatsapp.

Cam se ofreció a venir a recogerme si era necesario, pero le he dicho que necesito unos días más antes de volver. Mi padre me ha preguntado en el almuerzo y le he sido sincero. ¿La razón? Dakota. No le he dado una respuesta sobre si iremos juntos o no, porque eso depende de ella y la idea de dejarla aquí tampoco es fácil. Podría intentar venir un par de veces al mes, en los festivos… pero no sería lo mismo. La verdad es que todavía no he regresado porque la estoy esperando. Puede que Dakota no lo sepa, pero lo haré el tiempo que haga falta. Siempre la esperaría y pase lo que pase, siempre estaré aquí para ella.

Dakota gira la cabeza y me descubre observando a todos, apoyado en el marco de la puerta. Sonríe al verme y sin decir nada, levanta la mano para ofrecerme un puñado de palomitas. Y entonces lo sé, no importa cuánto tiempo tarde en darme una respuesta. Porque ella siempre ha sido mi destino. Me acerco y cojo algunas palomitas, a la vez que le doy un beso en la frente.

—Tienes grasa en la cara, pecas —Le digo tocándole la nariz y ella sonríe.

—Josh me ha dado antes un beso, será de eso. —Me dice risueña.

Mi hermano me ve y corre hacia mí con una gran sonrisa. Respiro y sonrío al reconocer que por primera vez en mucho tiempo todo está bien en mi vida y me permito saborear este momento.

Capítulo 27
Dakota

Hoy ha sido mi último día de prácticas, el final de una etapa que ha marcado un antes y un después en mi vida. Si me hubieran dicho hace unos meses que terminaría el verano con una idea tan diferente sobre mí misma, probablemente me habría reído. Recuerdo cómo comenzó, solo llevaba un par de días en el pueblo cuando me volví a encontrar de forma inesperada con Garret recién operado. Habían pasado años desde la última vez que nos vimos, y aunque su rostro seguía siendo el mismo, algo en él había cambiado. Ya no era ese chico confiado y sarcástico que recordaba. Ninguno de los dos estaba pasando por su mejor momento. A él lo consumía el dolor físico, mientras que yo me sentía rota por dentro. Fue en ese momento cuando tomé la decisión de darme un respiro, dejar la universidad y pasar un año sabático en el pueblo. Necesitaba curarme y lo he conseguido. Por eso después de todo lo que ha pasado este verano y haber vivido la experiencia de las prácticas de enfermería, me doy cuenta de que renunciar a lo que amo no es una opción.

Este verano he aprendido que no puedo renunciar a lo que realmente me hace feliz, porque eso es lo que le da sentido a nuestra vida. Hacer lo que amamos es lo que nos da fuerzas para enfrentarnos a la rutina, a los días grises y a los obstáculos que a veces parecen insuperables. La vida no se trata de evitar el miedo, sino de seguir adelante a pesar de él y aunque las cosas no siempre son fáciles, lo único que realmente importa es tener metas que nos impulsen y que haga que cada día valga la pena vivirla.

Sé que Garret no es Harry, y aunque el miedo a lo desconocido aún está ahí, cambiar de universidad ya no me parece tan aterrador. El futuro es incierto, pero he aprendido que lo único que realmente puedo controlar es lo que decido hacer hoy con mi vida.

Al principio de las vacaciones cuando regresé a casa, sentía que había tocado fondo. Había días en los que no podía evitar vomitar

después de cada comida, como si fuera incontrolable. Pero después de tantas sesiones de terapia y de un trabajo profundo conmigo misma, he aprendido a quererme tal como soy. Hoy con mucha satisfacción, puedo decir que he recuperado mi cuerpo no solo físicamente, sino también emocionalmente. Ahora como sin la culpa que antes me consumía. He ganado algunos kilos y sinceramente no me importa en lo más mínimo.

Me veo mejor que nunca.

He comprendido que las tallas de ropa son solo números y que el cuerpo de cada persona es único. Nuestros cuerpos no deben definirse por los estándares impuestos por la industria de la moda o por lo que vemos en las redes sociales… Y mucho menos por las opiniones de personas que no nos quieren. Ahora comprendo que lo más importante es quererme tal y como soy, porque eso es lo que importa.

Vuelvo a casa y en cuanto entro, el olor de la comida me envuelve. Mi madre está en la cocina terminando de preparar la comida. La mesa está puesta y mis padres, junto a mi tía Carol me esperan para comer juntos. Pienso que si me marcho a Iowa no los veré tan a menudo, pero ellos siempre serán mi refugio y mi lugar donde siempre puedo regresar.

Mi madre ha preparado brócoli con filetes de pollo a la plancha y una sopa de tomate que me hace reír cuando la veo.

—¿Qué es esto? —Les pregunto oliendo el recipiente de cerámica.

—Tu tía la vio en Instagram. —Me informa mi madre, como si fuera la receta más moderna que ha llegado a su cocina.

—En España lo llaman salmorejo. —Me explica mi tía—. Pruébala, está deliciosa.

Carol se sienta a mi lado y mientras mi tía se sirve un poco de sopa, miro a mi padre que está dando los primeros bocados a su filete, mientras sigue con el uniforme puesto.

—Papá, seguro que mamá ya te lo ha contado —comienzo a decir algo nerviosa—. Garret Stone, me ha propuesto que me vaya con él a la universidad de Iowa y acabe allí mis estudios.

Mi madre me mira sonriente. Mi tía Carol sigue a lo suyo como si no estuviera presente y mi padre me mira sorprendido. Veo como pone su tenedor sobre la mesa sin apartar la mirada de mí.

—¿Garret Stone? —Me pregunta. En rostro serio veo una mezcla de sorpresa y curiosidad. Asiento y veo cómo sube y baja la nuez de su garganta—. ¿Y has decidido seguir estudiando?

—Sí y bueno… Me propuso que me fuera con él a Iowa. Sé que es una locura, pero... la verdad es que es lo que quiero, papá.

Mi madre se queda callada, porque ya sé que ella me apoya desde el principio. Ahora me queda la opinión de mi padre, que sigue en silencio. Entonces mi madre interviene.

—Dakota, lo que queremos es que tú seas feliz y si este cambio te hace feliz, además de Garret, pues te apoyamos. —Me dice con una mirada llena de cariño—. Yo solo quiero verte sana y feliz.

—Si es lo que quieres, estoy de acuerdo con tu madre. —Me dice mi padre.

—Gracias —añado feliz—. He pensado en alquilar una habitación en la residencia de chicas. Tengo dinero ahorrado.

—Esta era mi única condición para que te fueras con Stone. —Me advierte él con su habitual tono serio, pero con una pizca de ternura y una ligera sonrisa en sus labios.

—Gracias papá. —Le digo acercándome a él, para darle un beso en la mejilla—. Te prometo que estaré bien.

Carol, que hasta ahora había estado en silencio, se gira hacia mí y me sonríe.

—Sabes, no tengo ni idea de cómo será esa universidad, pero suena emocionante.

Todos nos reímos ante su comentario y saboreo esta agradable sensación de estar en casa con mi familia. No puedo evitar sentir una mezcla de incertidumbre y miedo, al pensar en el futuro y en lo que me deparará. Sé que la vida sigue mientras hacemos planes, pero también sé que son las decisiones que tomamos las que nos convierten en los dueños de nuestro destino. Con el apoyo incondicional de mi familia y con Garret a mi lado, me siento más preparada que nunca para enfrentar lo que venga. Porque al final la

vida es tener el coraje de caminar hacia adelante sin importar lo incierto que sea el camino.

Capítulo 28
Garret

Dakota todavía no me ha dado una respuesta. Intento no pensarlo mientras conduzco por la carretera, pero joder, es imposible. No quiero condicionarla. Tampoco quiero que sienta que tiene que cambiar sus planes por mí. Porque la verdad, es que yo la quiero tal como es. Tal como ha sido siempre. Aún así, no puedo evitar sentir angustia de pensar en dejarla aquí. Hoy ha terminado sus prácticas en la clínica. Lo hemos celebrado como se merecía. Hemos ido a cenar a una pizzería en Fairfield Harbour, luego hemos paseado sin un rumbo fijo y al venir de regreso a River Bend el deseo nos ha ganado. He terminado aparcando el coche a un lado de la carretera y nos hemos dejado llevar por las ganas y aquí estamos ahora, en el asiento trasero del coche de mi padre, con el aire todavía cargado de nuestro momento. Dakota está acurrucada en mi pecho, con la piel cálida y su cabello enredado sobre mi cuello.

—¿En qué piensas, Garret? —Me pregunta en voz baja.

Cierro los ojos durante un instante y disfruto de su cercanía, intento memorizar este momento. Ojalá pudiera quedarme aquí con ella para siempre, pero la realidad me pisa los talones.

—Pienso en que no puedo retrasar más el momento de irme. Mañana a las doce me voy —susurro dándole un beso en su sien, como si el beso pudiera suavizar la verdad que acabo de soltarle. Siento cómo su cuerpo se tensa y se incorpora de golpe. A pesar de la oscuridad me pierdo en sus profundos ojos azules.

—¿Mañana? —Me pregunta con los ojos muy abiertos y asiento.

—Sí, he hablado con los chicos de la uni. El entrenador cuenta conmigo esta temporada y es una oportunidad.

—Eso es genial, Garret. —Me responde con sinceridad.

Dakota me abraza y por un momento siento alivio. Está feliz. Me aprieta fuerte compartiendo mi emoción, pero entonces… su abrazo se afloja. Se aparta solo lo justo para mirarme con el ceño fruncido y en ese instante sé lo que va a decirme.

—Garret, tu propuesta…

No la dejo que continúe, no quiero escuchar. Si no ha dicho que sí aún, es porque sigue pensando en quedarse y está bien. Bueno no, joder, no está bien, pero la apoyo. Le daré el tiempo que necesite hasta que esté preparada. Deslizo mis manos hasta su rostro y la miro embelesado, todavía excitado e intentando controlar las ganas de volver a sentirme dentro de ella.

—No me digas nada. Tienes tiempo todavía para pensarlo. No me voy hasta mañana a las doce. Pasada la hora te esperaré cinco minutos más, y si no llegas… entenderé la respuesta y me iré.

Dakota me sostiene la mirada y entonces su sonrisa se torna pícara.

—Tranquilo, iré, aunque sea para despedirme de ti.

—Eres cruel, pecas. —Bromeo y ella suelta una carcajada que me contagia.

—Y tú eres idiota, Garret Stone.



No he pegado ojo en toda la noche. Ni un jodido minuto. Cuando el despertador suena, no sirve de nada, porque ya estoy despierto desde hace rato, mirando el techo, dándole vueltas a todo. Me levanto antes de que pueda seguir torturándome y bajo a desayunar con mi padre y Josh. Desde que Ariel se fue, papá ha cambiado y está más presente, más implicado en el cuidado de mi hermano. No es perfecto, pero al menos ahora lo intenta. El timbre de casa suena y antes de salir de la cocina, le prometo que volveré cada mes y que espero verlos en mis partidos.

—Más te vale, chaval —Me dice mi padre, dándome una palmada en la espalda cuando paso por su lado.

Abro la puerta y ahí están Nick y Matt, con esas sonrisas de cabrones que siempre llevan cuando traman algo.

—Eh, tío, ¿de verdad pensabas largarte sin despedirte? —Me pregunta Matt, antes de abrazarme con una palmada fuerte en la espalda.

Me río y me aparto, justo a tiempo para atrapar al vuelo unas llaves que Nick me lanza.

—Hemos ido contrarreloj, pero el motor suena de maravilla. —Me asegura él con confianza.

Miro las llaves que sostengo en mi mano y luego levanto la vista hacia mi padre, que está parado en el umbral de la puerta con Josh a su lado. No dice nada, solo inclina la cabeza en dirección al exterior. Entonces, salgo y lo veo. Es el coche de mi madre. Llevaba años acumulando polvo en el garaje, como un recuerdo doloroso que nadie se atrevía a tocar y ahora es mío.

—Creo que te hará falta si quieres venir más a menudo. —Me comenta mi padre.

—Gracias. —Le digo de corazón y lo abrazo fuerte.

También abrazo a mis amigos, que han trabajado en el coche y lo han puesto a punto para mí. Cargamos el coche con mis maletas y miro el reloj de mi móvil. Las doce menos cinco. El estómago se me cierra de golpe. Intento no pensar demasiado en lo que eso significa mientras desbloqueo mi móvil y la llamo. Nada. Tampoco me ha respondido al mensaje que le envíe esta mañana. Dakota no está.

Mierda.

Me paso una mano por la nuca y suelto un suspiro. Miro calle abajo con la esperanza de verla aparecer en el último segundo pero no lo hace. Trago saliva, respiro y joder, esto duele más de lo que pensaba. Me agacho para abrazar a Josh y despedirme de él, cuando de repente él me mira con esos ojos enormes que hablan por sí solos.

—Te veo pronto, hermano. —Me promete, es su voz temblorosa pero clara.

En ese instante siento que el aire se me queda atrapado en los pulmones. Josh ha hablado. Por primera vez en su vida. Mi hermano ha hablado. ¡Joder! ¿Esto es real? Es como si todo pasa a cámara lenta, miro a mis amigos que miran alucinados a mi hermano y mi padre parpadea atónito. Me río y mi padre suelta una carcajada llena de alegría. Levanta en brazos a Josh y lo hace girar, mi hermano también se ríe feliz y mi padre se detienen dándole un beso en la frente.

—¡Lo has conseguido, campeón! —Exclama con la voz quebrada.
Josh asiente feliz, mientras sigue agarrado a su cuello, sin entender del todo la magnitud del momento, pero disfrutándolo igual. Me siento agitado al percibir de que la garganta me arde de emoción. Este momento es único y de los mejores que me ha pasado en la vida. Los abrazo con fuerza y le revuelvo el pelo a mi hermano.

—Así es, pequeño. Nos vemos pronto.
Vuelvo a mirar el reloj del móvil, son las doce y diez, no hay rastro de Dakota. Me obligo a respirar, a tragarme la decepción y el nudo que amenaza con cerrarme la garganta, es la hora de irme. Levanto la vista y encuentro la mirada de mi padre, en ella hay orgullo, pero también comprensión. Ese gesto de "sé lo que estás sintiendo… y lo lamento". Josh sigue en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro, ajeno a la tristeza que siento. Aprieto la mandíbula, arranco el coche y les dedico una última mirada antes de meter primera.

No puedo irme sin despedirme de ella.
Pero justo cuando estoy a punto de tomar una decisión impulsiva, una sirena rompe el silencio. El estruendo me saca en seco de mis pensamientos y mi corazón da un vuelco cuando miro por el retrovisor. El coche del sheriff Callender viene directo hacia mí a toda velocidad y se cruza en mitad de la carretera, bloqueándome el paso.

—Garret Stone, salga del vehículo.
Suena como una orden oficial, pero hay algo más en su tono, algo que me pone en alerta. ¿Qué diablos…? Hago lo que me dice. Mi pulso se acelera mientras apago el motor y bajo del coche, enfrentándome a su mirada seria e impenetrable.

—¿Ocurre algo, sheriff?
No responde enseguida. Me observa durante unos segundos que se sienten eternos y entonces, su expresión cambia. Sonríe. Antes de que pueda reaccionar, da un paso adelante y me envuelve en un abrazo inesperado. Me quedo completamente inmóvil. No sé qué demonios está pasando… pero tengo la sensación de que mi vida está a punto de cambiar.

—Mi hija llega tarde, ha tardado en salir porque April la ha distraído. —Me informa con voz grave.

Oír esa declaración hace que todo mi cuerpo se relaje y suelte el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—¿La quieres? —Me pregunta de golpe.

—Muchísimo. —Le digo sin dudar.

El sheriff asiente satisfecho ante mi respuesta.

—Mi hija ahora es feliz y eso es lo único que me importa. Porque después de lo que sucedió el año pasado en la universidad…

—Lo sé. No debió de ser fácil para vosotros. Le prometo que la voy a cuidar como ella me cuidó desde aquel día que me encontró perdido en el bosque.

El sheriff me observa un instante y asiente con un gesto breve.

—Gracias. No te imaginas lo duro que fue verla tan angustiada con la comida… Cada vez que la veía vomitar, sentía que me arrancaban el corazón.

—Señor, pienso cuidarla, valorarla y respetarla cada día de mi vida. —Le aseguro y él me da un golpecito en el hombro satisfecho.

El rugido de un motor nos hace girarnos al unísono. Un coche llega a toda velocidad tocando el claxon de forma estridente. Es la tía de Dakota la que conduce y cuando el coche frena en seco enfrente de nosotros, la puerta del copiloto se abre de golpe y Dakota salta fuera. Corre directa hacia mí y siento que mi corazón se detiene un segundo… y después creo que explota de la emoción.

—No pensarías irte sin mí, ¿verdad? —Me pregunta mi chica con la respiración agitada y los ojos brillantes.

Sonrío y siento que mi pecho se llena hasta desbordarse. «Me ha elegido». Me río como un loco, al sentirme el hombre más afortunado del puto planeta.

—Pensaba secuestrarte para llevarte conmigo.

Ella suelta una carcajada y se lanza a mis brazos. La atrapo sin esfuerzo y la levanto del suelo, mientras que mis manos se aferran a su espalda y mi rostro se hunde en su pelo.

Es real. La tengo aquí. Conmigo.

Me aferro a ella como un náufrago lo haría a la tabla que lo mantiene a flote. Soy millonario por tenerla, un suertudo y joder, esto es una puta pasada, porque nos vamos juntos.

Capítulo 29
Garret

Es raro estar de vuelta. Camino por el campus, todo parece igual y a la vez es diferente. La sensación es extraña, siempre me ha gustado estar aquí y ahora una parte de mí siente que ya no encaja del todo aquí. Sin embargo, cuando miro a mi lado y veo a Dakota, todo cobra sentido. «Todo ha pasado por algo». Aprieto su mano con suavidad y ella me devuelve la sonrisa. Sé que está nerviosa. Lo de hacer la matrícula a última hora fue una locura, pero lo logramos y ahora estamos aquí. Juntos.

Cuando nos detenemos frente a la puerta de mi piso, noto cómo Dakota aprieta mi mano un poco más fuerte y deja escapar un suspiro.

—¿Lista para conocer el desastre en el que he vivido? —Bromeo, arqueando una ceja.

—Lista —responde con una sonrisa nerviosa.

Giro la llave y empujo la puerta. Nada más abrir, nos recibe el sonido de risas y voces provenientes del salón. Camino por el pasillo, guiando a Dakota, y cuando nos detenemos en la primera puerta, los veo. Cam, Atlas y Travis están sentados frente a la enorme pantalla que me empeñé en comprar el curso pasado. Aún domina el espacio, y, por un instante, siento que nunca me fui. Sonrío con esa felicidad genuina de quien vuelve a casa y doy un paso adelante.

—¿Me echábais de menos? —Los interrumpo y Cam es el primero que se gira y se queda con la boca abierta.

—¡¿Garret?! ¡No me lo creo! —Salta del sofá como un puma y me atrapa en un abrazo de oso—. Joder, pensé que te habías olvidado

de nosotros. Si llegabas a tardar más, te juro que iba a buscarte a ese pueblo perdido.

—¿En serio? —Añade Travis desde el sofá, mirándome con burla —. Esto es una pasada, tío. ¡Bienvenido a casa, princesa!

Atlas, el más tranquilo, simplemente se levanta con una sonrisa, me atrapa con su brazo por el cuello y me revuelve el pelo como si tuviera cinco años

—Te extrañábamos, tío, pero sabíamos que ibas a volver.

Suelto una carcajada feliz mientras dejo mi mochila en el suelo. Dakota observa todo desde un lado, con una sonrisa divertida. Está viendo cómo recupero mi lugar entre mis amigos, cómo las bromas vuelven a fluir como si nunca me hubiera ido. Y joder, sí, los he echado de menos. Pero lo que más me emociona de todo esto es que este regreso no es solo mío, sino nuestro. La miro, estiro la mano para entrelazar mis dedos con los suyos y la acerco con suavidad hacia mí.

—Chicos, ella es Dakota, mi novia. —Les informo con orgullo.

Se produce un silencio de dos segundos en los que asimilan la información. Luego, la reacción es la esperada.

—¿Garret tiene novia? —Pregunta Cam con incredulidad.

—Chica, si estás aquí secuestrada o en contra de tu voluntad, parpadea dos veces y te sacaré de esta casa inmediatamente. —Le dice Travis con expresión seria.

Dakota suelta una carcajada y niega para sí.

—Gracias, pero estoy justo donde quiero estar, ¿Travis?

—¿Sabes mi nombre? —pregunta él, claramente sorprendido.

—Garret me enseñó fotos de vosotros durante el camino para que me fuera familiarizando.

—Eso es... raro en Garret. —Añade Atlas con una ceja alzada. Antes de que pueda responder, la puerta del piso se abre de golpe y entran Sam y Avery. Sam, la novia de Cam, y Avery, la hermana de Travis. Apenas cruzan la puerta del salón, sus miradas se posan en Dakota. Se produce ese instante de reconocimiento silencioso entre chicas... y después, todo fluye.

En cuestión de minutos, están riendo y hablando como si se conocieran de toda la vida. Dakota encaja sin esfuerzo, como si

siempre hubiera formado parte de esto. Y eso... eso me gusta de ella.

Nos sentamos todos juntos. Las bromas siguen, y el ambiente es tan natural que, por un momento, me olvido del dolor de mi rodilla. Me permito disfrutar el momento. Porque aquí, rodeado de las personas que me importan, con Dakota a mi lado, todo parece estar en su lugar.



Los días pasan y a pesar de que la rutina empieza a asentarse en mi vida. La cancha, el gimnasio y los pasillos de la facultad… Los siento diferente. Antes mi única preocupación era ser el mejor en la cancha, pero ahora mis expectativas se han reducido a algo mucho más simple, solo quiero volver a jugar sin dolor, pero mi rodilla no está de acuerdo.

Hoy es el primer día de entrenamiento, entro a la cancha y siento una presión en el pecho que hace que mi respiración se agite. Mis compañeros me miran con entusiasmo y yo estoy acojonado. Todos quieren ver qué puedo hacer, pero yo siento que no estoy al cien por cien. Cam se acerca y me da una palmada en la espalda.

—Vamos Garret, ¿listo para dar guerra? —Me pregunta y asiento con una sonrisa nerviosa.

Atlas que bota el balón me lo pasa y lo cojo con facilidad. Mi amigo sonríe y Travis, pasa por mi lado dándome un toque en el hombro.

—Hazlo bien, Stone. No quiero verte arrastrado.

Asiento y trago saliva. Uff… Todos están esperando al Garret de antes, pero yo no sé si ese Garret sigue existiendo. El entrenador Smith toca el silbato y hace que todos nos pongamos en fila al igual que lo haría un soldado ante su superior.

—¡Chicos! —su voz retumba en la cancha—. El curso pasado ganamos la liga y tenemos que defender nuestro título. Nada de excusas, hay que darlo todo. —Su mirada se posa en mí—. Stone, bienvenido.

—Gracias entrenador —respondo.

—¿Listo para sudar la camiseta?

—Sí, señor —respondo con rapidez, reprimiendo una sonrisa. Pero el entrenador la nota y murmura algo ininteligible antes de soplar el silbato con fuerza.

—A la pista, ¡ya!

El entrenamiento es brutal para ser el primer día. No podemos bajar el ritmo ni un segundo porque el entrenador nos observa desde el lateral con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. Después de calentar, lanzar unas canastas y hacer flexiones, mi rodilla empieza a quejarse. El ardor es insoportable.

Los primeros minutos son un desastre. Cada salto es un recordatorio doloroso de que no estoy al cien por cien, de que mi recuperación aún no ha terminado. La frustración me quema por dentro, pero sigo corriendo, aprieto los dientes y sigo intentándolo. Al final del entrenamiento, estoy agotado. Nos alineamos y el entrenador nos aplaude con satisfacción. Parece que ha visto lo que quería para la nueva temporada.

Al salir de la cancha, mis ojos buscan instintivamente a Dakota. La encuentro en las gradas, observando. Me prometió que estaría aquí y lo ha cumplido. Cuando nuestras miradas se cruzan, me sonríe, y por un instante, todo lo demás desaparece. Me acerco a ella y me ofrece una botella de agua.

—Lo has hecho genial Garret. —Me dice con una sonrisa que me calienta el alma—. ¿Cómo va la rodilla?

Estar con ella es un alivio momentáneo al dolor. Trago saliva y tomo su mano con cariño. No quiero decir la verdad aquí, no ahora.

—Estoy jodido pecas, pero prefiero hablar de eso fuera de aquí.

—Está bien, te espero en el aparcamiento.

—Gracias por venir.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Sonrío y me marcho al vestuario para darme una ducha rápida. Los chicos están rezagados, sentados en los bancos frente a sus taquillas y hablan de tonterías, pero yo solo necesito salir de aquí. Sé que esto puede acabarse para mí y noto que me ahoga la tristeza.

Cuando llego al coche, con una leve cojera, Dakota no dice nada. No lo necesita. Me abraza en cuanto me ve, como si ya lo supiera todo.

—Necesitas tiempo.

—Lo sé… Pero mi rodilla nunca volverá a ser la misma —susurro, apoyando mi frente contra su sien—. Pecas, estoy viviendo en un infierno

—Pues vamos a atravesarlo juntos. —Su voz se filtra entre las grietas de mi corazón y me mantiene a flote.

—Te quiero.

—Más te quiero yo, Stone.

Es curioso cómo la vida puede cambiar en tan poco tiempo. Siempre pensé que el baloncesto era lo único que me definiría y que la lesión me había arrebatado todo, pero ahora sé que hay más. Que las metas cambian y que lo importante no es aferrarse a lo que se pierde, sino aprender a enfrentar lo que viene y con Dakota a mi lado, estoy listo para lo que sea.

Capítulo 30
Dakota

Nunca imaginé que me sentiría tan bien en la Universidad de Iowa. Recuerdo que hace unas semanas llegué con los nervios a flor de piel, me sentía insegura porque no sabía sí encajaría y dudaba si esta nueva etapa sería tan buena como Garret me prometía. Pero, sorprendentemente, todo ha sido mejor de lo que pensaba. Garret es atento conmigo, me hace sentir valiosa, cada día me siento más segura con mi cuerpo y conmigo misma.

Además, Sam y Avery tienen mucho que ver con que me sienta como en casa, ambas son maravillosas. Son de ese tipo de chicas que te tratan como si te conocieran desde siempre. Sam es pura energía y dulzura, siempre pendiente de todo el mundo, mientras que Avery es un torbellino sarcástico que disfruta metiéndose con su hermano Travis cada vez que tiene oportunidad y me recuerda mucho a April con sus hermanos. Gracias a ellas, la vida universitaria se me hace menos abrumadora.

Las clases me gustan más de lo que esperaba y en este curso he descubierto algo que me motiva de verdad, la asignatura de psicología de la salud. Los profesores han hablado sobre la posibilidad de ganar créditos extras asistiendo a seminarios y participando en grupos de apoyo para pacientes con trastornos alimenticios. Cuando lo mencionaron, no dudé y me apunté. Sé lo que es vivir atrapada en tu propia mente. Librando una batalla silenciosa contra el reflejo en el espejo y la comida en el plato. Conozco el peso de esos pensamientos y la soledad que los acompaña.

Compartir mi historia puede ayudar a alguien, aunque sea un poco, mientras sigo sanando, y eso me hace sentir que estoy avanzando en la dirección correcta.

Hoy al salir de clase he venido con las chicas a ver a nuestros chicos entrenar. Bueno Sam y yo, estamos aquí por nuestros novios

y Avery ha venido exclusivamente a fastidiar a Travis, su pasatiempo favorito.

—Mira cómo se esfuerzan, pobrecitos. —comenta Avery con una sonrisa burlona, apoyando sus codos en sus rodillas.

—Sí que es sacrificado... —responde Sam y Avery suelta un bufido.

—¿Habéis visto a mi hermano? Se cree *LeBron James,* pero con menos talento.

Sam y yo nos reímos, acostumbradas al repertorio de Avery cuando se trata de su hermano Travis. Sin embargo, algo capta su atención de repente y se inclina ligeramente hacia mí.

—Mira Dak, ese es el ojeador de los Chicago Bulls. —Me susurra al oído.

Mi estómago se tensa de inmediato y mis ojos se deslizan hasta el hombre que está sentado junto al entrenador Smith. Lleva un bloc de notas en la mano y observa el entrenamiento con una concentración implacable. No puedo evitar pensar en Garret y en la presión que debe de tener.

Cuando lo busco en la cancha, lo encuentro moviéndose con su habitual destreza. Sé que su rodilla le duele y sé que lo está dando todo pese a la incomodidad. Nuestras miradas se cruzan, como si mi corazón le hubiera gritado que mirase hacia aquí y él parece leerme el pensamiento.

—*Todo va a estar bien, pecas*. —Me dice moviendo las manos en lengua de signos. Sonrío y le levanto los pulgares en señal de apoyo.

El entrenamiento continúa y Garret lo da todo. Es un espectáculo verlo jugar, la pasión con la que se mueve y la forma en la que lidera al equipo junto con Cameron. Y aunque sé que cada salto y cada *sprint* le pasan factura, su determinación es más fuerte que cualquier dolor. Cuando el silbato final suena dando por acabado el partido aplaudimos las tres con efusividad. Los chicos están exhaustos, pero el entrenador parece satisfecho.

Garret se seca el sudor de la frente con la camiseta y está a punto de acercarse a mí cuando el entrenador Smith lo llama a él y a Cameron. Ambos caminan hacia el entrenador, donde el ojeador de los Bulls los espera con los brazos cruzados.

—¿Qué crees que está pasando? —Murmuro en voz baja como si ellos me pudieran oír.

—Solo puede ser algo bueno —responde Sam.

Observo a Garret que se detiene frente al entrenador y al ojeador. La tensión en sus hombros es casi imperceptible, pero yo la noto. De repente, siento las manos de Sam y las de Avery sobre las mías.

—Garret es fuerte. —Me asegura Avery en voz baja—. Todo va a salir bien.

Asiento lentamente, aunque mi corazón sigue latiendo con fuerza por los nervios y la incertidumbre, sé que lo que pase en esa conversación puede cambiar su vida para siempre.

Capítulo 31
Garret

Cada paso que doy con Cam, hacia donde está el entrenador Smith me obliga a apretar la mandíbula. La rodilla me arde, pero no dejo que se note. Aguanto el tipo, siempre lo hago. El entrenador nos espera junto al ojeador de los Bulls, un hombre de mirada afilada y brazos cruzados, que nos estudia en silencio.

—El ojeador quiere seguirnos a ambos de cerca toda la temporada, pero Garret… —Comienza a decir el entrenador Smith—. Tu contrato depende de cómo evolucione tu rodilla.

Al oír esas palabras siento que mi estómago se tensa. Soy consciente de que no importa cuánto entrene, no importa cuánto me esfuerce… Mi rodilla no responde como antes, respiro y me miro las manos.

—Entrenador… He estado pensando en algo… —Mi propia voz suena extraña, como si las palabras no fueran realmente mías—. Tal vez mi futuro no esté en la cancha como jugador. Tal vez deba convertirme en entrenador, como usted.

Cam suelta una carcajada incrédula y me mira como si tuviera dos cabezas.

—No puedes hablar en serio, Garret. Jugar en la NBA es nuestro sueño. —Me recuerda y siento cómo comienza a emanar ese dolor en el pecho.

—Lo sigue siendo, colega. —Le aseguro con tristeza—. Pero mi rodilla no me responde como antes, debo ser sincero y realista.

—Mierda, joder… —Masculla mi amigo, pasándose una mano por el pelo cabreado—. No puedes estar hablando en serio, Stone.

—Calma, Cam. Sé que Garret no ha hablado más en serio en toda su vida. —Interviene el entrenador Smith.

El ojeador, que hasta ahora ha permanecido en silencio, me observa con atención y asiente siendo consciente de que no es fácil lo que estoy diciendo. Sé a lo que estoy renunciando, pero es mejor

aceptarlo ahora que forzar las cosas para al final tener que tomar la misma decisión.

—Serás un buen entrenador. —Me dice mi amigo con una mirada llena de admiración.

La verdad es que su aprobación pesa más para mí de lo que imaginé. No es el futuro que soñé, pero es un futuro que puedo construir. Miro a Cam, a mi mejor amigo, al hermano que el baloncesto me dio y le sonrío con tristeza.

—No te quitaré los ojos de encima Ryder, hasta que te vea triunfar por los dos.

Cam baja la mirada un segundo antes de asentir con resignación y darme un abrazo fuerte. El peso de la decisión que acabo de tomar aún arde en mi pecho, pero hay algo más debajo de todo eso. Algo parecido a la paz. La vida me ha cambiado el rumbo, sí, pero no por eso debo rendirme. Cuidaré mi pierna, seguiré adelante y estaré bien. Sé que Dakota también me apoyará en todo lo que yo decida, y eso me hace sentir afortunado. La amo más que a nada en este mundo.

EPÍLOGO
Garret

El aire en River Bend es más fresco en esta zona del bosque que nos abraza con los árboles altos y frondosos balanceándose con la suave brisa invernal. Dakota camina delante de mí, con su cabello castaño ondeando bajo la luz dorada del sol de la tarde. Me cuesta estar aquí, mirarla y no pensar en aquella niña que hace años me hizo besar a un sapo. Nunca imaginé que aquella niña pecosa se convertiría en mi persona vitamina.

—¿En qué piensas? —Me pregunta sin girarse, como si pudiera leerme la mente.

—En que una vez besé a un sapo por culpa de una niña pecosa.
Dakota se detiene y suelta una carcajada. Su risa siempre me ha parecido la cosa más bonita del mundo.

—¿Quieres besar a otro? No creo que me cueste trabajo encontrar uno. —Bromea.

—Quiero besarte a ti. —Aseguro con una gran sonrisa y la alcanzo, para rodear su cintura con mi brazo.
Le doy un beso que me sabe a gloria y seguimos caminando hasta lo alto de la colina.

Desde aquí se ve todo River Bend, el río serpenteando entre la vegetación, las casas pequeñas con tejados de pizarra y la cancha del instituto donde jugué mi primer partido y descubrí que amaba el baloncesto. Cierro los ojos un segundo y respiro hondo llenando mis pulmones de una paz que no se puede describir. Si alguien me hubiera dicho hace cuatro meses que mi vida sería así ahora, no le hubiera creído.

Cuando me lesioné, pensé que lo había perdido todo y que, sin el baloncesto en mi vida, yo no era nada, pero estaba muy equivocado. El baloncesto sigue siendo parte de mí, solo que ahora tiene un rol diferente. Estoy aprendiendo a verlo desde otra perspectiva. He hecho cursos intensivos de *coach* y mi trabajo como entrenador asistente empieza el próximo semestre. Aunque no juegue en la

pista, me emociona la idea de estar en la cancha, guiando a mis amigos y ayudándolos a crecer.

Y Dakota… Dakota es mi ancla y mi brújula. Ha sido mi faro en la oscuridad. Es una gran mujer y va a ser la mejor enfermera de toda Carolina del Norte. Nuestras vidas volvieron a coincidir cuando ambos estábamos pasando nuestro peor momento y juntos hemos avanzado, codo con codo. Ahora está bien, come incluso más que yo y su cuerpo, lleno de curvas es mi perdición.

Dakota ha encontrado su propio camino también, sigue estudiando enfermería y cuando termine quiere hacer un máster en psicología para ayudar a personas que han pasado por lo mismo que ella. Mientras tanto combina los estudios con trabajar en el supermercado con Sam. Verla avanzar, verla luchar por lo que quiere, me llena de orgullo.

—Tengo algo que contarte. —Le comento rompiendo el silencio que nos abraza y la saco de sus pensamientos.

—Cuéntame —susurra con una mirada cargada de cariño que me hace feliz.

—Voy a ser el segundo entrenador en el próximo partido de los Panthers. —Le digo lleno de orgullo por ser el entrenador de mi propio equipo de la universidad.

—¡Garret, eso es increíble! —Exclama a la vez que se lanza a mis brazos.

—Sí. No es lo que imaginaba el curso pasado que soñaba con jugar en la NBA, pero… Me gusta.

Dakota me toma el rostro entre sus manos, obligándome a mirarla.

—Yo te amo por quién eres, no por tu carrera. —Su voz es firme y sincera—. Y siempre te apoyaré.

Asiento, trago saliva para intentar diluir la emoción y no soy capaz de decir nada. No sé qué hice para merecerla, pero le agradezco al universo todos los días por haberla puesto en mi vida.

—Ven. —Le pido, cogiendo su mano—. Quiero mostrarte algo.

Descendemos la colina hasta la orilla del río, aquí fue donde todo empezó. Me acuerdo de aquel control policial que tenía montado su padre buscándome. Todo el pueblo estaba en vela y justo antes de que nos vieran nos detuvimos justo aquí.

Me acerco a un árbol de secuoya, su tronco está envejecido por el paso de los años y dejo que mis dedos recorran la corteza. Un corazón casi borrado aparece tallado con las iniciales de nuestros nombres, como un recordatorio de nuestro primer beso, junto a cuatro iniciales. (P.N.J.S.). Dakota se acerca, toca suavemente la corteza y sonríe.

—¿Lo hiciste tú? —Me pregunta sorprendida.

—Sí... —Confieso.

—¿Y qué son esas iniciales P.N.J.S? —Me pregunta con curiosidad —. ¿Cuándo lo grabaste?

—No podía olvidar ese beso y tampoco quería olvidar este lugar. —Omito la primera pregunta y me echo a reír al recordar lo torpe que fue—. Admito que fue un poco desastroso, pero fue tan verdadero como el beso que le di al sapo.

—¡Oye! —Me empuja, riendo—. ¡Teníamos doce años! ¿Qué esperabas?

—Pues volver a besarte y mejorarlo, pero eso tardó en volver a pasar —confieso.

Su risa se suaviza y apoya la cabeza en mi hombro. Nos quedamos en silencio un momento, simplemente observando el atardecer, mientras el cielo se tiñe de una variedad de tonos cálidos y anaranjados.

—Hemos recorrido un largo camino, ¿eh? —Murmura ella y asiento.

—Y lo que nos queda por recorrer pecas. —La miro a los ojos, sonriendo con la certeza de que aún nos esperan muchas cosas.

Nos sentamos en una roca plana, mientras el atardecer se funde en el horizonte y se mezcla con la noche. El aire fresco acaricia nuestras caras y el sonido del río nos envuelve, es como un recordatorio silencioso de todo lo que hemos vivido. Cada obstáculo, cada herida, cada duda… Todo nos ha llevado hasta este momento y de pronto, lo entiendo.

La vida nunca se trató de ganar siempre o de tener todo bajo control. La vida no se trata de evitar el dolor o las caídas, se trata de aprender. De levantarse y aferrarse a lo que realmente importa. Se trata de seguir adelante, incluso cuando el futuro es incierto.

Porque los problemas, solo son problemas si tienen solución. Si no, simplemente son experiencias que nos enseñan y nos hacen más fuertes. Miro a Dakota, a la chica que me devolvió la luz cuando sentía que caminaba en la completa oscuridad, y es gracias a ella que hoy respiro el aire limpio de River Bend y siento un sentimiento que no experimentaba desde que era niño.

Hogar.

Por primera vez en años, estar aquí me recuerda a cuando mi madre vivía, a cuando todo era sencillo y el mundo no pesaba tanto sobre mis hombros… Y es gracias a Dakota. Ella sanó partes de mí que yo ni siquiera sabía que estaban rotas y me enseñó a vivir en paz conmigo mismo.

Desde que Ariel se fue de nuestras vidas, mi padre ha cambiado. Hablamos por teléfono a diario y le dedica más tiempo a Josh que sigue mejorando en su habla. Cada vez que volvemos al pueblo, Josh no se separa de Dakota, aunque ahora tiene una nueva predilección con la tía Carol. Mi padre dice que le hace más caso a ella que a él y aunque son dos adultos reacios a enamorarse, creo que es cuestión de tiempo que acaben juntos.

Agradezco, sintiendo mi corazón latir con fuerza por tenerla a mi lado y saber que nos queremos. Porque ahora soy verdaderamente feliz. No porque todo haya salido según lo planeado, sino porque he aprendido que la felicidad no está en lo que quedó atrás ni en lo que aún falta por venir, sino en este momento, en lo que es, en lo que tengo aquí y ahora.

Dakota y yo somos el mejor equipo, no importa lo que venga. Juntos lo enfrentaremos. Entonces, miro hacia el árbol con nuestras iniciales talladas y me fijo en las cuatro iniciales que hay debajo de ellas. (P.N.J.S).

—Pecas. Nosotros. Juntos. Siempre.

*Antes de marcharte debo darte las **GRACIAS** de que me hayas dado una oportunidad. Para mí no hay mayor recompensa que esta.* E*spero que la hayas disfrutado. Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una valoración y un comentario en Amazon. Para facilitarte el trabajo, solo necesitas escanear este código **QR** y accederás directamente a la valoración.*



Mil gracias por todo.

Agradecimientos

Gracias a todas los que habéis formado parte de este viaje y que habéis llegado hasta aquí. Querida lectora, gracias por brindarme tu tiempo y tu confianza. Gracias por permitirme entrar en tu vida a través de las historias que escribo. Es un honor inmenso saber que mi libro ha llegado hasta tus manos.

Gracias a mi familia y mi pareja, por su apoyo incondicional y por ser mi refugio en los momentos de duda. Siempre he sentido que los tengo como un gran equipo detrás de mí, y eso siempre me ayuda a seguir adelante. Porque cada paso que doy profesionalmente, sé que es más firme gracias a vosotros.

No tengo palabras suficientes para expresar mi agradecimiento a mi increíble ilustradora Miss Muar, quien con su talento ha creado una portada maravillosa que captura la esencia de esta historia.

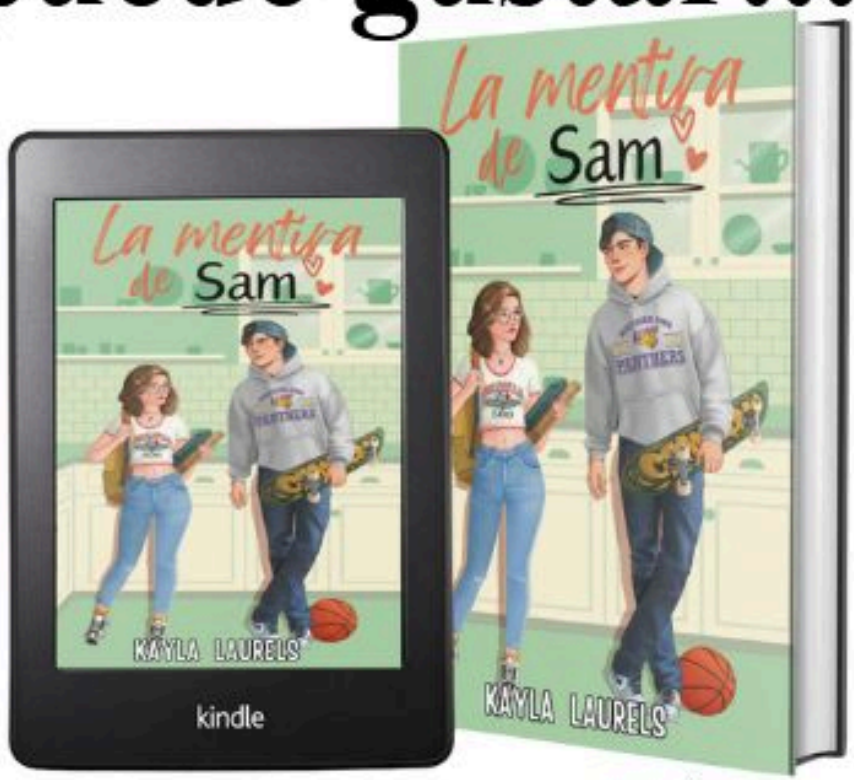
Gracias a mi traductora, cuyo compromiso y dedicación han permitido que esta historia cruce fronteras y llegue a más lectoras. Gracias por hacer que mis palabras puedan tocar corazones en otros idiomas.

Agradezco profundamente a mis lectoras beta, que son mis verdaderas joyas. Con su ojo crítico y su cariño por mis historias, han sido y son fundamentales para pulir cada rincón de este libro.

Por último, agradezco a la vida, que a través de los libros me acerca a ti que ahora me estás leyendo. Nos vemos pronto en otras historias llenas de amor, donde las palabras seguirán uniendo nuestra pasión por las letras.

Un abrazo.
Kayla Laurels.

Otra novela que te puede gustar...



CONSIGUELA AQUÍ

ADEMÁS, GRATIS EN

kindle unlimited

Otras novelas que te pueden gustar.



CONSIGUELAS AQUÍ